

*ALCIDES GRECA*

## *La Pampa Gringa*

### LIBRO PRIMERO

#### *Capítulo Primero*

##### I

Hacia rato que estaba con los ojos bien abiertos. Sumido en la oscuridad, Antoñico trataba de escuchar. Desde el interior del almacén llegaba un ruido de papeles que se revolvían, crujidos, leve roce de maderas. Parecía que algunas cosas cambiaban de sitio. Los ruidos se producían a veces muy cerca, en la propia trastienda que le servía de dormitorio. Antoñico estaba alelado. ¡Ladrones! ¡Duendes! Habría jurado que estaban deshaciendo paquetes. Trató de quedarse quietecito, conteniendo la respiración, pues, al mínimo movimiento, chirriaba su endeble camastro. Cuando esto sucedía, los ruidos cesaban por un largo rato, como si los invisibles duendes que estaban saqueando el almacén se hubiesen quedado en guardia, escuchando a la vez. Pero luego volvían a empezar, con cierta precaución. Lo peor es que no recordaba siquiera de qué lado estaba la llave de la luz.

Tanto escuchó, tanto afinó sus cinco sentidos, que acabó por convencerse de que el almacén era asaltado en ese momento por una pandilla de roedores. Desvelado ya, entró a meditar sobre las circunstancias que lo habían traído a dormir en esa trastienda. Era su segunda noche de América. La primera la había pasado en un coche de segunda de la línea Buenos Aires - Rosario. Aún le dolían los huesos a causa del largo traqueteo.

A Antoñico se le enredaban las ideas. No salía de su asombro. Había creído que la América era un país maravilloso, de comarcas cubiertas por selvas de árboles gigantes, entoldadas con lianas, en las que se abrían flores prodigiosas y se guarecían pájaros de vivos plumajes. Se había imaginado que sus pobladores habitaban en palacetes muy blancos, rodeados de jardines, situados en los claros del bosque o a orillas de ríos anchurosos. La indumentaria de los europeos debía ser, necesariamente, un impecable traje de caza, casco inglés y voluminoso revólver en la cintura; los indígenas irían cubiertos con calzones a rayas, de colores chillones. Antoñico había presentido la América a través de alguna historieta de plantaciones antillanas o de las tapas policromas de una novela de Salgari.

Esa tarde había llegado a Maciel, cubierto de polvo que el tren levantara en su marcha. En el viaje, que le pareció interminable, a través de los vidrios sucios de la ventanilla se le había presentado una campiña plana, de horizontes borrosos, con largas hileras de alambrados y lejanas casuchas de ladrillo sin revocar, que se escondían entre arboledas incipientes. Vacas y caballos se desparramaban por los prados resecos. Algún automóvil pasaba, de tanto en tanto, dejando una nube de tierra suspendida sobre los caminos. Los pueblos eran tristes, de aspecto desolado, con sus calles desiertas; las casas espaciadas entre huertas y baldíos, casi todas iguales, en forma de cubo. Las estaciones vacías, donde un empleado uniformado daba, con gesto aburrido, los silbatos reglamentarios. Algunos pocos hombres, mal trajeados, se abalanzaban, a la llegada del tren, sobre el vendedor de periódicos.



Maciel era un pueblo como los otros que había visto desde el tren. En dos o tres calles, paralelas a la vía férrea, alineaban, muy esparcidos, los cubos ocres de las casas entre una arboleda de un verde apagado por el polvo que se acumulaba sobre sus hojas.

En la casa Fuentes, Botto y Cía. lo habían recibido con indiferencia. Habíase creído que el conterráneo de su padre, don Fernando Fuentes, sería un hombre llanote y franco como los de su pueblo. Se encontró, en cambio, con un gran señor, muy echado para atrás, muy ceremonioso.

Don Fernando se había concretado a decirle:

—¿Eres tú el hijo de don Antonio Linares?

—Sí, señor.

—Bien; coloca tus bártulos por ahí, en la trastienda. Puedes dar una vueltecita por el pueblo. Mañana empezará a trabajar.

Mediaba la tarde cuando Antoñico salió. En la calle acolchonada de tierra suelta, frente al negocio, media docena de sulkys, enormes arañas grises, hacían cerco a la luciente caparazón azul oscura de un automóvil. A la distancia, en otra esquina, se veía una aglomeración semejante. Algunos surtidores de nafta asomaban sus bochas blancas y sus pescuezos rojos o azules entre los arbolitos, a medio crecer, de las aceras.

Siguiendo la calle principal —una sola fila de casas con frente a las vías— fue a dar a la estación, donde resplandecían bajo el sol dos tinglados de zinc. Un poco distante, blanqueaba el posterío del brete.

La estación, con su alero de tejas, un tanto ennegrecidas, le recordó vagamente las casas de su aldea. Alegraba su patiecillo interior una glicina florecida que asomaba sobre el muro.

En el andén solitario entretúvose en leer anuncios de propaganda comercial, insertados en chapas esmaltadas de vivos colores.

En el extremo norte del poblado, sobre las vías, se elevaban los cuatro cilindros de un elevador junto a un molino harinero de varios pisos. Una chimenea de ladrillos escupía una larga hebra de humo.

Siguió hacia las orillas. Naufragaba el sol en un horizonte desteñido. Sobre las últimas casas hacía cabriolas un barrilete rojo. A la vera del camino, un montón de recortes de hojalatas y fierros herrumbrados ponía un sello de miseria. Un horno de ladrillos, abandonado, daba una sensación de ruina. No se veía un alma. Sólo un chiquillo, a caballo sobre un matungo, cruzaba lentamente un callejón.

Con una angustia que le anudaba la garganta, regresó.

La cena fue tan triste como la tarde. En una piezucha, alumbrada con usura, tomaron asiento alrededor de una mesa rústica, sin mantel, los tres dependientes y el peón de patio, quien hacía viajes a la cocina en busca de las raciones. De estar solo, Antoñico habría dejado correr las lágrimas. Añoró las cenas en su casona aldeana, junto al fogón de la cocina enorme, donde una buena lumbre daba su calorcito en las crudas noches de invierno. Recordó los mimos de la madre, siempre preocupada por la salud de su hijo, y que insistía antes de retirar los cubiertos: “¿Un poquitín más de guisado, Antoñico? Mira que te estás poniendo delgado.”

Los hombres de aquí eran todo indiferencia. Se diría que hasta crueles. Ya había notado en el viaje, a través de preguntas y respuestas, cierto doble fondo de despiadada ironía:

—Esto no es como Galicia, amigo —díjole durante la cena uno de los dependientes—. Aquí hay muy pocos zonzos. Tenga mucho cuidado con don Fernando. No aguanta pulgas. No vaya a equivocarse en los precios.

—¿Es cierto que el changador de la estación le cobró dos pesos por traerle el baúl? —preguntóle Gervasio, el peón de patio—. Le han visto la cara... de recién llegado. ¡Qué trucha es ese Tomás!... ¡Cómo se aprovecha!

Todo esto pasaba por la mente asustadiza del galleguito, que se mantenía desvelado. Buenos Aires se le embarullaba en el cerebro. Del puerto se había trasladado a la casa de un paisano de su padre, que fue a esperarlo. Y de ahí, a la estación... Ruidos, rascacielos, ríos de gente, letreros luminosos que se apagaban y prendían, vidrieras fantásticas, tranvías y automóviles, entraban en su vértigo. Para su coletito, Buenos Aires y la Argentina siempre habían sido una misma cosa. ¿Acaso ahora no estaba también en Buenos Aires?

Empezaba a filtrarse la luz del amanecer por las rendijas cuando se durmió pesadamente.

\* \* \*

Unos golpes dados en la puerta lo hicieron incorporarse sobresaltado.



—¡Levántese! Ya es hora de abrir el negocio.

Era la voz del peón.

Antoñico empezó a vestirse. Le dolía el cuerpo. Nuevamente tuvo ganas de soltar el llanto.

Abrió. Gervasio lo miraba con cierto desdén.

—Aquí hay que madrugar, amigo. Antes que salga el sol tiene que estar el negocio barrido y plumereado.

—¿Dónde se lava uno? —preguntó tímidamente.

—Ah; en la canilla del patio. Pero, apúrese, que ya lo he sentido andar a don Fernando.

\* \* \*

Antoñico sacudía los estantes y el mostrador, mientras el peón regaba y barría. Llegaron los otros dependientes, que dormían en la fonda. Empezaron a acomodar las piezas de tela y a lavar los vasos del despacho de bebidas.

El carnicero vecino, un gordo milanés, se acercó a “pillar” su grapa matinal.

Gervasio hizo un montoncito de basuras y papeles en la calle y le prendió fuego.

Llegó don Fernando. Todos saludaron respetuosamente.

—A este joven —expresó el comerciante, dirigiéndose al dependiente principal— póngalo en el despacho de mercería y enséñele la clave de la casa. Y usted, Linares, cuando no entienda algo lo pregunta. Ponga mucha atención.

## II

Los dependientes contestaron con devoción y simpatía:

—Muy buenos días, señorita Juanita.

La cliente pasó a la parte del despacho que correspondía a los artículos de tienda. La atendió Andrés, con suma deferencia, bajando telas de toda laya. En cierto momento, notó Antoñico que ambos cambiaban algunas palabras en voz baja, dirigiéndole una furtiva mirada. Comprendió que hablaban de él. Se puso rojo hasta la raíz de los cabellos.

Ésta será, pensó, una gran señorita, como esas hijas de gente muy principal, que había visto en su aldea, al paso de los automóviles, cuando se detenían un instante para indagar la dirección del camino. Esta chiquilla, tan garbosa y finamente vestida, era algo maravilloso, una verdadera sorpresa que le deparaba la América, que todavía no acababa de comprender.

La señorita dejó el almacén, acompañando su “hasta luego” con una fina sonrisa, que al inmigrante se le ocurrió habíale sido dirigida en particular.

Andrés se le acercó:

—¿Sabes quién es ésa?... Es la hija del patrón. ¡Qué macanuda, eh! Pero don Fernando la cuida más que al negocio. No le permite flirteos con ninguno del pueblo. Parece que quiere casarla con algún doctor.

Antoñico no supo qué contestar. En verdad, esa señorita era algo tan sutil, tan irreal, que podía decirse que sólo era un perfume...

## III

Antoñico trabajaba como un condenado. Jamás protestaba. Nunca tenía una palabra agria para sus varios patrones, que en la casa lo eran todos, hasta Gervasio. Pero, de noche, cuando se tiraba rendido, exhausto, sobre el camastro crujiente de la trastienda, solía sollozar en silencio. Recordaba los cariños de su buena madre, la vida llana y plácida de su aldea. Aquí, en esta América, que él había soñado tan hermosa, no había amistad, compasión, benevolencia siquiera. Todo era sórdido, mezquino, hostil. Se exprimía a los hombres, a las bestias y a los campos hasta que soltaran la última gota. Pensaba que era una lástima que ya no hubiese indios y gauchos. Los indios debieron ser más buenos, sin duda, que estos blancos de América que acababa de conocer, tan crueles, tan indiferentes al dolor ajeno, y entre ellos se encontraban, en primer término, sus compatriotas.

—¿Dónde están los indios? —preguntó en cierta ocasión al dependiente Andrés.

—¡Los indios! —contestó éste—. No sé. Creo que los mataron tus paisanos cuando conquistaron América.



#### IV

El primer reto lo recibió del tenedor de libros, un italiano corpulento y barrigón, con una cabeza que brillaba como huevo de avestruz.

—Ma... ¿dica? ¿Per qué no se quedó a la Galicia? ¿Osté se cré que la cosa aquí se yaman del mismo modo?

—No sé, señor.

—¿Qué purquería e eso que apuntó a la cuenta de Monchutti? ¿Qué quiere decir frejole? ¿Qué son frejole al idioma de lo gayegue?

Andrés interviene amablemente:

—Tenga cuidado, Chiudín... Que no lo oiga don Fernando. Acuérdesese que él es de allá.

—Ma... Bueno. Que dica éste qué son frejole.

—Serán papas... —apuntó Andrés, por si pegaba.

Antoñico traspiraba. Se acercó a uno de los cajones. Regresó con una muestra.

—Esto...

—¡Vea qué gayeguite sunso! ¡Esto sun puroto! ¡Pero qué stúpido son lo gayegue! ¡Le yaman frejole a lu puroto! A ver si me aprende prontite a hablar en el cristiano.

\* \* \*

Un día era Andrés quien le decía:

“Oye, gallego: dice don Fernando que peses esa partida de cueros que ha traído don Albino.”

Antoñico iba al corralón. Ayudaba a bajar los cueros. Pesaba y anotaba.

“Linares: tráigase del sótano una damajuana de vino”. Esta vez era don Fernando el que ordenaba.

“No se me olvide, cabayerite, de yebarme la carta al coreo”, le prevenía Chiudín al pasar.

Antoñico era la resignación en persona. Hasta el peón se permitía abusar de su buena voluntad. Antoñico bajaba cajones del altillo, ayudaba a engrasar las llantas de las jardineras del reparto y a cambiarle las cubiertas a los camiones.

Antoñico era el pobre leño de donde todos sacaban astillas.

#### V

Lorenza Filippini caía con mucha frecuencia a la casa Fuentes y Botto. Algunas veces la acompañaba su hermana Antonia. La robusta Lorenza, de curvas pronunciadas y movimientos sensuales, era muy entradora. Antonia parecía más recatada.

Se decía en el pueblo que Lorenza no era trigo limpio... Que algunos peones...

Desde la llegada del nuevo dependiente la colona siempre enderezaba hacia el sitio donde éste despachaba. Le había puesto los puntos.

—Buen día, Antuñín. ¡Qué buenmozo que está hoy!

Antoñico se encendía. Esa mujer de grandes formas, de miradas desafiantes, lo mareaba. Sentía unas ansias desconocidas. De noche se desvelaba. Tenía visiones lúbricas.

Antoñico enseñaba un poco atropelladamente los objetos que le solicitaba la cliente.

Las manos de Lorenza tropezaban, bajo los géneros, con las del dependiente. Cierta día, ella se las oprimió con vehemencia.

Antoñico perdió la cabeza.

#### VI

Linares no tenía amigos. Los domingos por la tarde, cuando se cerraba el negocio, no atinaba a divertirse. Se aburría.

Gervasio, que tenía su dormitorio en un rincón de los depósitos de maderas, se iba a la fonda en seguida de almorzar.

Antoñico se arreglaba su ropa. Escribía luego una carta a sus padres, que empezaba siempre de la misma manera: “Queridos padres: Deseo que al recibo de la presente se encuentren ustedes bien de salud. Yo estoy bien, gracias a Dios...” Cogía después algún novelón o almanaque. Presto se cansaba de hojearlo.

Mediada la tarde, salía a dar una vuelta. Ambulaba sin rumbo por las calles desiertas.



Algunas veces se allegaba a la fonda, donde los vecinos y algunos colonos se entretenían en ruidosas partidas de bocha. La alegre rivalidad de los jugadores no llegaba a contagiarle. En el despacho de bebidas, varios grupos, diseminados, jugaban al truco o al tute.

Los jugadores de truco, que siempre tenían barra de mirones, se animaban a ratos con desafíos pintorescos:

“Por el río Paraná —venía navegando un piojo— con un hachazo en un ojo —y una... ‘flor’ en el ojal”.

Los adversarios se deshacían en gestos de rabia. Uno de ellos solía contestar:

—¡Contra... contra... la pared me doy! ¡Trusco!

—¡Quiero y retruco!

—Epa... Si no he dicho nada. Dije trusco. ¡La gran siete que habían estado cargados! ¡Qué leche! ¿Por qué no se dedican a hacer quesos? Al naipe, compañero.

Antoñico se cansaba de estar de mirón en un juego que no entendía. Las expresiones jocosas y los artificios de palabras, cuyo sentido no alcanzaba a descifrar, no lograban regocijarlo. Solía arrimarse a la mesa de billar, donde las carambolas arriesgadas entretenían su vista, sin producirle mayor emoción.

Hacia las seis se dirigía a la estación para ver pasar el tren de pasajeros. Nunca faltaban algunas parejas de señoritas que circulaban por el andén, también curiosas y aburridas. En los tres minutos de parada, éstas recorrían varias veces todo el largo del convoy, cambiando miradas y leves sonrisas con los viajeros. Algunos de éstos eran ya viejos conocidos, a causa de haber sido vistos en otras ocasiones.

—Che, Lolita. ¿Te fijaste en el coche comedor? Va el rubio de los ojos saltones.

Antoñico se acercaba al changador, y se producían entonces, con ligeras variantes, las mismas preguntas y respuestas:

—¿Quién es esa señora que bajó, Tomás?

—No es de aquí. Parece que va a parar en lo de Scagliotti.

Al anoecer, Antoñico regresaba al negocio, cubierto de polvo, mohíno, cansado.

## VII

Sus caminatas domingueras terminaron por llevarlo a la cancha de fútbol, situada en las orillas del pueblo, en el linde de las chacras.

Al principio tampoco le entusiasmaba este deporte, cuyas reglas desconocía. Le fatigaba ver una veintena de hombres que corrían constantemente tras una pelota de cuero para meterla en uno arcos de palo. Sólo le llamaban la atención, como una nota de fuerte color, las blusas a rayas de los teams rivales, rojas y negras las unas, blancas y azules las otras.

La aglomeración de gente, de automóviles y sulkys junto al alambrado tejido de la cancha, animaban el espectáculo, dándole el aspecto de un acontecimiento.

Cuando llegó a comprender las reglas del fútbol, empezó a entusiasmarse. Fue uno de los “hinchas” locales que se permitía animar a gritos al cuadro de Maciel cuando se enfrentaba con el de algún pueblo vecino. Una proverbial rivalidad con los de Barrancas motivaba discutidos matches, a los que nunca faltaba.

Ahí, junto al alambrado, trabó relación con César Hidalgo, el joven director de la escuelita rural situada en las chacras de Guerrico.

Hidalgo atrajo de inmediato su simpatía.

—¿Qué tal, amigo Linares? —decíale el maestro—. ¿Ya se ha acostumbrado a Maciel?

—Sí, señor Hidalgo. Ya me voy acostumbrando.

—Pero es una lástima que haya caído en esa casa. Ahí no progresa nadie. Fuentes exprime demasiado a sus empleados.

—Es verdad. Se trabaja bastantico.

—Brutalmente. ¡Vea, tener sólo tres dependientes y un tenedor de libros para semejante negocio!

—En fin, señor Hidalgo. En algún lado tenía que empezar.

—Sí. Pero pudo tener más suerte.

—Usted sabrá que don Fernando es de mi pueblo. Mi familia me recomendó.

—Pero lo explota como si fuese de la gran China.

Antoñico empezó a cobrarle cariño a este hombre excepcional, tan distinto de todos los que había tratado hasta entonces.



Hidalgo invitó al muchacho a que lo visitara.

## VIII

Juanita frecuentaba la tienda. Siempre la atendía Andrés, experto en géneros y hasta en modas. Pero ella, al pasar, saludaba con afabilidad al nuevo dependiente. Tenía para éste, a pesar de no serle mayor en edad, atenciones maternas:

—Buenos días, Linares. ¿Le ha escrito su mamá? ¿Tiene buenas noticias de su familia?

Era la única persona en el pueblo, salvo Hidalgo, que lo trataba con bondad. Cada palabra de Juanita era como un perfume que se derramaba sobre su espíritu. Ante ella se conmovía hasta su última fibra. Apenas si atinaba a contestar, conturbado, tembloroso.

—Sí, señorita. Me escribió mi hermana mayor. Todos están buenos, gracias.

Cuando Antoñico estaba triste, cuando sufría las injusticias de la gente, cuando de noche se sentía solo, abandonado de todo el mundo, pensaba ahora en la dulzura de Juanita, tan buena, tan gentil, tan hermosa. Si ella hubiese sido una señora anciana, decíase, le habría besado las manos en prueba de agradecimiento... Pero, no. Él no estaba, no podía estar enamorado. Sólo el pensarlo habría sido una locura. Apartaba con vehemencia esta idea de su mente. Era ella un ser inmaterial, imposible de alcanzar... La veneraba, sí, como a una virgen, como se venera a esas hadas benéficas y deslumbrantes que había conocido en los cuentecillos de Calleja.

Las razones por las que no podía estar enamorado de Juanita se las daba a sí mismo. ¡Si él era un patán, un ignorante, un tontuelo, un pobrecillo recién llegado! Tan no lo estaba, decíase, que no había noche en que dejara de pensar en Lorenza Filippini. Ésa sí que lo tenía subyugado, enloquecido.

La última vez que vino al negocio, la Lorenza, le había dado un pellizco en un momento en que nadie los veía. Recordaba que ella le había dicho:

—Diga, Antuñín. ¿Por qué no me va a visitar? ¿No quiere que sea su novia?

El asunto era claro. Él estaba perdido por la Filippini. De eso estaba bien seguro. La señorita Juana sólo era una buena madrecita que él idolatraba, sin que nadie, ni ella misma pudiese maliciarlo.

## IX

Todos los domingos, no bien almorzaba, Antoñico se dirigía a la escuela de Hidalgo.

Donde terminaba el caserío, aparecían los callejones que se cruzaban en ángulos rectos entre los cuadrados de las chacras.

En el camino, Antoñico hacía sus observaciones:

“¿Por qué en la República Argentina todo es cuadrado, simétrico, trazado en líneas rectas y paralelas: las calles, los caminos, las manzanas de los pueblos, las chacras, los cercos, los frentes de los edificios? En las montañas y en las playas del mar todo es torcido, empinado, irregular, como lo es el suelo y como lo es la costa. Entonces, pensaba, la línea recta debe ser la ley de esta pampa, plana, uniforme, rígida.”

Seguía caminando. Al oír un canto de gallo, se le presentaba un nuevo interrogante:

“¿Por qué los gallos cantan a toda hora durante el día y nadie los oye? Mientras se está ocupado, se trabaja, se conversa o se piensa, no se escucha el canto de los gallos; pero, si alguien se detiene un momento y piensa en ellos, inmediatamente oye sus voces, ya lejanas, ya cercanas, que no se interrumpen en ningún momento. Así ocurre con muchas cosas en la vida: de tanto verlas, no las vemos; de tanto oírlas, no las oímos.”

En el camino solía detenerse a observar un ombú que se había salvado del hacha de los agricultores:

“Qué árbol más extraordinario, pensaba. Su madera es fofa, deleznable; sus ramas no dan frutos ni flores; sus hojas son amargas como la hiel. Su semilla produce cólicos. Pero es grato a los ojos, como amplia y fresca es su sombra. El ombú es el más noble de los árboles. Como el jilguero, que sólo nace para cantar, el ombú sólo crece para dar reposo al viajero y abrigo a los pájaros. Es la catedral de la pampa, donde se cantan los coros más maravillosos de la tierra. Es el árbol artista y filósofo, impregnado del espíritu hospitalario de los gauchos. El extranjero, que viene de muy lejos, con sed de oro, que no siente la necesidad del reposo, porque se ha convertido en una máquina, los tala sin piedad.”

En los callejones encontraba siempre algunos caballos sueltos que, con el pescuezo gacho, pellizcaban parsimoniosamente las hierbas que crecen junto a los alambrados.



“¿Pensarán los caballos?”, se preguntaba. “¿Quién será el gobernador en la tropilla? No hay duda que lo es el potro, quien alegará haber recibido el mando de la divinidad. Por lo visto, la democracia no sale bien parada entre los caballos. No hay libre elección. Gobierna el más fuerte. Si los caballos piensan, debe haber entre ellos locos y poetas, porque sólo se puede enloquecer cuando se tiene la facultad de pensar. El día en que los hombres se encuentren con un caballo loco tendrán que ponerse en guardia.”

Algunas veces se detenía a observar las viviendas de los chacareros. Los chiquillos, cubiertos de mugre, con los testículos al aire, jugaban en los patios con los perros. A lo lejos, entre el maizal, bajo el sol, solía verse alguna colona con su gran sombrero de paja, azada en mano, inclinada sobre el suelo.

“¿Y los hombres? ¿Dónde están los hombres?”, volvía a preguntarse. “¿En qué época trabajan los hombres en las chacras?”

Todo era triste en esas casas color de barro, con techos de zinc. No había flores ni huertos. Algunos arbolillos, de escasa sombra, se amontonaban junto al corral. La letrina, pequeñita, cuadrada, inhospitalaria, desplazada de la edificación, parecía una garita destinada a avizorar el campo. En los alambrados las ropas tendidas ponían una nota de fuerte color.

¡Qué distintas a las casonas de su aldea, tan alegres, tan floridas, con esas parcelas de terreno tan trabajaditas, donde no quedaba un palmo sin cultivar! Aquí las hierbas lo invadían todo. Había un exceso de luz que obligaba a entrecerrar los ojos.

Las trojas del maíz se le antojaban redondas torres inconclusas, sin puertas ni ventanas. El esqueleto de un molino que había perdido su rueda, era, sin duda, un gigante sin cabeza.

Algunas casas estaban semiocultas en la espesa sombra de los paraísos. En otras, apenas si se veían pequeños durazneros y alguna añosa higuera. Los cercos vivos, de ligustros, álamos o cinacinas, rodeaban algunas pocas huertas del pueblo, que, a lo lejos, parecía una chacra más grande que las otras.

Rara vez Antoñico recorría todo el trayecto sin cruzarse con un camión o un automóvil que lo envolvía en una nube de polvo. Entonces la pampa, vista como a través de un vidrio empañado, tomaba un aspecto melancólico.

Le eran más simpáticos los sulkys que, a lo lejos, parecían gigantescas arañas grises. No levantaban polvo y llevaban, habitualmente, algunas robustas colonas ataviadas con vestidos de colores chillones.

Cuando Linares llegaba a la escuela, solía encontrar a Hidalgo tomando mate bajo el paraíso. Ahí se iniciaban las largas pláticas, en las que el dependiente formulaba las más inverosímiles preguntas. El maestro sentía una verdadera delectación en hacerle conocer las cosas y costumbres del país.

Hidalgo poseía una pequeña y bien seleccionada biblioteca. Recibía, además, algunas revistas literarias, en las que colaboraba.

En el momento de la despedida, el maestro tomaba un libro de la estantería.

—Vea, amigo Antonio. Lea esto. Le conviene.

Así fueron pasando por sus manos los cuentos de Horacio Quiroga, las novelas de Lynch y de Gálvez, los relatos de Payró, Fray Mocho, Fausto Burgos, Javier de Viana y Güiraldes. Algunos de esos libros, cuyo lenguaje y sentido desconocía, no pudo terminarlos. Le resultaban cansadores. No encajaban en su temperamento ni en sus gustos. Arremetió luego con Víctor Hugo, que llegó a entusiasmarle. Zola le producía sueño. A Anatole France no le encontraba sentido. Su espíritu no estaba aún maduro para la ironía. Leyó libros extremistas. La famosa biblioteca blanca de Semper fue devorada, en forma fragmentaria, dejándole un sedimento de rebeldía, sin ubicación determinada.

De noche se acurrucaba en su camita de la trastienda, con una vela junto a la cabecera y la puerta bien cerrada, para no llamar la atención.

En pocas semanas se leyó *El Conde de Montecristo*. Bajo la influencia de estas lecturas románticas y revolucionarias, que lo absorbían totalmente, vivía como ausente de las exigencias del trabajo.

Don Fernando atribuía a torpeza natural sus frecuentes olvidos.

“Este paisanillo”, pensaba, “no dará mucho. Es demasiado torpe el pobre.”

## X

El desvencijado Ford de Filippini hacía largas estaciones en la casa Fuentes y Botto. Al colono le placía codearse con gente de pro. Adulón y chismoso, se le habría creído un meridional. Era marquesano. Nunca desperdiciaba la ocasión para tener sus paliques con don Fernando.

—¿Com'está dun Fernando? ¿Lo negocio marcha bien?

—Así, así, Filippini. Vamos tirando.



—¿Recibió la faturita de chancho que le soy mandau?

—Sí... muchas gracias, Filippini.

—Perdone, dun Fernando, la miseria del osequio. La mondiola no estaba come l'altra ves. Le sun guardau del churizu in grasa, que le gusta tanto.

—Pero no se moleste, Filippini. Con lo enviado hay más que suficiente.

—¡Ma, no, dun Fernando! Habíamos tanto gusto. Ma, dicame una cosa. ¿E vero qu'el mais está repuntando en lo precio?

—Lo de siempre. Ahora que toda la cosecha está en manos de los exportadores, suben los precios; pero, en cuanto venga la nueva, los tendremos por los suelos. ¡Qué gobiernos los de este país, amigo Filippini! Esto no ocurriría en Europa.

\* \* \*

Filippini frecuentaba también a don Rudecindo Mendoza, senador por el departamento. Tampoco perdía ocasión para tomar las copas con el comisario Romero.

—Buen día, dun Rudecindo. ¿Cómo va la pulítica?

—Ya lo ves, gringo. Lo más lindo.

—Ma, osté tiene suerte. Sempre está bien parau con todo lo gobierno.

—Es que no soy ningún caído del nido. Dicen por ai que tengo buen olfato.

—¡Qué dun Rudecindo! Oiga. No me vaya a fartar el dumingo. Ya sabe qu'el santo de la vieca. Maniaremos de la pasta aschiutta... e algún lechoncito... del vecino. Mire, que se no viene, las mochacha se van a cabriar.

—Perdé cuidado, gringo. Supongo que vamos a dar unas vueltitas.

—¡E seguro! Sempre que este sunso de Chicutti no me farte con l'acordión.

—Comprale una damajuana de Barbera y estate seguro de que no falta.

## *Capítulo Segundo*

### I

Hidalgo era un inadaptado. Mejor dicho, un poeta que había tenido siempre el buen tino de no hacer versos. Posiblemente el fracaso de su vida se lo debía a su exceso de imaginación. De revoltoso estudiante de derecho había venido a parar en maestro de escuela rural. Amaba el campo y la vida sencilla, gustos que el gobierno habíale satisfecho dándole sueldo y casa en los más apartados rincones del país. Liviano de espíritu y de equipaje, siempre estaba dispuesto a aceptar los traslados más inverosímiles. Era perseguido por la mala voluntad de algunos inspectores infatuados en su pedagógica ignorancia y por las iras de los caudillos políticos, que solían hincharse como escuerzos cuando sentían los sutiles pinchazos de su pluma. De Mendoza había dado un salto hasta el Chubut. Había ejercido el magisterio en Salta, en Santiago del Estero y en Catamarca. Últimamente había venido a parar a esa escuelita situada en las chacras de Maciel. Nacido en el sur de la provincia de Santa Fe, en las proximidades de la laguna Melincué, era un hijo auténtico de la pampa chacarera, que había aprendido a querer desde su infancia.

Amaba la pampa gringa, como él la había bautizado, no por lo que era en el presente, sino por lo que, según sus sueños, sería en el futuro. Como en un tríptico magistral, se abría ante su imaginación una triple visión de esa llanura, la más mentada de la tierra.

Pasarían los años y vendría alguna vez un gobierno emprendedor, valiente, verdaderamente argentino, que desligado de los intereses de la plutocracia criolla, acometería, sin miramientos, la subdivisión de los latifundios y pondría en práctica el gran lema de los agrarios: la tierra para el que la trabaja. Entonces, como por arte de magia, el antiguo desierto, hoy cuadriculado, peinado y domesticado por el esfuerzo de miles de hombres rudos, extranjeros casi todos, se convertiría en un país de maravilla. Ya no sería ésa, la pampa miserable, con sus dispersas casuchas de barro crudo y techos de zinc, a las que parece adherirse la roña de los corrales y chiqueros. Ya no sería sólo una sucesión inacabable de alambrados y caminos, acolchonados de polvo, sin otro adorno que el alto posterior del telégrafo. No; la pampa del futuro sería un vergel inmenso, estupendo, donde las huertas sucederían a las huertas y las villas a las villas. Las casas de los agricultores se convertirían en lujosas mansiones, verdaderos palacetes, de sobrios estilos, con techos de alegres tejados, rodeados de grandes arboledas y de cuidados y floridos



jardines. Carreteras pavimentadas, orladas de alamedas, se entrecruzarían en todas direcciones. Entre Santa Fe y Rosario una amplísima avenida, con “parterres” intermedios, uniría la edificación de las dos ciudades y circularía por ella una ininterrumpida caravana de vehículos. Ómnibus lujosos y grandes camiones de carga se alternarían con veloces automóviles. Los trenes la cruzarían vertiginosamente hacia los cuatro puntos cardinales. Se llenaría el aire con el ronquido de los aeroplanos. En toda dirección, sobre el horizonte, levantarían las fábricas sus chimeneas; aquélla una hilandería, la otra un molino harinero; más allá, una cremería, un frigorífico, una fundición o un taller mecánico. Sólidos cables, sobre torres de hierro, llevarían la luz y el teléfono a todos los rincones. Será una inmensa colmena que se irá entremezclando, codeando, sin solución de continuidad, con las ciudades tentaculares, monstruosas, en constante vibración, verdaderas vorágines del esfuerzo humano. Sobre los antiguos pueblos rurales, convertidos ya en imponentes urbes, emergerían los blancos rollos de los elevadores, los cigarros humeantes de las chimeneas y el tatetí superpuesto de grandes hoteles, con pretensiones de rascacielos. Podrá decirse que esas poblaciones, unidas por caminos con edificación compacta y alegre, se empinan en el trayecto, a manera de gigantescos jalones, para proclamar la potencialidad inagotable de la pampa.

Junto a las escuelas para los hijos de los campesinos, ubicadas a los costados del camino, habrá plazoletas para ejercicios físicos, canchas de tenis, piletas de natación...

Cada colono será un gran señor. En su amplia mansión, amueblada con todas las exigencias del confort, el piano sonreirá a las finas manos de sus dueñas, que lucirán elegantísimos tocados, según el último grito de Buenos Aires, de Berlín, de Melbourne, de Nankin. Los altoparlantes de la radio dirán, minuto a minuto, todo lo trascendente que en ese momento está ocurriendo en el mundo.

Durante la noche, la pampa se llenará de luces que eclipsarán el tranquilo fulgor de las estrellas. Los focos eléctricos, en forma de reflectores, estarán alineados en todos los caminos. Los parques de las villas multiplicarán sus luces hasta el horizonte. Sobre toda la pampa se elevará como un resplandor. La luna habrá perdido su poético prestigio. Su luz suave, que daba a las cosas formas imprecisas y fantásticas, será interceptada, anulada, por las irradiaciones potentes de los arcos voltaicos.

En la villa del colono se cenará oyendo música del “Metropolitan” de Nueva York, y se exhibirá, transmitida por el éter, la película que se estrena esa noche, en el “Gran Excelsior” de Buenos Aires. Después de la cena, llegarán en sus coches, de magníficas líneas, los hijos de los agricultores vecinos y se improvisarán tertulias que nada tendrán que envidiar en chic, en discreta elegancia, a las que hoy se realizan en la intimidad de las aristocráticas mansiones de las grandes capitales.

Pero Hidalgo, como verdadero imaginativo, añoraba con más vehemencia la pampa salvaje del pasado, sin alambrados, sin cultivos y sin viviendas, con sus caminos de rastrilladas, con sus postas distantes, con sus aguadas perdidas entre los pajonales y sus achaparradas isletas de arbolillos espinosos. Esa pampa que había recorrido Mansilla en su famosa excursión a los ranqueles. Esa pampa que pinta con mano maestra Sarmiento en su *Facundo*, y de la que dejaron notas de inmenso valor histórico esos viajeros ingleses que la cruzaron en la época borrascosa de las montoneras, de los malones y de la guerra de la independencia.

Extremista en sus ideas y en sus gustos, su imaginación volaba hacia aquella pampa jalonada de osamentas que recorriera con sus gauchos el Tigre de los Llanos, o hacia la pampa archicivilizada, norteamericanizada, que ya se veía en los alrededores de Rosario y de Buenos Aires. Lo abrumaba la chatura, la miseria, ese carácter indefinido y cosmopolita de la pampa gringa, con sus oscuras tragedias, con sus rudos problemas.

Cuando una manga de langostas, cual visión dantesca, oscurecía el cielo y se lanzaba voraz sobre los sembrados, o cuando una torva tempestad del sud, zigzagueada de rayos y enronquecida por los truenos, aventaba las parvas y las frondas, Hidalgo parecía revivir. La pampa salía, por fin, de su monotonía, de su mediocridad, y recobraba por un momento su antigua imponencia. Las mismas sequías, cuando eran prolongadas, llegaban a agradarle. Ese abatimiento de toda la naturaleza, esa larga agonía, esa continua sed de la tierra, esos cielos borrosos, siempre iguales, esas tardes polvorientas, con sus atardeceres anaranjados, sin una sola nube, llegaban a su espíritu como la voz solemne de un mundo en extinción.

Pero esa pampa gringa, acribillada de sol y removida día a día en sus entrañas, se había vuelto silenciosa, se había quedado sin canciones, sin música, sin poesía. Ya no se oían las huellas y vidalás, que entonaban los picareros en las largas travesías, al acompasado chirriar de las carretas... Las cuecas, las zambas y los gatos no alegraban con sus vistosos cuadros y sus coplas intencionadas los patios de los ranchos. En la vivienda del chacarero rascaba el fonógrafo sobre unos discos ahitos de chirridos de jazz



band. Alguna vez un acordeón italiano hacía oír músicas extrañas, de países montañosos, de puertos de mar.

Hidalgo recapacitaba. Había sobre la pampa una enorme tragedia: era la tragedia del colono que seguía sintiéndose extranjero sobre una tierra que removía con amargura, porque siempre estaba pendiente sobre su hogar la amenaza del desalojo. Su trabajo rudo, expuesto a todos los azares, era aprovechado por los latifundistas, grandes señores con palacetes en la Avenida Alvear de Buenos Aires o en el Boulevard Oroño del Rosario, que tiraban el dinero a manos llenas en los balnearios aristocráticos del viejo mundo. Algo más se ensañaba con ellos; ahí estaban los especuladores, los potentados del cereal, los agiotistas del Mercado a Término, acaparando, haciendo oscilar a su antojo los precios, jugando a la suba y a la baja, mientras sus familias vivían penosamente entre la roña y la ignorancia; los chiquillos entreverados con las gallinas y los cerdos; las mujeres, azada en mano, perdidas entre los maizales sofocantes o embadurnadas de bosta en los corrales. Y todo esto, sin otra esperanza que la de seguir siempre así, año tras año, hasta que un día, por una mala cosecha, llegaría el embargo y el desalojo. Ésa era, pensaba, la gran tragedia argentina que algún día haría crisis y reventaría en un largo desfile de gadañas y rastrillos por las calles asfaltadas y relucientes de esa metrópoli inmensa, de la monstruosa Buenos Aires, la urbe insaciable que absorbía toda la energía, todo el esfuerzo y también toda la vitalidad de los hombres que en las dilatadas planicies del país regaban los surcos con un sudor de sangre.

Sería la soñada marcha sobre Buenos Aires de los nuevos hijos de la pampa, hasta ahora sólo hijastros, extraños al espíritu del suelo, irredentos, verdaderos ilotas, en el fondo de cuyos espíritus se levantaba ya un ansia indefinida de superación, de vida libre y de un justiciero disfrute de los dones de la tierra.

## LIBRO SEGUNDO

### *Capítulo Primero*

#### I

Atruenan en el andén la banda de “Los Siete Hermanos”, llegada esa mañana de Rosario. Los alamares dorados, los pantalones franjeados de rojo y los kepies con altos plumachos hacen pensar en mariscales. Dirige Bachichín con sacudimientos de cabeza, mientras ejecuta el clarinete.

El gentío desborda sobre las vías. Forman el grupo expectable, el senador Mendoza, el jefe político Uriarte, que ha venido de exprofeso para el acto, el médico Chaves y varios comerciantes peninsulares, miembros de la comisión de recepción.

\* \* \*

La campana anuncia que el tren acaba de partir de la próxima estación. Un movimiento nervioso sacude a la multitud. El comisario revista, con una ojeada de general en jefe, a su milicia en formación: cinco chinos bigotudos, tiesos como estacas, embolsados en sendos uniformes caquis.

Las damas, de gran gala, con trajes del último figurín, inician un movimiento de aproximación hacia el grupo del senador. Grandes ramos y cintas patrias. Una niña, de vaporoso “crep georgette”, con seriedad magistral, se mueve entre las polleras matronales.

—Lita, no te vayás a cortar.

—No, mamita.

El senador acaricia a la chiquilla. Miradas complacientes del jefe político.

En la calle, frente a la estación, está formada la escuela; dos largas filas de guardapolvos blancos. Una niña, ya crecida, de rigurosa república, sostiene la bandera. Las maestras ponen orden en la turba bulliciosa.

En las azoteas flamean banderas. Sobre la tienda “A la Flor de Damas” ondea la blanca medialuna sobre fondo carmesí. Tiras de gallardetes multicolores se extienden sobre la calle, sostenidas por varas de sauce cubiertas de ramaje.



\* \* \*

Un penacho de humo aparece en el horizonte, sobre las vías. Se alargan los pescuezos. Bachichín imparte órdenes:

—Presto. Marcha di Tozaingó.

Tras una larga pitada cae el tren, cual un bólido, sobre la estación.

Los coches de pasajeros se fueron lejos, junto a la casilla de señales.

Los miembros de la comisión, con el senador a la cabeza, inician un movimiento de avance.

Atruenan las bombas. “Los Siete Hermanos”, firmes en sus puestos, soplan y soplan.

El ministro desciende sonriente. Saluda equivocadamente a varios pasajeros que venían en el mismo tren y que han bajado a curiosear.

Llega el senador. Presentaciones y cumplidos.

—¿Qué tal el viaje, señor ministro? —pregunta el presidente de la comisión.

—Bien. Un poco de polvo. Pero ya estamos acostumbrados.

Don Rudecindo piensa que algo falta. No lo recuerda bien, pero algo falta por hacer.

Entre la multitud se oye la voz de la robusta señora Rinesi:

—Caminá, Lita. ¡Por favor! Dejen pasar a la nena. Por aquí, Lita.

Recién se acordó. Faltaba el discursito de la chica y los ramos de flores. Rompió el cerco y tomando a la nena de una mano la plantó frente al ministro. Éste sonrió. Era del oficio.

Lita hizo una profunda inclinación.

—Excelentísimo señor ministro. El pueblo de Maciel... el pueblo de Maciel...

No pudo continuar. Con el sofocón y el estruendo había perdido el aplomo.

Felizmente la mamá, que ya estaba a su lado, pudo soplarle:

—...agradece a vuestra excelencia...

—agradece a vuestra excelencia el honor de esta visita y os ofrece estas humildes flores en señal de bienvenida.

El ministro sonrió de nuevo. Acarició paternalmente a la chica. Un ramo fue a parar a sus manos; otro a las de don Rudecindo.

—Muchas gracias... Preciosas flores.

\* \* \*

“Los Siete Hermanos” avanzan por el centro de la calle. Tras ellos van las banderas y estandartes de las sociedades mutuales extranjeras. Luego la comisión receptora, llevando en medio al ministro, al senador y al jefe político. Siguen las damas, la escuela y, cerrando la marcha, el pueblo. Los milicos, sobre crinudos matungos, escoltan la columna. El comisario al frente, sobre un obscuro, marcha poseído de su gran responsabilidad. El pirotécnico corre delante de la banda y, cada veinte metros, dispara el mortero.

Todos hacen lenguas de los prestigios de don Rudecindo. ¡Hacer venir nada menos que al ministro para las fiestas patronales y la inauguración del nuevo salón del club! ¡Qué éxito! Si el ministro larga unos miles para el camino a Puerto Gaboto, las próximas no se las gana nadie a don Rudecindo.

El peluquero Fernández, al frente de la columna, en calidad de batidor, aprovecha la oportunidad para quedar bien. Todavía está pendiente su nombramiento de juez de paz, prometido tantas veces por don Rudecindo. Prorrumpe estentóreamente:

—¡Viva el ínclito ministro de gobierno, doctor Armando Antúnez!

—¡Viva nuestro senador y padre del pueblo, don Rudecindo Mendoza!

Un estampido sordo, sin repercusión atmosférica, levanta una humareda en la bocacalle, junto a la banda. Hay un revoltijo de uniformes. Los caballos de los milicos insinúan un encabritamiento. El ministro y don Rudecindo son los primeros en correr... Los chicos de la escuela se desbandan. Las damas profieren gritos de angustia. El comisario da órdenes breves. En el suelo está tendido un uniforme. El pirotécnico busca su sombrero. Aún humea el mortero reventado.

Se incorpora el trombón, repuesto del desmayo.

De la casa Carlino Hermanos sale un chico con un vaso y una botella.

Bachichín comprueba que “más ha sido el ruido que las nueces”. Sólo el plumacho del trombón ha sido arrancado de raíz por el casco del mortero. Bachichín, cual Napoleón en Arcola, se apresta para una



acción heroica. Ahí están el ministro y el senador. Saca hacia afuera el pecho, junta los talones y alza su voz de mando:

—¡Banda lírica musicale dei Sette Fratelli! ¡Di fronte! ¡Marcha di Tozaingó! ¡Avanti!

\* \* \*

La manifestación sigue por la calle principal bajo los arcos de gallardetes.

El pirotécnico, en la oficina de correo, despacha un telegrama a su patrón para que le envíe, por el primer tren, otro mortero.

## II

Dos filas de lamparillas eléctricas alumbran el frontispicio del nuevo club. Las bombas de repetición abren cerca de las estrellas cascadas de luces de colores.

El baile está lleno de mirones. El ministro, unos cuantos jóvenes venidos de Coronda, el jefe Uriarte, el farmacéutico Berchoff y un auxiliar de policía, son los que hacen el gasto. Los dependientes y los hijos de los colonos no se animan a largarse.

Antoñico, apostado junto a una de las puertas, mira a Juanita Fuentes con ojos de alucinado.

Cuando la orquesta termina una pieza, rompe fogosamente con una charanga circense la banda de los Siete, apostada en la vereda.

\* \* \*

Hidalgo no pierde pieza con Juanita. Linares sigue los giros de la pareja, como si de ella emanase una fuerza hipnótica. Hay en las miradas de ambos un extraño vislumbre. No hablan casi.

Antoñico siente que algo lo ahoga, que una mano invisible lo estrangula, poco a poco.

\* \* \*

Se hacen lenguas sobre la agilidad y gallardía del ministro. Ninguna dama de la sociedad macielense ha quedado esa noche sin dar unas vueltas con él.

—¡Qué amable! —comentan las niñas.

—Parece un muchacho —dicen las mamás.

—Con un bailarín como este ministro no plancha ni la directora de la escuela —murmura la cuñadita de Romero.

—Ha bailado hasta con la hermana de Fernández, que anda pisando en los cincuenta —agrega su vecina.

—¡Pobrecita! Se va a quedar desarmada hasta el año que viene.

El ministro, mientras baila, piensa en las futuras elecciones. El departamento de San Jerónimo seguirá siendo un baluarte del gobierno.

La gran muñeca de don Rudecindo es el tema central de los comentarios.

\* \* \*

En el buffet, el ministro hace rueda con un grupo de chicas.

—Qué lástima que mis ocupaciones no me permitan venir más seguido a Maciel. Hay tanto de bueno que ver aquí.

—Es muy gentil el señor ministro —apunta Lolita Maribotto.

—Hago sólo justicia. Me placería bailar un fox trot, pero temo que ustedes me critiquen. Soy un principiante.

—Aquí la tiene a Juanita Fuentes, que es una eximia bailarina.

—No les crea, señor ministro.

—¿Es usted la hija de don Fernando Fuentes?

—Sí, señor ministro. ¿Usted se recuerda de mí?

—¡Con que usted es aquella criatura que conocí en Mar del Plata el anteaño!... Pero... ¡Cómo ha crecido! Si era una chiquilla. Debe tener la mar de pretendientes.

—Siempre es usted aquel mismo bromista.



## Capítulo Segundo

### I

Sobre una rastra, que oficia de parrilla, se doran con fuego de marlos, varios lechoncitos. Las gallinas picotean cerca, pintarrajeando el patio de colores.

Bajo el paraísal, alrededor de dos tablones montados sobre caballetes, se alinean los invitados. Se han habilitado bancos, sillas de paja, cajones. Don Rudecindo ocupa una cabecera.

La perrada gringa forma guardia, atento el ojo a los huesos que levantan vuelo de la mesa. De vez en cuando un breve desorden y cuatro gruñidos.

Día de sol rajante y viento norte. Se producen a ratos algunos remolinos que, haciendo girar las basuritas, se pierden en los maizales. Del chiquero llegan ráfagas hediondas.

En el linde del corral, cubierto de bosta, un palomar ruinoso parece un lobanillo. Una pandilla de mocosos, embadurnados de pringue, ha tomado una chata por asalto.

Junto a los horcones del pozo sin brocal, en una charca de agua embetunada, chapotean algunos gansos y patos marruecos.

Un sauce llorón, bien peinadito por el viento, reconcilia con el paisaje.

\* \* \*

La vieja Filippini acarrea las fuentes.

—¡Pero... mi suegra! Siéntese con nosotros —expresa Romero.

—Má, no, Rumero. Ostede mányeno de la pasta. Lo vieco sólo servimo per trabacá.

—¡Que no se diga, doña Marica! Si parece una muchacha de veinte.

—Venti tiene la Antonia. Fa tempo que habiamo cumplito la boda de prata con Yussepe.

Los hombres se han quitado las chaquetas. Las tres hijas de Cicutti engullen en silencio, tiasas, como si se hubiesen tragado una estaca. El padre sólo interrumpe su deglución para presentar su vaso a Romero:

—Dica, cumesario. Un po de vin per Cicutti.

Lorenza, junto a Antoñico, le hace sentir la presión de una de sus pantorrillas y envía guiñadas a Romero, que está enfrente.

Antoñico apenas si prueba bocado.

—¿No sabe, doña Marica —subraya don Rudecindo— que Filippini le anda jugando sucio?... Ayer lo vi en el Ford con una palomita al lado.

La vieja no es de las que se arrear así no más.

—¡Ma este Yussepe... —contesta— no so de dove prende tanta fuerza!

Una carcajada festeja la salida.

\* \* \*

Terminada la “mangia”, Filippini trae el acordeón de Cicutti.

—¡Eh... vecino! Fa un po de música.

Cicutti no se hace de rogar. Toca una mazurca furlana.

Filippini reaparece con doña Marica a la rastra, que viene pegando sentadas.

—Decame, vieco. Decame, vieco loco. Decá que bailen las mochacha.

—¡Bah!... ¡T’está haciendo la magayane!

Filippini la toma por la cintura. La pareja gira con una velocidad de trompo.

Se ríe hasta reventar.

La Lorenza baila con Romero. Don Rudecindo se ha pescado una de las hijas de Cicutti.

Antoñico mira con ojos hambrientos a la Lorenza, que en cada vuelta no deja de sonreírle.

La Antonia encara, con cierto desdén, al dependiente:

—¿Usté no baila, Antuñito?

—No sé, señorita Antonia.

—Tiene que aprender. ¿Quiere que yo le enseñe?

Antes que Linares hubiese respondido, la muchacha lo toma de una muñeca y lo arranca con fuerza hombruna de la silla.



Antoñico está hecho un tomate. La moza lo ciñe con vehemencia y le hace dar unas vueltas.

Filippini, que se muere de gusto, grita en medio de los bailarines:

—¡E viva el crioyite Antuñín! ¡E viva el vin! ¡E viva la alegría!... ¡E viva mi vieca María!

Cicutti se levanta también de su asiento y sale bailando solo, mientras sigue tocando el acordeón.

Se detiene junto a Filippini y le contesta:

—¡E viva el spurcachun de Yussepe!... ¡E viva la gran siete! E perdone dun Rudecindo... ¡El baile está de lo más lindo!

—¡Pero han visto ustedes qué sarta de poetas habíamos tenido en la colonia Maciel! —exclama el senador en medio de la batahola.

## *Capítulo Tercero*

### I

Llegaron las romerías del día de la raza. La colonia española se movilizó.

En un baldío de los alrededores se instaló la pista de baile, bajo una espaciosa carpa de lona. Se danzaba noche a noche. Una orquesta típica, con bandoneones, contratada en Santa Fe, hacía oír su repertorio.

Filas de gallardetes y bombitas eléctricas de colores circundaban el terreno. Junto al cerco de alambre tejido se establecieron entretenimientos: rifas, la rueda de la fortuna, la chica y la grande, el tiro al patito... Estas diversiones, en las que se desplumaba a la gente, eran atendidas por las señoritas de las familias más distinguidas.

El bar estaba a cargo de Juanita Fuentes y algunas de sus amiguitas, quienes servían personalmente a los parroquianos.

Las elegantes siluetas femeninas ahuyentaban a los colonos. Unos pocos, impulsados por la sed y el calor, solían sentarse frente a las mesitas de hierro. Llamaban con cierta cortedad:

—Oiga... Me da una cerveza.

Don Fernando, en su carácter de presidente de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, vigilaba todos los detalles, muy poseído de su importancia.

\* \* \*

Filippini, nada quedado, quiso darle una propina de veinte centavos a Juanita.

Ésta la rechazó, muerta de risa. Filippini le tomó una mano, obligándola a cerrarla con la moneda dentro.

—Ma... ¡Pa que se compre caramelo!

Hubo una de carcajadas y comentarios. Juanita fue el blanco de toda clase de bromas:

—Te van a pinchar los bigotes cuando te bese.

—¡Qué lástima que no enviude!

—¡Si lo supiese doña Marica!

\* \* \*

Hidalgo y Linares ocuparon una mesa.

Juanita se acercó:

—¿Qué les sirvo, caballeros?

—Venimos dispuestos a beber, pero con una condición.

—Usted dirá, señor Hidalgo.

—Que usted nos acompañe. De lo contrario, nos declaramos pobres de solemnidad y sólo pediremos una chinchibira para dos.

\* \* \*

Antoñico experimentaba encontradas emociones. No habría podido decir si estaba angustiado o satisfecho. Pensaba, sí, que era muy desgraciado. ¿Por qué no habría aprendido esos finos modales que le daban tanto éxito a su amigo?



Pero... se sentía feliz. Juanita, ese prodigio, esa madrecita buena, tendría que ser muy dichosa al lado de César Hidalgo.

## II

Antoñico entró a cavilar sobre algunas cosas raras que ocurrían en América. Hacía varias semanas que Lorenza no aportaba por el negocio. Su sueldo estaba bastante mermado por los regalos a la colona: frascos de perfume, cajas de polvo, paquetes de caramelos... Hasta un corte de vestido.

La Lorenza tenía su arte:

—¡Qué linda polvera, Antuñito! ¿Por qué no me la regala?

Antoñico se ponía rojo, envolvía la polvera y la apuntaba en su cuenta.

Un día, don Fernando lo llamó al escritorio:

—Vea, Linares. Usted se está gastando el sueldo en bagatelas. Debe economizar. Sus padres me han escrito preguntándome cómo se porta.

Antoñico ignoraba en ese momento dónde tenía la cabeza y dónde los pies. Se puso a temblar.

A don Fernando le dio lástima:

—Bueno, vaya al mostrador. Avívese. No sea tonto y guarde los centavos.

## III

—Tome otro vino... Yo lo invito. Pero... ¿es posible! ¡Tan luego la Antonia!

Andrés llenó el vaso que Cicutti acababa de dejar.

—¡Eh! ¿Qué quiere que le dica? La mochacha e buona, pero en cada familia hay su cosa.

—¿Cómo dice, Cicutti? Hable despacio. Que no nos oiga aquél...

—Io no dico niente. Pero le aseguro que la Antonia no tiene la curpa. L'anno obligato.

—No me lo explico... Usted quiere decir mucho... pero no dice nada.

La curiosidad del dependiente no tenía límites. Era una de esas cosas que interesan en los pueblos. Siguió apretando el cerco.

—¡Quién lo habría dicho! Tan luego la Antonia, con esa carita de santa, de mosquita muerta... Sírvase otro vino, Cicutti.

—Mecor e no meterse en lo asunto del vecino. Pero, cuesto ¡spurcachun de Filippini!...

—El pobre estará bastante afligido. Siempre es una desgracia.

—¡Qué quiere, que se aflica! No le ho dicho que él tiene la curpa.

—¿Habrás sido un poco confiado?

—¡Altro que confiado! ¡Sensavergoña! ¡Spurcachun!

—Pero... ¿Por qué, Cicutti?

—Vea, Andrés. No lo dica a nesuno. ¿Sabe? Ma, io lo dico a lei solo. Ma no lo dica. ¿Sabe?

—¿Qué, Cicutti?

Andrés contenía la respiración. Temblaba ante la posibilidad de que se le escapara la presa, de que Cicutti cambiase de parecer.

—El que ha fatto la purquería a la Antonia e el propio padre.

—¡¡Eh...!! ¡No sea bárbaro, Cicutti!

—¡Qué me va a dire! Somo vecino. ¿Sabe? Lo visto nel maizal. El padre e el padre del filio de la hica.

—Pero... ¿Será posible?

## IV

—Dejate de zonceras, Antoñico. ¡Noviar con una tipa como la Lorenza! Todavía si te la fueses a aprovechar. Fíjate lo que sería tu futura familia.

Linares bajaba los ojos. Se le encendía el rostro. No atinaba a poner orden en las piezas de tela, desparramadas sobre el mostrador.

—No lo creo, Andrés. Pero, aunque fuese cierto, eso habrá hecho la Antonia. Lorenza no es capaz.

—Lorenza es peor. Lo que hay es que la Lorenza no es tan infeliz como su hermana... pero se arregla con cuanto tipo pasa por la chacra. Sin ir más lejos, el comisario Romero la ha tenido de hembra.

—¿Pero usted está seguro de lo que dice? —exclamó Linares, apretando los puños.

Los ojos se le saltaban de las órbitas.



—No te digo que me lo ha contado Cicutti. Es vecino... y ha visto todo.

## V

Las informaciones sobre la poca santidad de la familia Filippini terminaron por quitarle de la cabeza la idea de casarse con una pécora como Lorenza. Reconocía, en su intimidad, que había sido víctima de un verdadero timo. La Lorenza había hecho el amor para sacarle regalos. El viejo Filippini se había aprovechado de su atolondramiento de muchacho para aumentar el fiado, llenando su Ford con buenos lotes de mercaderías. Antoñico se había pasado de los límites establecidos por don Fernando.

Ahora sentíase humillado. Un sentimiento, mezcla de pena y de rabia, le amargaba las noches. ¿Qué había hecho para que el destino y las gentes le jugaran tan malas partidas? ¿Acaso no era atento, bien inspirado, servicial? Se esmeraba en ser grato a todo el mundo. Pero la gente pretendía burlarse de él. Nadie, salvo Hidalgo, lo aconsejaba bien y lo ayudaba a hacerse a las costumbres del país. Notaba, en cuantos trataba, un gesto de mofa. Le respondían siempre con una frase despiadada, cuando no brutal.

Aunque el asunto de la Lorenza importábale ya un comino, tuvo que aguantar las más sangrientas pullas:

“Che, Antoñico”, le decían algunos de los chuscos que frecuentaban el negocio, “¿para cuándo es el casorio? Me han dicho que la Lorenza ha recibido un regalito parecido al de la Antonia.”

”Decime, Antoñico, ¿qué parte de la criatura te has reservado en la fabricación? Dicen que el comisario le hizo las orejas y que un linyera checo le dejó torneadas las piernas. ¡A que se te parece a vos en la manera de enojarse!”

El pobrecillo se refugiaba en el sótano. Ahí derramaba lágrimas de rabia, de asco. Habría querido vivir entre los chinos o con los negros del África, que, sin duda, serían más amables. ¡Para qué habría venido a América!

## VI

Antoñico, con un ligero temblor en las manos, confundía las telas.

—No, Linares. Eso no es sedalina. Es raso. Me parece que la sedalina está en aquel rincón.

El dependiente tenía como un nudo en la garganta. Sólo el perfume de Juanita lo mareaba.

Pero si él no estaba enamorado, se decía. ¡Cómo podría estarlo! Si ella era una princesa, una de esas hadas de los cuentos.

En su presencia, sentía vértigos. ¡Qué feliz iba a ser su amigo Hidalgo!

Juanita, que no había tenido nuevas ocasiones para alternar con su festejante, experimentaba la voluptuosidad de comunicarse, ese lunes, con una persona que el día anterior había estado en contacto con él. Parecíale que algo del otro se había impregnado en la persona de Antoñico. Por eso lo trataba más cariñosamente que nunca, como si fuese un segundo novio.

Juanita palpaba los géneros, fingiendo interesarse por su calidad, pero su cabecita daba vueltas y vueltas. Había ido decidida. No sabía por dónde empezar. En ciertos instantes, una oleada de rubor le encendía el rostro.

Antoñico, ante las maneras suaves, ante la voz cariñosa y maternal de su clientecilla, creíase transportado a un mundo irreal, de venturas infinitas. Pero habría deseado que ella lo tratase duramente, como a un peón, como a un patán, ya que no era otra cosa, según se lo repetía constantemente.

El pensamiento de Juanita volaba hacia la escuela de Hidalgo.

El corazón del ingenuo inmigrante era un caballo desbocado que galopaba en todas direcciones.

Ella inició débilmente su ya pensado interrogatorio:

—¿Paseó mucho ayer, Linares?

—Un poco, señorita Juana.

—¿Anduvo por las chacras?

—Sí, señorita.

El tono era confidencial. Antoñico estaba también avergonzado. Creía que las palabras de Juanita encubrían una ironía y se referían, sin duda, a sus fracasados amores con Lorenza. Tenía rabia contra sí mismo.

Juanita siguió su movimiento envolvente.

—¿Estuvo en lo de Filippini?

Antoñico hizo un esfuerzo, pero no le salieron las palabras.



Ella, atribulada, sorprendida de su propia audacia, no levantaba la vista del mostrador. El silencio se rompió ante un supremo esfuerzo del muchacho.

—No, señorita.

—¡Ah!...

Hubo un penoso momento. Ambos enmudecieron. Él pensaba, lleno de angustia, que la señorita estaba enterada del traspie de la Antonia y que posiblemente lo supondría culpable.

Ella reunió todas sus fuerzas para llegar a la pregunta deseada:

—¿Estuvo en la escuela?

—Sí, señorita —exclamó Linares asustado, como si confesase un delito.

Hubo otro silencio. Ella revolvía los géneros, sin mirar al dependiente.

Antoñico deseaba que viniese Andrés a reemplazarlo, que se lo tragase la tierra.

Otra pregunta surgió como una súplica:

—¿Es muy amigo del maestro?

—Sí, señorita.

Juanita veía que fracasaba. Linares no salía de los “sí, señorita”. Ella quería hablar de él, saber cómo vivía el solitario maestro, de qué conversaba... conocer hasta sus íntimos pensamientos.

Antoñico empezó a entrever el porqué de las preguntas. Sintió un gran alivio, una extraña alegría. Ahora estaba seguro de que ella no había querido burlarse. Haciendo un esfuerzo, se explayó un poco:

—El señor Hidalgo me ha proporcionado un libro muy interesante.

Ella estaba roja hasta la raíz de los cabellos. Balbuceó apenas:

—¿Quiere prestármelo?

—Con el mayor gusto, señorita Juana.

Linares fue a la trastienda. Regresó con el libro. Una novela de Eça de Queiroz.

Juanita experimentó la voluptuosidad de tenerlo entre sus manos. Había en ellas un ligero temblor.

Linares se sentía feliz.

Ella se desentendió rápidamente de los géneros.

—Hoy no encuentro nada que me agrade. Volveré mañana, Antoñico.

Sin darse cuenta, había usado el diminutivo familiar que todos daban al dependiente.

Salió con paso presuroso, llevándose el libro. Cuando llegó a su dormitorio, cubrió de besos las tapas.

## *Capítulo Cuarto*

### I

El viajante Lauría, de la casa mayorista Pérez, Alonso y Cía., llegó en su flamante Chevrolet. Visitó, en primer término, a Fuentes, Botto y Cía.

Lauría tenía puestas sus miras en la única heredera de su connacional, don Fernando Fuentes. Un informe reservado, que había obtenido en Rosario, asignaba a don Fernando una fortuna saneada, libre de polvo y paja, de no menos de ochocientos mil pesos. No era mal bocado para un trotamundos que empezaba a enfermarse del estómago a causa de la pésima calidad de las comidas que se veía forzado a ingerir en las fondas, en su incesante ambular por los pueblos.

Debilitadas las esperanzas de don Fernando, que había deseado casar a su hija con un hombre de pro, universitario o político de fuste, empezaba a ver, sin desagrado, las pretensiones que sospechaba en el viajante. Ni pensar se podía en los universitarios del pueblo. El médico Chaves vivía públicamente con su querida; el farmacéutico Berchoff era un judío viejo, calvo y poco limpio. El eminente político local, el senador Mendoza, que ya pisaba en los cincuenta, era padre de una numerosa prole, legítima en una mínima parte, adulterina y desparramada en su casi totalidad. Los hijos de los estancieros y grandes propietarios emigraban a Rosario o a Buenos Aires, donde la vida les presentaba mayores halagos y posibilidades.

Lauría era un mozo vivo, desenvuelto, elegante, de trato correcto. Parecía, además, un tanto rumboso.

Don Fernando lo invitó a cenar, como ya lo hiciera en otras ocasiones.

El viajante, de regreso al hotel, envió a la joven dueña de casa un “necessaire” de plata en estuche de cuero de Rusia.



Horas más tarde se presentó, acicalado, oliendo a esencias finas.

En la mesa la conversación abarcó los asuntos más variados. Don Fernando insistía en hablar de los cambios, de las perspectivas de la cosecha, de la crisis. Lauría, que deseaba agradar a Juanita, trató de desviarse hacia temas menos áridos. Trató de deslumbrar con su conocimiento de los sitios elegantes de Europa y de la Argentina. Habló de modas y de costumbres. Hizo una acertada crítica a la “mise en scene” de las “boites” rusas y criollas de Buenos Aires. Se mostró un gran conocedor de obras teatrales. Contó, con cierto gracejo, algunas anécdotas, que sólo tenían el inconveniente de ser ya conocidas. Trató de dar la sensación de que era un hombre culto, de refinados gustos, a cuyo lado la vida de una mujer sería una continua fiesta.

La tertulia resultó agradable. Doña Rosario, la hermana de don Fernando, para quien Lauría tuvo finezas y hasta piropos, quedó encantada.

—¡Qué hombre más entretenido! —decía la buena señora cuando quedaron solas.

Juanita no llegaba a simpatizar del todo con el viajante, cuyas intenciones adivinaba con ese sexto sentido que tienen las mujeres. Había en Lauría algo convencional, finamente estudiado, que la ponía sobre aviso. Además... su pensamiento no se apartaba de César Hidalgo.

Al retirarse, el viajante propuso a las señoras una pequeña excursión en su automóvil hasta Puerto Gaboto, la que se realizaría al día siguiente. No hubo excusas que oponerle.

\* \* \*

El paseo fue motivo para que en el pueblo se diese como un hecho el noviazgo de la hija de Fuentes con el viajante.

En la estación, en la plaza, en el cine, Juanita era objeto de toda clase de bromas e indirectas por parte de sus amigas:

—¿Han visto qué elegante estaba Lauría?

—¿No han notado, chicas, que el galán usa bigotito a lo John Gilbert?

Lauría fue el tema de las conversaciones femeninas durante muchos días.

## II

Antoñico deslizó la carta.

—Me han dado esto para usted.

Ella la ocultó entre un corte de vestido que acababa de elegir. Salió del negocio.

\* \* \*

Era una carta de Hidalgo. El maestro, hasta quien habían llegado los rumores del noviazgo con Lauría, preguntábale si eso era verdad. Pedía humildemente perdón por su impertinencia y excusaba “su descomedida actitud, en la intensidad de su pasión, que le hacía perder el control de sus actos”.

\* \* \*

Juanita pasó la noche en un constante sobresalto. En los pocos instantes en que la rindió el sueño tuvo pesadillas horribles. En cierto momento se despertó dando un grito. Había visto una mujer vestida de luto sentada a los pies de su cama.

Doña Rosario acudió llena de alarma.

—¿Qué te ocurre, Juanita?

—Nada, Rosario. Estaba soñando. Una pesadilla.

Cuando quedó sola, entró a cavilar. ¡Si serían malas las gentes! ¡Pero cómo había podido suponerse Hidalgo que ella prefiriese a Lauría! Un cursi... un tipito que se quería dar aires de gran señor.

Para acortar la noche, se puso a escribir la contestación. Escribió las cosas más disparatadas. Inició una carta que empezaba: “Adorado César”. Puso frases inflamadas. Leyó varias veces la carta de él. Pensó que todo lo que ella había escrito era una locura, que parecería incorrecto. Rompió la carta e hizo otras, tratando de estar a tono con la que había recibido. Después de muchas enmiendas, la misiva quedó redactada en una forma que le pareció discreta.



\* \* \*

Todavía no habían llegado los clientes, cuando Juanita ya estaba en la tienda. Necesitaba múltiples objetos de mercería: jabones, lociones, horquillas... En cuanto pudo, entregó la carta a Linares.

—Hágala llegar hoy mismo, Antonio. No deje de hacerme este favor. ¡Cómo podríamos hacer!

—Si no viene algún colono de aquellos lados, la llevaré yo mismo esta noche. Posiblemente vengan los chicos de Monchiutti.

## LIBRO TERCERO

### *Capítulo Primero*

#### I

La gran capital de la pampa gringa se inicia en el extremo norte, un poco más allá de La Florida, con caseríos desparramados y quintas arboladas. El Rosario tiene una extensión similar a la de Buenos Aires. Pero le falta, para ser una ciudad completa, la sedimentación que dan el largo arraigo, las tradiciones y ese sibaritismo que produce el exceso de riquezas.

A los rosarinos, en su apuro por hacer grande su ciudad, se les olvidaron muchas cosas. La edificación, trazada en forma de damero, está compuesta por casas bajas, salpicadas de huecos y baldíos. Sólo se eleva un poco en las proximidades del puerto, que se extiende sobre la orilla occidental del Paraná, en algo más de tres leguas. Es una de las ciudades del mundo que, en proporción a su radio, tiene menos parques y paseos. Sus espacios arbolados, para el esparcimiento público, no llegan al uno por ciento de su extensión. Su parque Independencia, único paseo de relativas dimensiones, es insignificante si se lo compara, no ya con los grandes y famosos de Nueva York, Viena o París, sino con los de Córdoba, Mendoza o Buenos Aires. Por hoy, hacen de pulmones de la ciudad, las huertas, las quintas, los baldíos y las playas de maniobras de los ferrocarriles, enclavadas en barrios populosos. Pero, cuando los huecos se llenen, cuando la edificación empiece a empinarse, los rosarinos de mañana tendrán alguna mala palabra para sus antecesores.

El Paraná magnífico, con sus islas cubiertas de sauces, alisos, ceibos y espinillos, y con altas y pintorescas barrancas junto a la ciudad, permanece oculto, amurallado por los depósitos de la Aduana y los elevadores de las casas cerealistas que, a su vez, están aislados por las parrillas de rieles, galpones y tapias de las empresas ferroviarias. Para recrearse con el paisaje de la ribera, hay que remontarse al norte, hasta los barrios de Alberdi y La Florida. Por el lado sud, al aristocrático “faubourg” del Saladillo, le fue escamoteada la vista del río por un poderoso frigorífico que, en ciertos días de cálidos vientos, lo infecta con sus miasmas.

Pero Rosario, ciudad todavía por hacerse, portento del mañana, tiene junto a estos lunares, bellezas y virtudes insuperables. Es la ciudad abierta, franca, generosa con el extraño. Nadie pregunta ahí al recién llegado quién es, ni de dónde viene. Sólo interesa lo que éste se propone hacer. La sociedad, los políticos, la intelectualidad y el comercio le brindan una acogida cordial, le abren cancha y, si el nuevo ciudadano tiene garra, si pertenece a la raza de las águilas, a los pocos meses podrá codearse y tratar de tú a los más altos primates de la ciudad. Ese espíritu cerrado y hostil, esa preocupación ridícula por el abolengo, que se hace sentir en la sociedad de las pequeñas urbes del interior, no tiene cabida en el espíritu desprejuiciado de los rosarinos. Tampoco se ha contagiado de ese frío mercantilismo de Buenos Aires, en el que desaparecen los afectos, la familia y la amistad. Como una mujer fecunda y pródiga, llena de salud y de ansias de vida, se entrega a los hombres audaces, de acción, con esa confiada alegría con que debieron entregarse a los peregrinos las vírgenes sagradas de Babilonia.

Su rémora de hoy, que a pesar de todo, ha hecho su renombre, es su clase adinerada, legión de nuevos ricos, mezquina, circunscripta a un pequeño mundo de intereses materiales, y que, salvo excepciones, no ha sabido alzarse sobre la triste miseria de sus riquezas. Hombres de fondo rudo, que amasaron sus fortunas centavo a centavo, a los que el roce social y los sastres han transformado sólo en su aspecto externo, siguen practicando esa fórmula tan propia del espíritu yanqui: gastan la vida en ganársela. Aumentan sus millones por el solo placer de constatar en sus balances nuevos ingresos; pero sin que ello represente un índice de mejoramiento colectivo, o siquiera individual. Es verdad que estos ricos tienen palacios y automóviles, pero son duros para el gasto. Todo en ellos está determinado en sus



libros de entradas y salidas: hasta las pequeñas sumas que invierten en sus placeres íntimos. Cerrados al progreso de su ciudad, no han surgido de su núcleo esos filántropos que, como en Norte América, y algunas veces en Buenos Aires, vuelcan su dinero en instituciones de cultura o de asistencia social.

Rosario no tiene vida nocturna. A las diez de la noche parece una aldea. Las calles solitarias, la luz mezuquina, las puertas cerradas. Unos pocos cafés del centro se llenan de hombres solamente: dependientes, comerciantes, corredores y políticos. Se ha llegado a decir que los ricos de Rosario se acuestan temprano para no gastar luz.

Pero la ciudad rosarina tiene una clase obrera inquieta y viril, como no la tiene la propia capital de la República. Fue famosa en la época de las grandes huelgas y conmociones sociales. Llamósele por ello la Barcelona argentina. Criollos y gringos volvíanse bravíos, se enfrentaban con los policías y hasta con los regimientos. El sabotaje era feroz, implacable. Se quemaban tranvías, se hacían añicos los focos del alumbrado público, ardían trenes enteros y se echaban al agua los guinches del puerto. Hoy, en formas más pacíficas, esa clase trabajadora constituye un saludable ejemplo. Actúa con cierto idealismo, un tanto ingenuo, en las luchas políticas. Podría decirse que Rosario guarda en su seno, como una sagrada custodia, todo el fuego de las luchas nobles del civismo. Sus habitantes se despreocupan de la gloria ficticia de los apellidos ilustres, para lanzarse a la acción positiva, fijos sus ojos en el presente, para vivir la historia que ellos mismos escriben, y no la que escribieron otros. Las propias jugosas prebendas de los presupuestos oficiales no tientan su apetito.

Se agrega hoy al ritmo laborioso de su vida, la Universidad, en la que sus profesores y estudiantes, sin el empaque porteño ni la solemnidad cordobesa, trabajan afanosamente, en mangas de camisa, por la grandeza del país.

Rosario, inmenso y polvoriento taller, con un constante zumbido de colmena, está gestando una nueva grandeza. Cuando la superabundancia reviente las cajas de hierro, hoy cerradas con cuatro llaves por sus hoscos guardadores, y se desparrame el oro con mano pródiga, esta ciudad concretará el portento de la pampa gringa, de la que es su capital y puerto.

Segundo mercado cerealista del mundo, por ahí salen montañas de maíz, de trigo y de lino que se producen en las fértiles llanuras del sur de Santa Fe y Córdoba.

En Rosario todo está industrializado, pesado y medido. Hasta la delincuencia ha adquirido un carácter comercial. La “maffia”, corrida de Sicilia por el gobierno fascista, ha sentado sus reales en esta ciudad, y al organizarse bajo las formas perfectas de una sociedad de industria, ha llegado a imponer respeto, mereciendo el apoyo de avisados periodistas y de eminentes políticos.

No hay en Rosario gobernador, ministros ni magistrados de fuste. La más alta expresión de su señorío se concreta en la Bolsa de Comercio, con su Cámara Sindical y su Mercado a Término, que reflejan día a día y minuto a minuto los vaivenes de la balanza comercial del orbe entero, registrando las bajas y las alzas de los precios hasta en las fracciones de centavo.

El presidente de la Bolsa de Comercio es en Rosario algo más que el gobernador de la provincia, que el intendente municipal y que el rector de la Universidad.

Don Américo Botto deseaba ser presidente de la Bolsa de Comercio.

## II

Don Américo había iniciado su fortuna, una de las más cuantiosas de la ciudad gringa, con una pequeña fonda que estableciera, poco después de su arribo a la Argentina, en el pueblo de Tortugas, situado en los límites de Santa Fe y Córdoba.

Su trato cordial y cierto don de gentes contribuyeron a proporcionarle numerosa clientela. La fonda de Botto fue el verdadero club de los tortuguenses. Don Américo armaba partidas de bocha y de truco, que epilobaban en discusiones ruidosas. A la hora de la comida, recorría las mesas alternando con sus huéspedes y preocupándose de que estuviesen satisfechos. No dejaba de recomendar el plato del día:

—Lo macarrone al gratén están de primera. No me lo deje de probar.

Mientras él realizaba esta liviana tarea, su consorte combinaba en la cocina los sobrantes de las comidas.

Las malas lenguas habían hecho correr la especie de que cuando algún colono se quedaba dormido en la fonda de don Américo, a causa de “haberse agarrado una tranca”, solía despertarse con los bolsillos pelados por manos misteriosas. Pero éstas eran simples habladorías.



\* \* \*

Botto empezó a acopiar el cereal de la zona. Los años eran buenos y los precios permitían un amplio margen de utilidades.

Cuando compró media legua de campo y se convirtió en estanciero, dejó de ser “el gringo Botto” para convertirse en don Américo Botto, uno de los hombres más respetables de la sociedad tortuguense.

Adquirió luego una nueva estancia cerca de Maciel y se trasladó a dicho pueblo con su familia. La fonda, transformada ya en comfortable hotel, fue vendida a buen precio.

La razón social Fuentes, Botto y Cía., fundada en su casi totalidad con capital suyo, amplió el giro de sus negocios. Siguió la buena racha; sucesivas adquisiciones de campo aumentaron el haber de don Américo, transformado en un personaje importante, muy considerado en el comercio y en los bancos de Rosario.

Muerta su consorte y crecidas las hijas, Italia y Rosina, que se habían educado en el “Colegio de los Sagrados Corazones”, deseando éstas figurar, rozarse con gente distinguida, arrastraron al padre a la ciudad.

Botto hizo construir un palacete en el Boulevard Oroño. Eduardito, el único hijo varón, se encargó de darle a la familia el lustre que le faltaba. Empezó a juntarse con los más famosos calaveras de la ciudad. Derrochaba en francachelas, que se hicieron famosas, los pesos que había “amarrocado” el viejo. Pero era como sacarle un pelo al gato.

Don Américo ingresó en la Bolsa de Comercio. Fue presidente de la Cámara Sindical y director de varias sociedades anónimas.

Los ministros de hacienda del gobierno provincial solían consultarlo cuando se les presentaba algún peliagudo problema financiero. Su inmensa riqueza y su ojo para los negocios imponían respeto, dando gran autoridad a su palabra.

Don Américo conocía un método infalible para tener dinero. Era muy sencillo. ¡El huevo de Colón! Ese método había dado origen a la mayoría de las grandes fortunas del país. Consistía en lo siguiente. Cuando se habían ganado cien pesos, se guardaban noventa y se gastaban solamente diez.

### III

Don Américo, que acababa de regresar de un largo paseo por Europa, venía con la obsesión del lujo. Recibido por Mussolini y hecho Comendador de la Corona, había asistido a recepciones diplomáticas y alternado con gente de alcurnia. Su fabulosa fortuna interesó mucho en ciertos círculos del Viejo Mundo. Entró en los cálculos y combinaciones mentales de no pocos nobles tronados y financistas de lance. Pasaban de la docena los personajes que se habían comprometido a hospedarse en su palacete cuando visitaran la Argentina. Don Américo se dejaba agasajar, le sacaba el jugo a sus nuevas e importantes relaciones; pero, cuando le proponían un negocio, dilataba la respuesta con atinados pretextos.

Nunca desahuciaba a sus pretendientes a socios.

El palacete del Boulevard Oroño, con sus mansardas de pizarra, sus balcones saledizos y sus mascarones de portland, constituía la admiración de los paseantes, horteras y excelentes papás que, remolcando a sus consortes y precedidos por tropas de chiquillos, desfilaban los domingos rumbo al parque Independencia. Pero don Américo quería ahora ostentar lujo en el interior, tal como lo había visto en los viejos palacios italianos. Pensaba gastarse algunos pesos en fiestas que hicieran época en las crónicas sociales de la ciudad. Había que casar a Italia y a Rosina.

Las niñas estaban en constante comunicación telefónica con el cronista social de “La Capital”, el famoso Forgues, cuyo lápiz mágico ponía los apellidos en el tapete de la notoriedad o los condenaba al más lamentable de los olvidos. Las Botto figuraban en las listas de asistentes a las grandes veladas teatrales, a los garden parties, a los dinner danzant, a los matchs de tennis y de golf. Cuando recién llegaron del campo, sus nombres aparecían muy cerca de la última línea, que remataba con la sacramental frase: “Y muchos otros que lamentamos no recordar”. Poco a poco fueron avanzando, hasta ocupar el tercero o cuarto puesto, inmediatamente después de los dobles apellidos de Cucurullo Restagno y Burillón de Casas.

Botto había comprado en la península, aprovechando la desvalorización de la lira, regios juegos de muebles que, al decir de los entendidos, tenían gran mérito artístico. Necesitaba decorar los salones. Un



tapicero, que había sido llamado para algunos arreglos, le dijo que el pintor de moda en Rosario era Arístides Gigli, pero que se anduviese con cuidado porque solía ser bastante salado en sus precios.

Esto convenció a don Américo. Si el pintor cobraba mucho, debía valer mucho. Decidió hacerlo llamar.

El tapicero se apresuró a adelantarle la noticia a Gigli, pidiéndole, de paso, una comisión.

#### IV

Gigli, introducido por un portero de librea, se instaló en la salita. Muebles Luis XIV, largos cortinados, consolas con filetes dorados, algunos bibelots. En las paredes, dos cuadros al óleo con espléndidos marcos; un paisaje holandés, con su molino a viento; el otro, una granja con su estable, una vaca, un carro arrumbado y una mujer tejiendo. Firmaba: “Rosina Botto. Colegio de los Sagrados Corazones”.

Rosina era el portento de la familia. Gigli, bien aleccionado por un contertulio del Jockey Club, muy amigo de la casa, esperaba el momento para realizar la gran escena.

El pintor, dando espaldas a la puerta del salón de honor, embebióse en la contemplación de uno de los cuadros. Oyó el ligero roce de una falda, pero no se movió.

Alguien, con voz muy suave, dijo detrás suyo:

—¿El pintor Gigli?

Gigli se dio vuelta bruscamente, como sorprendido “infraganti”.

—Buenas tardes. Usted perdone. Estaba ensimismado en la contemplación de esta joya del arte. ¡Qué maravilla! ¿Quién ha pintado esto?

Rosina se puso encendida.

—Yo...

—¡Usted!

Parecía que los ojos de Gigli iban a saltársele de las órbitas. Tal era su admiración. Continuó sin dejarla hablar.

—¡Pero es usted una eximia artista! ¡Qué quiere que haga yo en esta casa!

Penetraron don Américo e Italia.

Gigli siguió, con visible exaltación:

—¡Pero, señor Botto! Tiene usted en la casa un verdadero genio de la pintura. Francamente, no sé qué decirle. Si no fuese que el decorado de las paredes no es tarea para una señorita, le diría que usted no me necesita.

Rosina sentía deseos de abrazar al pintor.

—Esta muchacha —dijo don Américo con cierta satisfacción— tiene como usted los artista muchos pajarito en la cabeza.

Italia, un poco desairada por el papel secundario que le tocaba en la escena, dejaba asomar a sus labios una sonrisa de despecho.

\* \* \*

El convenio para el decorado del palacio no ofreció dificultades. Gigli no ponía precio. Cuando la obra estuviese concluida, don Américo y las niñas determinarían su valor. Pagarían lo que les pareciese.

Botto tenía sus vacilaciones:

—Mire que yo no pensaba gastar mucho. Apenas si un par de mil peso.

—¡Pero, señor Botto!... No se aflija por eso. Ya verá cómo nos vamos a arreglar. Usted quedará más que satisfecho.

Gigli, todo una luz, ya tenía su plan.

Posiblemente no cobraría un centavo. Su ganancia sería mucho mayor.

## Capítulo Segundo

### I

Arístides Gigli, rosarino por los cuatro costados, denigraba en todas partes a la ciudad de su nacimiento. Creía colocarse con ello en un plano superior; dar una prueba de buen gusto. Decía, a quien



quería oírlo, que al Rosario debía rebautizárselo con el nombre de “La Nueva Génova”, dado el espíritu metódico y ahorrativo de sus habitantes. Rosario era rica, tenía las fortunas más sólidas del país, sin cuentos ni “camouflages”, pero no era menos cierto que todo ese oro estaba bien guardado en las cajas de hierro de los bancos y que sus infelices propietarios eran los más célebres “amarretes” y pijoteros de todo el orbe. Si era verdad aquella historieta que corría por ahí, de que se habían necesitado cinco judíos para embrollar a un genovés, ello se debió a que el “geneise” había vivido durante algún tiempo en el Rosario. Estos millonarios rosarinos, pese a sus rascacielos y a sus palacetes, seguían sudando la gota gorda tras los mostradores o entre las pilas de cajones y de bolsas de sus almacenes.

Gigli protestaba porque las autoridades no habían oficializado aún el himno municipal de Ramoncito Araya, ese otro rosarino, no menos ingrato, que en inolvidables estrofas había satirizado a los personajes más importantes de la ciudad:

“Ciudad de Astorga, de Etchezurri y Casas  
Y del gran caballero Luis Caputto.  
Aquí se funden cuatrocientas razas  
Y no se funde ningún gringo bruto.”

Gigli era amigo de todo el mundo. Asiduo al Jockey e infaltable en las reuniones sociales, se le hacía rueda, para oír sus despiadadas alacranerías, de las que no se salvaban ni sus más íntimos. Tenía esa atracción que ejercen los focos de luz sobre los insectos. Por su manera formidable de “sacar el cuero”, se le conocía con el apodo de “hachita de mano”. Y era, en verdad, una hachita que hacía de la honra y de las debilidades de sus conocidos un verdadero picadillo.

Ceremonioso y mundano, engañaba con sus modales. Eran mentados sus grandes saludos en la calle. Pero, si alguien iba a su lado y le preguntaba por lo bajo quién era el personaje tan cumplimentado, informaba:

—Un pobre desgraciadito... Un pato crónico. Debe hasta la corbata que lleva puesta.

Si se trataba de una dama, su respuesta era más suave:

—Una gran matrona. La señora de X. Lástima que sea un poco golosa. Tiene debilidad por los maridos de sus amigas.

Para Gigli, su ciudad no podía ofrecerle ninguna perspectiva. Tampoco se la ofrecía Buenos Aires. Él tenía que emigrar, irse a París, a Roma, a una de las grandes capitales del arte para triunfar. Si se quedaba en Rosario, era sólo con un fin, que proclamaba públicamente; única posibilidad viable en aquel medio: dar un “campanazo”; hacer del matrimonio una brillante operación comercial, en la que una de las partes contratantes pusiese el capital y hasta la industria. Él pondría sólo la firma.

## II

El flirt entre Gigli y Rosina empezó en los salones desmantelados del palacio, donde el pintor había hecho colocar un andamiaje.

Los primeros besos, largos, de final de película, se los dieron tras las puertas, bajo los andamios.

Gigli insistía en que tenía que hacerle un retrato. Ella sería su “Mona Lisa”. Tenía una sonrisa extraña, como la excelsa modelo de Leonardo. Pero... para hacer ese retrato necesitaba silencio, tranquilidad espiritual. Necesitaba hacerlo en su “atelier”. Sería un secreto entre los dos.

El cuadro no sería visto por nadie... hasta que las circunstancias lo permitiesen.

Rosina se dejó convencer. Ciertos días de la semana iba, siempre con el mismo vestido, a posar en casa del pintor.

Gigli vivía en un barrio apartado. Su casa tenía un vecindario pobre, de gentes poco conocidas.

\* \* \*

En las primeras poses Gigli trabajó un poco, alternando la tarea con largos abrazos y besos ardientes. Pero, a la tercera visita, sucedió lo que tenía que suceder...

En adelante no se acordaron más del cuadro, que quedó medio esbozado. Alguna vez ella insinuaba el deseo de posar, pero él la disuadía:

—No puedo estar tranquilo a tu lado. La excitación me inhibe. Lo terminaré cuando estemos casados.



### III

Cuando se fijó la fecha del cambio de anillos, Gigli quiso adelantarse a los acontecimientos. Esa misma noche, antes que los diarios diesen la noticia, el pintor se presentó en el Jockey Club a la hora en que el gran hall estaba repleto de alacranes. Con gesto señorial pidió champagne y habanos para todo el mundo.

El mozo y los contertulios lo miraron sorprendidos.

—¡Pero Gigli! —exclamaron algunos— ¿Se ha sacado la lotería?... ¿Encontró, por fin, quién le comprara sus cuadros?

Cuando las copas estuvieron colmadas, el pintor dijo con toda solemnidad:

—Señores: antes que ustedes se entreguen a la tarea de sacarme el cuero en pequeñas lonjas, quiero comunicarles una gran noticia que, posiblemente, hará reventar de envidia a más de cuatro de los aquí presentes... Me caso con la hijuela de Rosina Botto. Esta noche me comprometo. Debo agregar que mi mayor deseo, en estos momentos, es que don Américo Botto “crepe” a la brevedad posible.

Una salva de aplausos, acompañada de grandes carcajadas, repercutió en el hall. Muchos jugadores de la sala vecina se allegaron a indagar.

Gigli fue abrazado y felicitado.

### IV

La noticia del chiste de Gigli no tardó en llegar a oídos de don Américo.

Botto llamó a su hija:

—¿Sabés lo que ha dicho el brigante de tu novio en el Jockey Club?

—Son mentiras, papá. Aristides me quiere. Lo ha dicho de loco que es... y para evitar que los envidiosos hablen mal de él. Ya me lo contó todo.

—¡Te digo Rosina que no te vas a casar con ese atorrante!

—¡Pero, papá!...

—¡Io lo digo... e basta!

\* \* \*

Una hora más tarde Italia informaba a don Américo que Rosina estaba gruesa de Gigli.

Don Américo bramaba como una fiera:

—¡Porco! ¡Mascalzone!

## LIBRO CUARTO

### *Capítulo Primero*

#### I

Arrimó unos tizones, metió la cuchara en el tarrito y probó el menjurje.

En el otro extremo del puente, bajo el pilar, se dibujó, a la media luz de la madrugada, una sombra.

Se interponía el arroyito, hilo de agua sucia que se abría paso a tropezones, entre cascotes y desperdicios.

La sombra se desprendió del pilar.

—Buen día, don...

—Fuenos días.

—¿Alemán?

—Alemán

El recién llegado puso su fardo en el suelo. Tomó asiento sobre una lomita. Hubo un silencio.

El alemán, como si despertara, registró con angustia sus bolsillos.

—Usté... ¿tafaco?

—Algún puchito ai de quedar.

El criollo escarbó en el fardo. Apareció un cigarro medio deshecho. Lo partió, y alargó al otro una mitad.



—¡Oh... gracias!

Prendieron en los tizones y pitaron a chupadas lentas. Se replegaron sobre sus recuerdos.

El alemán retiró el puchero de las brasas. Comió con parsimonia.

El otro miraba los bordes del zanjón, las hierbas que crecían entre los ladrillos, el agua que iba haciendo requiebros a las basuritas.

El alemán, cuando se sintió satisfecho, tuvo la vaga noción de que el recién llegado podía tener hambre.

—¿Usted... gusta?

—Si no es molestia.

—¿Usted... trafajo?

—Voy pa la junta del mais.

—Yo acompaña. ¿No molesta?

—¡Qué esperansa! Venga conmigo. Yo se ande hemos d'encontrar.

—¿Lejos?

—Rigular nomás.

—Pais mal. Poca trafajo.

—¡Psh! Disen que el mais no vale nada, Lo'j colono pagan una miseria la bolsa.

—¡Ah!... Alemania peor. ¡La kerra!

El criollo raspa el fondo del tarro.

—Cuando guste, don...

—Famos.

\* \* \*

El arrabal empieza a zumbar. Rajan el aire fresco las clarinadas de los gallos. Se recortan sobre las vías algunos grupos de hombres en marcha. A la distancia, un conjunto de casas se engulle un tranvía. Con gran ruido de cascabeles, un pelotón de carritos lecheros se lanza a la carga sobre un paso a nivel.

Schneider lleva su bolsa en el extremo de un palo que carga sobre un hombro, a manera de fusil. Roque lleva un lío del que asoman los flecos de un poncho bermejo y el pico de una botella.

Cuando salieron de Ludueña, retrocedió el caserío, como abriendo cancha. En la ciudad que se alejaba, rojo y blanco bañado en luz, las chimeneas difuminaban negros rayones sobre un cielo frataschado con ceniza.

Los tamangos del alemán se lustraban entre los pastos mojados.

Tomaron las vías del Central.

\* \* \*

Cerca de Paganini se les suma un camarada. Silencioso, cubierto de mugre, marcha a retaguardia con paso acamellado.

—Usted... ¿alemán? —pregunta Schneider.

—Checo.

—¿Junta mais?

—Busca trabajo.

—Famos con amigo argentino.

\* \* \*

Roque desvía al grupo de los rieles.

—Vamo'j a tomar las vías del francés. Por esta linia ha de estar todo muy yeno.

El criollo busca la proximidad del río. En el Paraná siempre se prende algún pacú en los anzuelos.

Una fila de rombos asoma sobre una arboleda.

—Allá... ¿fábrica?

—No. El arsenal.

—¿Arsenal? ¿Qué está arsenal?

—Pa hacer arma'j, bala'j, mauseres. ¿Sabe? Pa matar.

Roque hace ademán de mover el gatillo con el dedo.

—¡Ah!... ¡Para kerra! ¡Comprende! ¡Comprende!



\* \* \*

Una luz cruda cae a plomo sobre el paisaje, borrando todos los relieves, llenando todos sus resquicios. El horizonte está lleno de cosas que apenas se adivinan. Cosas pequeñísimas, inverosímiles, irreales, que quizá, no existan. Mirando hacia la lejanía se pierde la noción del tiempo y de la distancia. Es la pampa metafísica que sólo pueden comprender, sentir, los vagabundos, acostumbrados a mirar lejos, sobre la raya del horizonte, y sin más afán que el trasponer horizontes.

El grupo avanza recortándose nítido sobre el terraplén.

En los caminos, en las lejanías, las brillazones forman charcos que se desparraman, que se alejan, que cambian de sitio y que reflejan en forma confusa las arboledas y las hileras de postes.

\* \* \*

El sol se agacha sobre el poniente.

El cubilete del firmamento ha volcado sus dados multicolores entre la maraña de las huertas.

Un poco lejos, dos filas de eucaliptos bordean una avenida polvorienta. Al fondo aparece una espesura moteada de gris: San Lorenzo. Hiende el aire azulado y luminoso el lanzazo de la torre, tras la que se agazapa la tortuga de una cúpula. Apuñalean el aire los negros estiletes de un grupo de cipreses.

Una parcela recién arada pone una mancha violeta, lisa, tirada a pincel. Más allá un trazo verde nilo que salpican las pintitas sepias y blancas del ganado. Algunos rayones amarillos desparramados entre el verde. En medio del violeta, la cuadriga de una rastra levanta una nube cobriza, tras la que va cayendo, cual trocitos de papel, una bandada de gaviotas.

\* \* \*

A la entrada de Timbúes, al costado de la vía, dos tipos acampan bajo un paraisal. Una gasa de humo azul oscila sobre las copas. El checo defecciona.

—Checo no quiere trafaja.

—Parece medio atorrante.

—¿Qué está torrante?

—Un vago. Uno que no hace nada... Nada más que pedir.

—¿Qué está linyera, antonces?

—Linyera es este paquete que llevamo. Somos linyera porque andamo'j con esto por el campo buscando trabajo.

—Ah... Ah... ¿Antonces linyera no está torrante?

—Asigún. El linyera es a veces medio atorra... Cuando se envisia, cuando vive de lo que le dan... como ése.

—¡Ah!... Comprende. Comprende.

## II

Caminaron... Caminaron...

Caminaron hasta que sus piernas fueron resortes, hasta que sus cuerpos fueron máquinas. Desaparecieron los dolores y el cansancio. Dejaron de pensar, de sentir... Fueron ex—hombres.

Eran sólo linyeras.

Mojados de sudor, obsesionados con la idea de llegar a un sitio que ellos mismos ignoraban, y que posiblemente no existía, sus ojos no veían el paisaje. Los caseríos, las arboledas, las chacras, los maizales, los potreros, desaparecieron. Los dos rieles del ferrocarril, a derecha e izquierda de sus pies, les marcaban su único horizonte. Eran dos rayas grisáceas, brillantes, que no se acababan nunca, que crecían a cada paso, y que iban a ensartarse en la lejanía, en el más allá de las cosas.

Único acontecimiento: de tarde en tarde un tren asmático se acercaba resoplando. De lejos los silbaba. Sin mayor apuro, se salían de su horizonte, de su mundo, y se ponían a su margen.

Pasaba el convoy. Comúnmente era una interminable fila de vagones de carga que marchaba con cierta lentitud. Vagones cubiertos que alternaban con vagones cajón, vacíos algunos y llenos otros, tapados con lonas, cargados con máquinas agrícolas, con leña, con bolsas. Los vagones—jaulas, embadurnados de bosta, dejaban ver cabezas pensativas de novillos que miraban el campo con resignada despedida.



Los trenes de pasajeros pasaban como una exhalación, en medio de un solo estruendo. Chiquillos asomados a las ventanillas saludaban con alegres ademanes. Ellos torpemente, sin acertar a mover sus manos, hacían un gesto vago, complaciente. Cuando algún trecho estaba malo, el tren marchaba con precaución. No faltaba entonces algún muchachote de segunda que les gritaba con sorna:

—¡Chau, atorras!

\* \* \*

Algunas veces daban con una cuadrilla de las vías. Roque se dirigía al primer peón que topaba:

—¿El capataz?

—Es aquél.

Recibía siempre la misma respuesta:

—Estamos completos. Los peones los toman en Rosario.

En ciertas ocasiones Schneider hacía un gesto vago, de desaliento. Señalando un pueblo o una chacra cercana, preguntaba:

—Allá... ¿trafajo?

—No ai de haber. Si esto ha de estar yeno. Vamo'j a d'ir más payá.

Fatalista, despreocupado, Roque era un buen hijo del país. Las cosas sucedían porque sucedían. El impulso debía venir siempre de afuera; jamás de adentro. Si no llegaba a ocurrir algo extraordinario, llegarían a los confines de la República o hasta donde se acababan los rieles.

### III

Cuando lograban algún trabajo, después de muchos días de camino, Schneider compraba provisiones: fósforos, tabaco, sal, fideos. Roque hacía estaciones en los boliches, bebiendo y jaraneando hasta que se quedaba sin un céntimo. Cuando se emborrachaba, se ponía cargoso. El alemán trataba de alejarlo de los mostradores.

—¡Qué te has creído gringo e mierda! ¿Acaso sos mi padre?

Sacaba el cuchillo, pero se le caía de las manos.

Se tumbaba en cualquier parte. Quedaba como muerto.

Schneider solía arrastrarlo de los pies hasta algún yuyal, para que no lo aplastaran los carros o los trenes.

### IV

Schneider no podía dar un paso. Al extremo de sus pantalones reían a carcajadas, entre las aberturas de los tamangos, los dedos hinchados de sus pies.

Penosamente llegaron a una estación.

Agazapados en la toma de agua espieron el paso de un tren de carga.

\* \* \*

Las tablas del vagón se sacudieron como si algo hubiese reventado entre las ruedas. El ruido de la frenada se iba apagando en la cola del tren cuando Schneider se incorporó sobre la bolsa que le servía de almohada. Al costado de la vía apenas se adivinaba una fila retintada de eucaliptos. Sobre la estación, un poco distante, se vislumbraban vagas luces.

El criollo roncaba pesadamente, con la cabeza apoyada sobre una pierna del alemán. Schneider la retiró con delicadeza.

Una luz pasó cerca. Se oyeron las campanadas de reglamento y el silbato del jefe. Contestó la máquina con un alarido y el convoy arrancó, esta vez con suavidad.

Schneider volvió a echarse. Roque le había prevenido: “No hay que dejarse ver. Hay que esconderse, sobre todo en las estaciones”. Pero el extranjero solía olvidar esta precaución cuando el tren estaba en marcha. Gustaba los paisajes nocturnos de la pampa, que borraban las huellas de su domesticación. Desaparecían en las sombras alambrados y sementeras. En la llanura retintada y lisa, que se perfilaba bajo la claridad del horizonte, emergían como islotes de basalto los bosquecillos de las chacras, de los que escapaba a veces un débil reflejo blanquecino.



El ruido del tren apagaba todos los rumores. Alguna lucecita lejana, de rojo intenso, que aparecía y desaparecía, hacía pensar en gentes felices, que tenían techo, familia, alimento.

Como un deslumbramiento rayaban las sombras, de tarde en tarde, los reflectores de un automóvil, que pasaba roncando y se perdía tras un vago resplandor.

\* \* \*

El tren, después de marchar un pequeño trecho, se detuvo nuevamente. Estaban junto a la toma.

La luz de un farol pasó por el costado del vagón.

—En éste es —dijo una voz.

—Siempre se cuelan —contestó otra.

—Le alcancé a ver la cabeza.

Schneider, boca abajo, ni se movía.

—Ahí están. Permítame el farol, jefe.

—Sírvase, sargento.

La luz iluminó dentro.

—Son dos. ¡Eh...! ¡Digan! ¡A ver! Abajo.

Schneider se incorporó lentamente.

—Con ustedes hablo. ¿O se han creído que ando hablando solo? Muevansén.

El policía, de un salto, estuvo dentro del vagón. Se acercó.

Roque empezaba de nuevo a roncar. El sargento le dio un suave puntapié en las asentaderas, que sólo motivó un cambio de posición. Un fustazo en las pantorrillas terminó por despertarlo. Se sentó de golpe, lleno de susto.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Nada, amigo. La autoridad.

El criollo se puso de pie, precipitadamente. El alemán lo imitó con cierta pachorra.

—Vamos. ¡Abajo! Agarren sus pilchas.

Roque envolvió sus cachivaches.

—¡A ver, usté, si se mueve!

El sargento hizo ademán de medirle las espaldas a Schneider. Éste embolsó rápidamente sus cosas.

—Apúrense —dijo el jefe.— Vean qué pasajeros más cómodos.

El sargento los palpó de armas.

Descendieron.

El tren arrancó con un rechinamiento de hierros y maderas.

## *Capítulo Segundo*

### I

Pasan días y noches, noches y días. La pampa gringa, imprecisa, móvil, reseca, embarrada, exuberante, acribillada de sol, arrebozada de sombras, ya con intensos rumores, ya con largos silencios, tiene alma de linyera.

### II

Una garúa pegajosa empaña la luz de los faroles. El grupo se aprieta sobre el cadáver. El cuello seccionado arroja un chorro de sangre junto a los rieles. La cabeza ha rodado algunos metros, arrastrada por la furia del tren. La luz colorada del farol de peligro, al enfocarla, pone un tinte trágico en los ojos saltados de las cuencas. Un pasajero da un grito. Tienen que sostenerlo. Otro hace arcadas. Varios se alejan rápidamente.

—¡Qué cosa bárbara!

—¡Lo que es la vida!

El tren iluminado parece una alegre mansión entre la sombra espesa. Se entrevé el débil resplandor de un pueblo cercano. Sobre la línea del horizonte la lucecita verde de la vía libre es la única estrella de la noche.



El inspector, con un aparejo portátil, colocado en los hilos del teléfono, comunica la novedad a la cercana estación.

\* \* \*

Un ronquido lejano anuncia un automóvil que viene “peludiando” entre el barrial. Los reflectores encaran el grupo de las vías. Es como un pantallazo del día entre las sombras. Los hilos de la garúa rayan al sesgo los haces de luz.

Descienden varios. Ruido de latas.

—¡La policía!

El comisario, talero en mano, se acerca.

—¿Qué ha pasado?

—Un linyera...

—¿Suicidio?

—Vaya uno a saber... A lo mejor borracho. Ahí andan los que lo acompañaban.

—¡Hum! Mal olor tiene este asunto. ¡Cabo: detenga a todos los sospechosos!

Chirrían los sables.

—¡Naide se mueva!

—Pero, amigo. Si somos pasajeros. Los linyeras son éstos que están ahí, al lado de aquellos postes.

### III

Schneider fue conducido a la cárcel de Santa Fe. Al día siguiente de su llegada, un vigilante lo llevó de paseo por diversas oficinas. Lo midieron y fotografiaron, le tomaron las impresiones digitales. Le preguntaron muchos datos sobre su familia.

En un carro celular fue conducido al palacio de los tribunales. Estuvo largas horas sentado en el rincón de una oficina, en la que entraba y salía mucha gente. Un empleado revisaba expedientes y escribía. Cuando se hubo puesto el sombrero para retirarse, hizo una seña al vigilante. Éste sacudió al linyera.

—Levántese.

El empleado preguntó, lapicera en mano:

—¿Usted se ratifica en la declaración prestada a la policía?

Schneider agrandó los ojos. Hizo un gesto de incompreensión.

—¿Si le dijo la verdad al comisario cuando lo tomaron preso por la muerte de Roque Maidana?

—Ah, sí, señor. Sí, señor.

—Bueno. Firme aquí.

\* \* \*

El alemán durmió y comió en la cárcel sin que nadie se ocupara más de su persona.

Un buen día, cinco meses después, un celador gritó en el patio:

—Guillermo Schneider, con todo.

Los otros presos le hicieron comprender que debía embolsar sus cosas porque lo largaban.

### IV

Schneider tomó las vías.

Trabajó tres días en una trilladora. Fueron tres días terribles, en que echó de menos la plácida holganza de la cárcel. Bajo un sol de fuego, entre las rachas quemantes del viento norte, la paja del lino, levantada en las horquillas, formaba una espesa nube de polvo y virutas que caía sobre los embocadores desnudos, cubiertos apenas con un taparrabos de lona. La atmósfera era irrespirable. No había manera de descansar un instante. La máquina, insaciable, pedía sus raciones. El motor asmático trepidaba penosamente. Las bolsas se iban llenando de semilla brillante, limpia, resbalosa, que el colono miraba con delectación. El rinde parecía bueno.

A las doce en punto el motor daba una pitada y se detenía el trabajo. Se repartía la comida. Dos galletas y grandes cucharonadas de locro en platos de latón.



Los peones comían en cuclillas, con el plato entre las piernas, a la sombra de la casilla de ruedas que servía de cocina. A la hora se volvía a empezar.

A las cinco de la tarde sonaba nuevamente el pito y se repartía una taza de mate cocido y una galleta. Después se seguía hasta que se cerraba la noche o se acababa la parva. Se trabajaba hasta dieciséis horas por día.

Schneider no aguantó más. Pidió sus haberes y salió de nuevo a ambular por los callejones.

Por primera vez, desde que andaba por América, sentía deseos de darse un baño, que le sacara la capa de roña que se le había adherido al cuerpo.

El encargado de la trilladora, al verlo marchar, comentó despectivamente:

—Estos linyeras son todos iguales. En cuantito se ven con algunos pesos en el bolsillo, salen de nuevo a atorrar por los caminos.

## V

Día tras día recorrió infructuosamente las chacras. El poco maíz que los colonos podían juntar, lo hacían valiéndose de su prole o ayudándose mutuamente entre vecinos. Las plantas raquílicas, sin desarrollo, a causa de la larga sequía, apenas si habían espigado. El precio del quintal no cubría los gastos.

Cada vez que pasaba delante de una chacra, se detenía junto a la tranquera, sin atreverse a golpear las manos. Cuando aparecía alguna persona de la casa, preguntaba:

—¿Trafajo aquí?

—No; no hay.

—¿Un poco comida?

Si eran mujeres las que lo atendían, solían darle un pedazo de pan casero, duro como piedra, o una batata asada. Cuando eran hombres, recibía una respuesta descortés:

—Dobbiamo lavorare per voi altri. No fanno altro que domandare tuto el giorno. Il mangiare no basta per noi.

## Capítulo Tercero

### I

Con la bolsa de sus cachivaches al hombro, suspendida de un palo, Schneider entró en Maciel. En un baldío cercano a la estación, bajo una hilera de paraísos, acampaba una veintena de linyeras. Criollos, italianos, polacos, alemanes y checos se desparramaban sobre la gramilla. Algunos cocían en sus tarritos, con un fuego de marlos y de ramas, un locro hecho con desperdicios de maíz recogidos en la playa de la estación. Los más afortunados le habían agregado una pata de vaca o algún trozo de hígado, medio pasado, obtenido de limosna en las carnicerías.

Los linyeras constituían una comunidad silenciosa, en la que se practicaba, en cierto modo, el individualismo. Se aislaban unos de los otros, o formaban, a lo más, pequeños grupos de dos o tres. Algunos ingerían parsimoniosamente el contenido de sus tarros. Otros miraban con ojos perdidos de hambre... pero no pedían.

Si uno de los que comían, con un rasgo de generosidad inusitada, invitaba a un vecino, o le ofrecía un zoquete, el beneficiado se acercaba con presteza y engullía de golpe.

Unos cuantos criollos formaban el grupo más numeroso. Tomaban mate y comentaban, entre risotadas, la frescura de un polaco que estaba cuereando un ratón de las pajas para echarlo en su tarro.

Allí todo era de todos.

—Sírvase más.

—Páseme el vino.

—Coma, compañero. No se ande con vergüenza.

Schneider se detuvo a cierta distancia del campamento. Hacía veinte horas que no probaba bocado. Una cebolla cruda era el último alimento que había caído en su estómago.



\* \* \*

Atravesó los grupos sin mirar. Sintió un rico olor a locro que aumentó su hambre. Fue a echarse en un extremo del paraisal. El calor era sofocante. Promediaba la siesta.

El hambre no lo dejaba dormir. Se levantó y rumbeó hacia la estación.

Colocó su tarro en la canilla del agua hasta colmarlo. Bebió a largos sorbos. Se detuvo luego frente al tinglado de los cereales. El suelo estaba sembrado de granos de maíz. Fue recogiendo los mejores hasta llenar el tarro. Volvió a la estación, lavó los granos y, después de llenar de agua una botella, regresó al paraisal.

Hizo una fogata con ramas secas. Para no gastar un fósforo, prendió en los tizones de un vecino. Sacó de la bolsa un paquetito de sal.

Un vecino le hizo una seña. Extrajo de su tacho un hueso que le había servido para su cocción. Tenía adheridos aún algunos cartílagos. Schneider lo tomó dando las gracias y lo zambulló en su recipiente.

\* \* \*

Empezó a caminar sin rumbo por el pueblo. La bolsa de sus cachivaches quedó al cuidado del compañero que lo había obsequiado con el hueso.

El alemán escrutaba los negocios, las huertas, los automóviles, los sulkys, la gente que pasaba.

En la vereda de la casa Fuentes y Botto había una aglomeración de vehículos. Schneider, recostado a la pared, observaba.

Filippini estaba cargando en el Ford un lote de herramientas.

El linyera se acercó:

—¿Fermite? ¿Ayuda?

—¿Osté busca trabaco?

—Sí. Trafajo.

—Bueno. Véngase conmigo. Pago treinta la bolsa cun la comida... pero hay mais per un largo rato.

Terminaron de colocar las cosas. Filippini hizo sentar al linyera a su lado.

—¿Tiene algo que yevar?

—Allá. Estación.

Fueron al paraisal. Schneider cargó su bolsa. Los otros miraban en silencio, resignados.

Un italiano se acercó:

—¿No tiene trabaco per me?

—Ma, no, paisano. Con éste tengo de sobra.

El linyera volvió a tirarse en la sombra.

## II

Schneider se instaló en el galpón de las herramientas: paredes de barro a chorizo y techo de zinc. Sobre el piso de tierra apisonada armó su cama con algunas bolsas y un montón de chala, que encontró en un rincón. Una ventanuca, hecha con tablas de cajones, daba paso a los olores del chiquero.

Había un revoltijo de arreos y enseres. Una cortadora, un arado a discos, una carpidora y varias rastras ocupaban gran espacio. En los rincones estaban echadas dos gallinas cluecas.

Schneider midió esa noche la declinación que había ido experimentando su vida. Recordó sus años de estudiante, su alegre casita paterna de Dresden, llena de flores; las horas bulliciosas en las cervecerías, los paseos con muchachas y muchachos por las campiñas alemanas. La guerra había hecho de él un vagabundo, un hombre sin voluntad, indiferente a los goces de la vida. El confort, que tanto gustara en sus mocedades, no le preocupaba ya. Lo mismo le era dormir en el hueco de una alcantarilla que en la tierra removida y húmeda de una trinchera. Años hacía que su cuerpo no experimentaba la suavidad de un colchón de lana ni la fresca caricia de las sábanas limpias.

Había perdido toda esperanza de tener bienes. No le agradaba el trabajo. Sólo los agujijones del hambre lograban hacerlo reaccionar en forma pasajera. Pensaba que debía pertenecer ahora a una especie humana inferior, muy próxima a los animales de labranza. Veía que los demás hombres, hasta esos miserables chacareros, hablaban y disponían de la vida con cierta autoridad. Comprendió que había llegado a adquirir la docilidad del perro y la resignación de los bueyes.



### III

Hacia dos meses que la Lorenza no iba al pueblo. Le era imposible ocultar su gravidez con fajas y corsés.

Filippini no se había preocupado de preguntar siquiera cuál era el nombre del padre de su futuro nieto. Doña Marica, más escrupulosa, solía echarles en cara a las muchachas:

—No so come son ostede. Si mettano con hombre sposato. Se anque el cumisario fosse stato solteru...

—¡Decate de tanto sermone! —interrumpía Filippini.— Las mochacha han tenido su farta, ma non é per parlare tanto.

\* \* \*

La Lorenza se mostró muy curiosa cuando el viejo llegó con el linyera.

Schneider, pese a sus andrajos, era un tipo interesante. De elevada estatura, piel blanca y rubias barbas rizadas, parecía uno de esos Cristos que había en la iglesia.

\* \* \*

Lorenza le puso sitio, cuidando que la Antonia no se lo arrebatará.

Schneider fue objeto de especiales atenciones. Le servía platos de menestra, batatas asadas, salame... El peón devoraba todo, con hambre atrasada. Hablaba poco.

El linyera, en mangas de camisa, mostraba un cutis terso, unos brazos blancos y musculosos. Lorenza se derretía. Al servirlo, le rozaba los cabellos y le pellizcaba las espaldas.

—Esta Lorenza —solía comentar el vecino Cicutti— e come una brasa candente.

### IV

La colona no pudo con su genio. Hacía varios días que se levantaba antes del alba. Esa madrugada, con una taza de café caliente, se metió resuelta, en el galpón de las herramientas.

### V

Cuando terminó la recolección del maíz, la Lorenza se opuso a que Schneider fuese despedido.

Filippini quiso protestar, pero ella le tapó la boca:

—Si lo echás al alemán, le cuento a la mamá que vos fuistes el que anduvo con la Antonia.

Filippini hizo ademán de agarrar un arreador. La muchacha le hizo frente:

—¡Viejo puerco!

Schneider quedó en la chacra.

## LIBRO QUINTO

### *Capítulo Primero*

#### I

Una aglomeración de automóviles, breques y sulkys forma compactos bloques entre la oscuridad del paraisal.

En el patio, iluminado a “giorno” con guirnaldas de bombitas multicolores, se baila con entusiasmo. Un violín desafina sin misericordia.

Corre la cerveza. Las cebadoras de mate se multiplican entre los grupos. La rueda de los hombres serios se ha situado frente a la cocina. Don Rudecindo, pretextando festejar el santo de doña Laura, prepara los ánimos para las elecciones.

Algunas parejas van y vienen por el callejón de viejos eucaliptos, que en esa noche de luna, intensamente azul, tiran largos rayones negros sobre un potrero alfalfado. El campo exhala un olor a hierbas recién cortadas.

En un corral cercano se adivinan sombras confusas de vacunos. La rueda de un molino despide reflejos metálicos sobre la mancha blancuzca del bebedero. Hacia diversos puntos del horizonte, entre los



bosquecillos retintados de las chacras, se entrevén vagas claridades. El fulgor rojizo de lejanos fogones señala el sitio de mateadas nocturnas en la pampa gringa. Sobre el naciente, filas de focos eléctricos y las luces rojas y verdes de la estación, ubican el pueblo de Maciel.

Hidalgo ha logrado un aparte con Juanita Fuentes. Se suman a las parejas del callejón.

Doña Rosario, en la rueda de las mamás, habla de recetas de cocina:

—Al flan de chocolate hay que ponerle unas gotitas de vainilla y almendras picadas para que salga bien.

—No hay como el flan de naranjas, Rosario. Lleva doce yemas. La almíbar debe ser clarita y hay que mezclarla fría con las yemas, cuando estén a punto de merengue.

El médico Chaves le hace confidencias al jefe de la estación:

—Mi mujer me dijo que no me descuidara con el tipo ése. A ella no se le escapa nada.

El peluquero Fernández anima el grupo de los mateadores:

—Oiga, don Rudecindo —pregunta con cierta ironía, no exenta de admiración—, ¿es cierto que usted les está gestionando cartas de ciudadanía a los checoslovacos de la trilladora de Bernini?

—Pero no solamente a ésos —agrega el telegrafista—. Se dice que también a unos linyeras que están acampados en Puerto Gaboto, cerca del boliche de Julián.

—Y claro, pues —responde el senador— ¿ustedes se creen que soy algún caído del catre, como esos tarambanas de los nacionalistas? Yo no me duermo en las pajas.

—Está bien, don Rudecindo. Pero... ¿cómo se las va a componer para hacer votar esas libretas? ¡Quién sabe adónde estarán los checos para las elecciones!

—¿Qué hay con eso? Las libretas van a quedar aquí. Como estos gringos son todos medio parecidos, ya vamos a encontrar algunos que las puedan aprovechar.

—Lo que es a don Rudecindo —sentencia con adulonería don Fernando Fuentes— nunca le ganarán los opositores en Maciel.

\* \* \*

—Usted —decía Hidalgo con un imperceptible dejo de amargura—, no se casará conmigo. Su padre no vería con buenos ojos a un maestro de escuela en su familia.

—Pero si usted es maestro por casualidad. ¿Por qué no termina su carrera? Yo lo esperaré todo el tiempo que quiera. Y, además... ¿no es usted, acaso, un gran escritor?

—No exagere, Juanita. Apenas si un mediocre emborronador de papeles. Pero hasta eso servirá para que su padre me rechace. En este país de hombres prácticos se desconfía de los que escriben. El soñar es un delito. Todavía, si mi familia tuviese fortuna, me lo perdonarían. Lo que van a pensar es que yo me acerco a usted por el interés.

—No diga eso. Nada debe importarles lo que crea la gente si yo lo quiero.

\* \* \*

Fernández atraviesa el patio, entre las parejas, haciendo repicar un cencerro de madrina. Entra a los gritos en el callejón:

—¡Todo el mundo al comedor! El chocolate está servido. ¡Señoras y señores! ¡Basta de entrevistas en la oscuridad!... Eso se deja para el cine.

—¡Chocolate! ¿Con este calor?... —replica una alacrana.

—También hay unos heladitos para quienes tengan mucho calor —agrega el peluquero, con intención.

—¡Qué entrevero!

—¡Vamos, señorita! No sea mal agradecida. Acepte todo lo que le ofrezcan... cuando venga de arriba.

## *Capítulo Segundo*

### I

Esa primavera la sequía era el tema de todas las conversaciones. Iba para seis meses que no llovía. El lino no se levantaba. No se roturaban las tierras para la siembra del maíz. Las calles y los caminos eran



colchones de tierra suelta. Grandes nubes de polvo cubrían todas las tardes el pueblo y las chacras. Los árboles ostentaban mezquinos brotes, pintitas verdes que no alcanzaban a cubrir las ramas.

Un cielo sucio, color ceniza, libre de nubes, se presentaba sin variaciones día tras día. Cuando el sol llegaba al ocaso, se convertía en una enorme bola roja que se deslizaba hacia la tierra entre una inmensa llamarada.

Los campos resecos, quemados en parte, imploraban la bendición de las gotas. Hasta los animales parecían tristes.

Entre planos de un amarillo pajizo, cortados por franjas grises o de un verde desleído, uno que otro tablón de tierra arada, obra de colonos optimistas, ponía pinceladas de morado intenso, cual si se hubiesen desparado al azar grandes matras indígenas.

Las casas lejanas, rodeadas por sus arboledas, se veían como a través de un cristal empañado.

Había una sensación indefinida de algo inconmensurable y fatal. Sensación de tragedia y de tristeza.

—¡Eh... la seca!... ¡La seca! —exclamaban los colonos, levantando los brazos.

—Es un año terrible. Tendremos una crisis espantosa —comentaban a su vez los negociantes, presintiendo los “clavos” y la falta de circulación del metálico.

Era indudable que los colonos no podrían pagar sus trampas. La miseria se metía por todos los resquicios de la pampa gringa.

Pero a don Carlos Guerrico, el aristocrático terrateniente de Maciel, feliz poseedor de diez mil hectáreas, que en la fecha veraneaba en la “Cote D’Azur”, teniendo de huéspedes en su “cotage” a los duques de Osuna, se le importaba un comino. Se había impuesto la obligación de gastar veinte mil pesos mensuales, y no había “tutías”. Con lo que invertía sólo en flores durante un mes para el adorno de su casa, habría vivido holgadamente todo un año la familia de uno de sus arrendatarios.

Los Guerrico eran, no obstante, muy filantrópicos. Cuando ocurría un terremoto en Italia o en el Japón, el apellido figuraba en la lista de los principales donantes, inmediato al del ministro plenipotenciario del país en desgracia. La señora de Guerrico había hecho construir un pabellón para niños tuberculosos, que llevaba el nombre de sus padres. El referido pabellón formaba parte de un famoso hospital parisiense. Don Carlos Guerrico fue designado, con tal motivo, gran oficial de la Legión de Honor. Era poseedor de valiosas condecoraciones. En España era muy agasajado en los círculos aristocráticos. En una cacería real don Carlos había cambiado escopetas con el rey Alfonso.

Los colonos de Guerrico no eran medieros, ni tanteros, como la mayoría de los agricultores de la pampa esclava. Meros arrendatarios, pagaban en dinero contante y sonante. Poco importábase al latifundista que la cosecha fuese mala o buena. Para descargo de su conciencia, tenía un gran argumento: en las épocas prósperas, al pagarle sus colonos un precio fijo por cuadra, habían salido beneficiados si se comparaba su situación con la de los medieros, que entregaban el cincuenta por ciento del rinde, trillado y embolsado.

## II

El administrador de Guerrico procedió sin contemplaciones. Tenía instrucciones terminantes. Los colonos que no pudieron pagar, fueron desalojados y ejecutadas las prendas agrarias.

Las herramientas y animales de trabajo pasaron a poder del latifundista.

Con un oficio que llegó de Santa Fe, dirigido al juez de paz, éste y el administrador, acompañados por el comisario Romero y varios agentes, realizaron una verdadera “razzia” en la colonia.

Algunos pobres agricultores, despavoridos, vendieron, por lo que quisieron darle, las aves de corral y los cachivaches que no les fueron embargados por ser útiles del hogar. Tomaron rumbo al Chaco, atraídos por la leyenda del algodón.

El colono Monchiutti, con su mujer y sus once hijos, casi todos pequeños, no tenía dónde refugiarse. Ni vendiendo las cobijas de las camas le alcanzaba para el pasaje. El administrador se negó a concederle una prórroga de algunos días para que se buscara un refugio. Sería un mal precedente, dijo, para el futuro.

La familia fue puesta en medio del callejón.

El maestro Hidalgo, que tenía su escuela próxima, le dio alojamiento. Instaló al matrimonio en la habitación que le servía de dormitorio. Por la noche, armaba su cama en una de las aulas. Algunos de los chicos dormían en los bancos de los escolares.



Con la ayuda de Hidalgo, el colono pudo colocar algunas de sus hijas como sirvientas, por sólo la comida, entre las familias del pueblo y de las chacras. Un grupo de amigos del maestro hizo una suscripción, y, con unos pocos pesos, Monchiutti, con la prole disminuida, emprendió viaje a Santiago del Estero.

### III

Perdida la cosecha fina, los colonos que no fueron desalojados sembraron maíz.

Una lluvia un poco tardía hizo concebir grandes esperanzas. Las plantas se levantaron de golpe.

Veinte días después, con otra lluvia de cien milímetros, los maíces empezaron a espigar. La pampa gringa tenía una sonrisa verde.

Una tarde de intenso calor, en que el viento norte soplabla implacable, con una caricia de horno, apareció en el horizonte una larga nube parda que cambiaba rápidamente de forma.

Los chiquillos despertaron a los padres, que dormían la siesta a pata suelta.

—¡Maledizione! ¡La voladora! —exclamaban los colonos.

Minutos más tarde, el cielo se había llenado de puntos oscuros.

La langosta empezó a lanzarse sobre los maíces en flor y la arboleda de las huertas.

Un rumor sordo, monótono, formado por el continuo agitar de millones de pequeñas alas, se imponía sobre el trágico silencio. Una lluvia negra, de pequeñas bostitas, que fue cubriendo el suelo, producía un golpeteo tenue, casi apagado, al chocar en las hojas de los árboles y en los techos de zinc.

No había defensa posible. En vano salieron mujeres y chiquillos haciendo ruido con tarros y agitando trapos de colores. La langosta caía incesantemente sobre los maizales, cuyas hojas desaparecían poco a poco, como si alguien las arrancara misteriosamente. De las ramas de los árboles colgaban racimos hirvientes, color tierra siena.

\* \* \*

En la mañana del siguiente día sólo pudo verse sobre las chacras el inacabable tronquerío de los maíces. Los árboles ostentaban el esqueleto de sus ramas. Parecía que la tierra hubiera sido arrasada por un viento de fuego. Había una sensación de cataclismo.

La pampa estaba triste. Los hombres y las bestias parecían seres sonámbulos que iban vagando por un planeta irreal, donde la vida hubiese desaparecido.

El suelo era una capa de bostitas negras. A sólo eso había quedado reducido el esfuerzo de los hijos de la pampa gringa.

## Capítulo Tercero

### I

En una larga correspondencia, aparecida en un diario de Rosario, se criticaban los procedimientos del latifundista Guerrico y de las autoridades locales. Fue atribuida al maestro Hidalgo.

El administrador Guerrico, azuzado por el juez de paz, lo denunció al Consejo Nacional de Educación. Lo acusaba de profesar ideas subversivas y de haber convertido la escuela en un asilo de holgazanes.

Don Carlos Guerrico, que aún no había regresado de Europa, gozaba de gran influencia en los círculos políticos de la Capital Federal. Bastó invocar su nombre para que la denuncia fuese tomada en consideración.

Agravaba la situación de Hidalgo la circunstancia de que el edificio de la escuela era de pertenencia de Guerrico, quien lo cedía gratuitamente al Estado.

### II

Llegó un inspector. Por casualidad, era un hombre de conciencia, de espíritu generoso y comprensivo.

El sumario fue favorable al maestro. Pero las autoridades del Consejo no deseaban quedar mal con Guerrico. Se hizo saber al administrador que el maestro sería trasladado en la primera oportunidad.



### III

El conflicto entre los carreros y los acopiadores tomaba mal cariz.

Los acopiadores habían resuelto que ese año, dada la poca cosecha y lo exiguo de los precios, se haría el transporte en los camiones que poseían, prescindiendo de los carros. Sólo la casa Fuentes y Botto tenía tres camiones con sus correspondientes acoplados.

“Nos buscan sólo cuando hay exceso de cosecha”, decían los carreros. “Ahora, que es cuando más necesitamos, nos condenan a morir de hambre.”

El conflicto era uno de esos fenómenos propios de la época, un aspecto de la lucha que la civilización plantea al hombre moderno, en la que las fuerzas corporales son suplantadas por las mecánicas. Ya los linyeras se habían visto desalojados, en no pocas colonias, durante la recolección de la cosecha fina por la máquina que corta y trilla.

Pero los carreros tenían sus carros y querían trabajar. Los cerealistas tenían sus camiones y no necesitaban los carros. Se repetía allí, en el campo, la batalla que libraron en otros tiempos los buques a vapor con los barcos a vela.

Los carreros, que habían constituido un sindicato, realizaron varios actos de sabotaje. Sembraron de tachuelas los caminos, cortaron los neumáticos a navaja y, al mínimo descuido de los conductores, echaban arena en el radiador o azúcar en la nafta.

Don Fernando Fuentes, cuyo perjuicio había sido considerable, puso el grito en el cielo.

El comisario Romero detuvo a los cabecillas y los envió a la cabecera del departamento.

### IV

Los agricultores se reunieron en la sede local de la Unión Agraria. El desalojo de los colonos del campo de Guerrico, el alto precio de los arrendamientos y el poco valor del cereal, a lo que se sumaba un año malo, de lluvias tardías y de langosta, habían soliviantado los ánimos. Los chacareros se veían en el extremo de tener que mendigar a los comerciantes, que les habían cerrado el crédito, una bolsa de harina para amasar el pan de sus hijos.

Los latifundistas, salvo raras excepciones, no accedieron a la rebaja de los arrendamientos. Muchos, ni siquiera quisieron conceder una espera.

El gobierno permanecía con los brazos cruzados.

Después de una larga discusión, en la que vencieron los más decididos, se propuso formular un pliego de condiciones. Como pocos sabían escribir medianamente, el presidente Cicutti sugirió que se recurriese al maestro, su vecino. Se sabía que éste simpatizaba con los agricultores. Su actitud con la familia de Monchiutti lo había demostrado.

### V

Se acercaban las elecciones. Delegaciones de políticos llegaban aparatosamente a las chacras en lujosos automóviles.

Don Rudecindo, acompañado por el comisario, el juez de paz y el médico Chaves, hizo sus habituales recorridas. En todas estas delegaciones se colaba Fernández. Alegre y dicharachero, don Rudecindo le debía más de un éxito. Mientras los personajes lo trabajaban al viejo en la cocina, él se iba al galpón y les hablaba a los muchachos:

—Che, Mauricio... y vos, Yusepín. Háganse ver por el comité. No sean zonzos. ¿Qué pueden sacar votando por los nacionalistas?... Que Romero los meta en el calabozo en cuanto se refalen. Ya saben que don Rudecindo es muy gaucho. Es el único que los va a sacar bien de cualquier macana que hagan. Y, si necesitan alguna vez algo, bueyes, plata, herramientas, ya saben que él los puede habilitar.

—Tiene razón, Fernández. Bueno. Vamos a ir.

En ciertas ocasiones los chacareros solían comprometerse tímidamente con todos los visitantes, deseosos de quedar bien. Cuando eran simples medieros, expresaban que sus hijos irían con el que indicase el “patrun”. No pocos de ellos pedían, en última instancia, su parecer al cura.

Pero esta vez los políticos se encontraron con que los colonos hablaban mal del gobierno:

—Cuesto governo, dun Rudecindo —dijole un viejo colono— no fa altro que bébere il sangüe dei lavoratori. E noi habiamo fame.

Los jefes del oficialismo se fueron desilusionados de las chacras.



No se animaban a prometer nada en concreto ante el temor de irritar a los latifundistas y a sus administradores.

## LIBRO SEXTO

### *Capítulo Primero*

#### I

La huelga se extendió a varias colonias del departamento. El motivo capital de todo el conflicto lo constituía la intransigencia del terrateniente porteño que, desde Europa, había dado órdenes terminantes a su administrador. No rebajaría un centavo. El que no estuviese conforme, que abandonara la chacra y entregara las herramientas prendadas.

\* \* \*

Una divergencia entre los dos grandes latifundistas del distrito, Guerrico y don Américo Botto, favoreció, en cierta manera, a los “tanteros” de este último. Guerrico pleiteaba contra Botto, pretendiendo reivindicar algunas chacras que éste había adquirido años atrás.

Don Fernando, como representante de Botto, y, para molestar a Guerrico, hizo a sus colonos una apreciable rebaja en el porcentaje de la cosecha fina, que no alcanzaba a cubrir los gastos. Para asegurarse el pago de los fiados, los obligó a preñarles los animales y útiles de labranza. Los colonos de Botto fueron a la huelga por solidaridad con sus vecinos, pero bajo la promesa de roturar las tierras a último momento, si el conflicto se prolongaba demasiado.

No obstante el arreglo, don Fernando bramaba contra los comunistas que habían invadido la campaña. El feroz sabotaje de los carreros le había causado un perjuicio de casi tres mil pesos. Las cubiertas de sus camiones tuvieron que ser reemplazadas en su casi totalidad.

Echaba pestes contra ciertos diarios de Rosario, que defendían a los huelguistas, y, muy particularmente, contra el maestro Hidalgo que, según sus sospechas, era el que escribía unas largas correspondencias sobre la marcha del conflicto.

La noticia de que habían sido incendiadas las parvas de la colonia Guerrico, que pertenecieron a los agricultores desalojados, atenuó un tanto su rencor.

#### II

Los huelguistas marchaban silenciosos por el callejón. El sol de la mañana ponía reflejos de plata en el filo de las guadañas, palas y horquillas que llevaba en alto este ejército excepcional, que parecía escapado de uno de esos afiches alegóricos que suelen ilustrar las conmemoraciones de los primero de Mayo.

Dos cuadras antes de llegar a Maciel, bajo un ombú que se levantaba a la vera del camino, los esperaba el grupo de los carreros, verdaderos iniciadores del movimiento. Algunos linyeras sin trabajo se les habían incorporado.

La columna hizo alto. No hubo gritos ni aclamaciones. A la inversa de lo que ocurría en los movimientos huelguistas de las grandes urbes, éste era silencioso, casi solemne. Los ilotas, en el comienzo de su rebeldía, aún no habían aprendido el lenguaje airado y ruidoso de los hombres libres.

Cicutti se adelantó. Junto al colono iba un hombre bien trajeado, con cierto aire importante. Era un procurador, delegado de la Unión Agraria, que había llegado en la noche anterior de Rosario.

Después de un breve cambio de pareceres, resolvieron seguir en dirección al pueblo.

Las miradas desconfiadas de los huelguistas escudriñaban la maraña de las huertas cercanas.

\* \* \*

En la casilla que remataba el elevador del molino Cabanellas se veía un hombre. Parecía un observador.

Romero y sus cinco milicos, armados con carabinas, estaban apostados tras la estación. Los caballos ensillados dormitaban en la calle.



En la vereda del hotel “La Nueva Italia” el administrador de Guerrico se paseaba nervioso, acompañado por su chofer. Tenía varios whiskies en el cuerpo. Bajo los sacos se adivinaban sendos revólveres.

\* \* \*

La columna llegó a las inmediaciones del pueblo.  
 Al desembocar en la calle principal, Romero, al frente de su tropa, le salió al cruce.  
 —¡Alto! No pueden seguir. No tienen permiso para hacer esta manifestación.  
 El procurador se encaró con el policía:  
 —Está equivocado, comisario. Aquí está el permiso.  
 Sacó del bolsillo un papel.  
 Romero lo deletreó nerviosamente. Era un telegrama del ministro de gobierno, autorizando el acto.  
 El comisario tuvo un gesto de despecho:  
 —A mí no se me ha comunicado nada. El permiso tienen que solicitármelo a mí.  
 —Pero, comisario —replica el procurador, tratando de contemporizar—, si el ministro da permiso, usted no puede desacatarse.  
 —A mí no me consta.  
 —Hable por teléfono a Santa Fe, comisario. Verá que es así.  
 Romero tuvo un momento de vacilación. Bajó del caballo.  
 —Venga conmigo, señor, y también usted, Cicutti. Vamos al hotel a consultar con la jefatura.  
 Sargento: que nadie se mueva hasta que yo vuelva.

\* \* \*

Al pasar el grupo hacia la casilla del teléfono, el administrador llamó a Cicutti en forma cortante:  
 —¡Oiga, Cicutti!  
 —¿Qué desea, don Alberto?  
 —Dígame, ¿usted es el sinvergüenza, el cachafaz que ha hecho quemar las parvas de la colonia?  
 —Io no tengo nada que ver...  
 —¡Qué no vas a tener que ver, gringo trompeta!  
 El administrador se lanzó sobre el colono. Un golpe de puño derribó al extranjero. El procurador sacó el revólver; pero, el chofer, que estaba alerta, desde la puerta de calle le descerrajó un tiro.  
 El delegado cayó al suelo.  
 Romero intervino tardíamente:  
 —¡No me comprometa, don Alberto!

\* \* \*

Un transeúnte llevó la noticia:  
 “Romero y el administrador de Guerrico acababan de asesinar al delegado y a Cicutti.”  
 Hubo un momento de estupor. Un murmullo amenazante se levantó entre los huelguistas. En la mano de los carreros, criollos la mayoría, relampagueaban cuchillos.  
 —Vamos a tomar la comisaría —gritó uno.  
 Los policías, que habían desmontado, retrocedieron unos pasos. El sargento ordenó:  
 —Preparen.  
 Sonaron los cerrojos.  
 Se levantó un griterío. Las guadañas y las palas se agitaban sobre las cabezas.  
 —¡Asesinos! ¡Tiren, asesinos!  
 Algunos manifestantes se refugiaron tras una tapia. Otros saltaron un cerco. La mayoría permaneció en medio de la calle.  
 El sargento habló en voz baja a los milicos. En seguida dio dos gritos:  
 —Apunten. ¡Fuego!  
 Reventó una descarga  
 No cayó nadie.



Un grupo avanzó resuelto hacia los policianos, que no tuvieron tiempo para cargar de nuevo. Las palas y las horquillas, describiendo veloces círculos, caían sobre ellos que, a pie firme, atajaban los golpes con las carabinas.

Uno de los agentes la había tomado del caño y la manejaba como una maza.

Un carrero se le ganó debajo y le hundió el cuchillo.

El sargento empezó a disparar su revólver. Un palazo le abrió el cráneo. El resto de la tropa saltó el alambrado de las vías y huyó hacia la estación.

Desde lejos volvieron a hacer fuego sobre los manifestantes.

Llegaron Romero y Cicutti.

—¡Cicutti! ¡Cicutti! —gritaban los colonos, corriendo a rodearlo.

El colono tenía manchas de sangre en el rostro. Levantaba los brazos pidiendo calma.

La calle estaba regada de sangre. Había seis caídos. Dos muertos. Un colono y un milico.

El sargento agonizaba.

## *Capítulo Segundo*

### I

La prensa de todo el país comentó los sucesos de Maciel. La Unión Agraria puso el grito en el cielo. Sendos telegramas a los gobiernos de la Nación y de la provincia. Mítines de protesta en todos los pueblos de la zona agrícola. Guerrico y su administrador fueron presentados ante la opinión pública como prototipos de señores feudales, con todas sus taras.

Un diario rosarino, en el que solía publicar sus colaboraciones el maestro Hidalgo, llenó páginas enteras durante varios días.

Llegaron a Maciel reporteros y fotógrafos.

El gobierno provincial envió al inspector de jefaturas para que levantara el sumario.

### II

El administrador de Guerrico, en libertad bajo fianza, hizo firmar a los comerciantes una nueva denuncia contra César Hidalgo, la que se envió telegráficamente al Consejo de Educación. Se le acusaba de instigador de la huelga y de profesar ideas extremistas.

Don Fernando, ignorando que la denuncia era obra del representante de Guerrico, estampó su firma.

\* \* \*

Piquetes del Escuadrón de Seguridad, llegados de Rosario, patrullaban las chacras.

El sumario fue desfavorable al maestro. Como no había pruebas concretas, se aconsejaba su traslado.

Hidalgo sólo deseaba despedirse de Juanita.

Antoñico, atemorizado por los sucesos y las vociferaciones que oía en el negocio en contra de su amigo, no se atrevía a visitarlo.

### III

Terminada la cena, Antoñico no se decidió a ganar la cama. Pensaba que no debía cometer tamaña ingratitud con su gran amigo, al que sin duda podría serle útil en esos momentos.

\* \* \*

Golpearon en la ventana del dormitorio.

—¿Quién es? —interrogó Hidalgo.

—Yo. Linares.

El maestro prendió luz. Abrió lleno de alarma.

—¿Qué sucede, Antonio?

—Nada, don César. Vengo a verlo. Dicen que lo trasladan.



—Es cierto. Hoy me llegó la orden. Me envían al Chaco... A una escuelita perdida entre los bosques.

—Si puedo serle útil... Tengo unos ahorrillos.

—No, amigo Linares. Mil gracias. A usted le harán más falta. Pero puede hacerme un favor muy grande.

—Usted ordene, don César.

—Me va a llevar esta carta a la señorita Juana. Trate de entregársela mañana mismo... lo más temprano posible.

### *Capítulo Tercero*

El soplo vivificante del gran río llegó hasta Hidalgo antes de haber transpuesto las arboledas que lo ocultaban a su vista. Tenía ese sentido del agua que lo hace presentirla aunque no se la vea, y que debe ser, sin duda, el que guía a los famosos buscadores de vertientes.

En sus largas andanzas de maestro trashumante por nuestro dilatado territorio, Hidalgo había dividido a los centros urbanos en dos categorías: los pueblos secos, de vida árida, que tendidos sobre la llanura, carecían de un río o siquiera de una laguna que sirviese de refugio para idealizar la existencia; y los pueblos de ensueño, que se recuestan sobre el mar o sobre un arroyo, hechos para los espíritus que buscan algo más que el mísero centavo. En una población de éstas Hidalgo podía estarse semanas, hasta meses, sin acercarse a la costa: le bastaba “saber” que el agua estaba ahí cerca para sentir su absoluta conformidad con el ambiente.

Traspuesto el último cerco, asomaron las tierras bajas de la orilla opuesta: un mar verde, sin límites, enulado y misterioso, en el que espejeaban a manera de islas de cristal, retazos de riachos y bañados.

Ya sobre la barranca, se desplegó ante sus ojos la maravilla de un enorme camino en marcha, verdadera plancha de cobre con cabrilleos de oro bajo el sol.

Los acantilados de la costa occidental caían a pique sobre las aguas oscuras, barrosas, fecundas, que adquirirían en los remansos un brillo acharolado. Había en ellas una luz que venía del fondo y que daba a la superficie, como lustrada a cepillo, tonos cristalinos entre manchones de tinta.

El río surgía de un horizonte confuso de islas bajas y se abría en dos anchos cauces divididos por un largo banco de arena, fina pincelada de amarillo claro bajo la negra cabellera de los indios. Así venía bajando el Paraná, en enormes curvas, con grandes rodeos, desde el Brasil y el Paraguay, hasta las provincias del litoral, para ir a caer, por el colador del Delta, al estuario del Plata, mar de zinc que cuando soplaba el sudeste, se transformaba en un hervor de acero irisado de brillos.

Este río, todo vibración, movimiento, es arca inagotable para el hombre que en sus márgenes encuentra los elementos necesarios para la vida con sólo tender la mano: la madera y la paja para su morada; peces, aves y frutos para su alimento; leña para el hogar; arena y sombra para su reposo.

Como en los antiguos cultos, como en los mitos egipcios e hindúes, al Paraná debía reverenciársele al igual que al Nilo y al Ganges. Como ellos debiera tener su ritual y recibir ofrendas. ¿Qué habría sido de la fabulosa riqueza de nuestro suelo sin esa enorme masa de agua que satura una de las más vastas llanuras de la tierra? Sin el Paraná, la Argentina habría sido un país árido, sin lluvias, de comunicaciones difíciles, con puertos lejanos e inaccesibles. El Paraná es la inmensa proveeduría, el regulador del clima y el camino prodigioso que cruzan noche y día miles de embarcaciones, grandes y pequeñas, que transportan los productos del Brasil, del Paraguay, del Chaco y del Litoral argentino: la yerba-mate, la naranja, el algodón, el quebracho, los cereales, el ganado. Por él llegan hasta el interior del continente las manufacturas que se elaboran en Europa y en Buenos Aires. El ferrocarril, atravesando las altas mesetas de Bolivia, los plantíos de caña de Tucumán y los bosques seculares de Santiago del Estero, clava el doble asador de los rieles en su barranca para tenerlo atrapado y volcarle las riquezas de medio continente.

Sobre sus riberas levantan sus chimeneas los frigoríficos, los molinos harineros y las curtiembres. Los elevadores de cereales lanzan desde sus largos tubos de cemento una verdadera lluvia de oro y cobre a las bodegas de los transatlánticos. Las destilerías de petróleo desparraman en su costa cacerolas gigantescas.

El Paraná, camino siempre en marcha hacia el mar, ha hecho más por la grandeza argentina que todos sus gobiernos y que todos sus guerreros.



Por todo ello, Hidalgo reverenciaba a este río. Pero lo amaba con amor de poeta y de soñador, por algo más. Mientras la agricultura, la industria y el comercio despanzuran la pampa, la domesticación y eliminan todo vestigio de esas cosas viejas y gratas que están desacomodadas en la naturaleza, y crean, en cambio, una poesía nueva, la de la línea recta y de la vibración intensa, que cantan ya los poetas de vanguardia desde la cúspide de los rascacielos, el Paraná, prodigioso vehículo del progreso y fuente de la industria, mantiene incólume, como una reserva del pasado, el inconmensurable lote de sus islas bajas, cubiertas de bosques enmarañados, surcadas de riachos y de lagunas, donde el extranjero invasor no podrá sentar su avasalladora planta. Las crecientes periódicas, en las que el río se levanta cinco o seis metros sobre su nivel normal, impiden toda obra duradera, de domesticación. Frente a Rosario mismo, con su medio millón de habitantes, basta cruzar el río en pocos minutos, para encontrar el dominio absoluto de la naturaleza virgen, donde vive libre el criollo en sus ranchadas, con su canoa que corta silenciosa el camalotal de los bañados. Ahí hacen vida plácida los patos, los macaes, los biguaes, los teru-teru, las pavas del monte y centenares de aves cantoras. No muy lejos, en las lagunas y en los arroyos, el yacaré asoma su ojo avizor antes de ganar los pajonales. Los mosquitos, formando pelotones sobre el carrizal de las orillas, completan la defensa, cayendo por millares sobre la piel blanca de los invasores. Ahí guarda el Paraná para los siglos futuros un rincón apacible, donde irán a refugiarse, a restablecerse, los neurasténicos, víctimas del progreso, agotados física y mentalmente por la luz eléctrica, la radio, el cinematógrafo, el automóvil y el aeroplano.

\* \* \*

En ese magnífico escenario Hidalgo había dado cita a su amada para la última entrevista. Dentro de tres días partiría para el Chaco.

Las orillas del río no podían ser sospechosas. Juanita solía llegarse a ellas en compañía de algunas amigas, manejando su flamante Citroën en las tardes calurosas del verano. Si eran descubiertos, ello podría atribuirse a una mera casualidad.

Esperó bajo un acantilado. Para disimular, lanzó un aparejo al río. Habría sido inútil que los peces mordieran el anzuelo. Hidalgo no los habría sentido.

\* \* \*

Transcurrieron las horas postreras de la tarde. Empezó a oscurecer. Juanita no aparecía.

César Hidalgo fue recogiendo lentamente la línea. Demoraba la operación, alimentando todavía una leve esperanza.

Arrolló cuidadosamente el aparejo. Una angustia enorme le anudaba la garganta. Envió una mirada de adiós a las islas que se iban cubriendo de sombras. Una pequeña nube de humo se elevaba sobre los bosques lejanos. Tuvo envidia de los isleños que a esa hora preparaban su cena, sin mayores preocupaciones, a la puerta de sus ranchos.

Desde lo alto de la barranca se despidió del río, que reflejaba todos los artificios del ocaso. Manchas lilas y anaranjadas rayaban a trechos la superficie bruñida, ligeramente coloreada de azul.

Había una quietud solemne, como si el universo entero rezara una oración.

Con paso lento y los labios apretados, tomó el rumbo de su escuela.

## LIBRO SÉPTIMO

### *Capítulo Primero*

#### I

Aristides Gigli escudriñaba la llanura, como queriendo arrancarle su secreto. En la parte trasera de la "voiturette" iban sus telas y pinceles. Por fin, iba a realizarse su viejo anhelo: pintar la pampa chacarera. El vehículo, conducido por su futuro cuñado, volaba por el camino levantando una espesa nube de polvo. Era inútil todo pedido de prudencia. Cuando manejaba Eduardo, había que resignarse. El marcador llegó a ciento diez. La rotura de una cubierta, un pozo, un lomo de burro, podían serles fatal. Sería un acrobático salto hacia los postes del alambrado, que parecían haberse unido en forma de una larga red transparente.



El paisaje variaba y variaba, aunque en el fondo era siempre igual. Ya se presentaba un cuadrado de tierra recién arada, de un violeta sangriento, recortado por una hilera de árboles casi negros, a través de los cuales, entre un manchón verde lechoso, muy aguado, se adivinaban las pintitas ocres del ganado. Ya eran pincelas amarillas, embadurnadas de blanco, de bermellón, de sepia. A lo lejos los palos grises del telégrafo señalaban la ruta de los trenes. Las parvas y las trojas, próximas al revuelto y sucio caserío de las chacras, arrugaban la tersura de los cuadros.

El fondo del camino aparecía cortado por bañados que reflejaban los árboles y postes situados a su vera. Los vehículos y jinetes adquirían formas alargadas y extrañas. A medida que la “voiturette” avanzaba, se desvanecían los charcos, como por arte de magia, para reaparecer al momento, un poco más lejos. En los bajíos lejanos se formaban espejadas lagunas que invertían, en nítidas formas, los montecillos y caseríos de sus orillas. En ciertos parajes, la brillazón abarcaba todo el horizonte. Era una inconmensurable inundación de la que sólo emergían las copas de los árboles y el techo de alguna casa. En ciertos sitios, hileras de árboles dibujaban un paisaje cubista, con figuras rectanguladas, que parecían vistas al través de un vidrio catedral.

—Oiga, Eduardo, ¿por qué no va un poco más despacio? —le gritó al oído Gigli .

—¿Tiene miedo?

—No; es que tengo que ir viendo lo que voy a pintar.

Eduardo Botto, por toda contestación, echó a fondo el acelerador. El velocímetro llegó a marcar ciento treinta. Recorrió así un par de kilómetros y, después, disminuyó la marcha hasta poner el coche en sesenta.

Eduardo dibujaba en sus labios una imperceptible sonrisa. Había querido probarlo al “gringo” que iba a ser su cuñado. Gigli, que había hecho sus estudios en Italia, era para Eduardo un perfecto “tano”.

El pintor respiró. El paisaje tomó un aspecto más encantador. Unas colonas que venían en un sulky, con sombrillas rojas y vestidos azules, pusieron un fuerte contraste sobre el verde abrigado de unos maizales.

\* \* \*

Habían quedado atrás los cubos multicolores de San Lorenzo, asomados entre una confusión de arboledas y de cercos. Sobre la barranca del río, que se adivinaba próxima, un elevador daba la sensación de cilindros de papel mantenidos juntos por una casita de juguete que los apretaba desde arriba. Varios tanques de petróleo, que emergían entre un caserío en formación, eran estupendas ellas dispuestas para una comida de gigantes.

Pasaron Timbúes, sombreado de árboles añosos. El puente del Carcarañá, con su alta baranda de hierro, se habría creído un edificio en construcción. El río, angosto, corría entre profundos barrancos, y por las lomadas inmediatas, leve sensación de colinas, se extendían quintas de durazneros y mandarinas. Era un pequeño resquebrajamiento de la pampa, un paisaje nuevo, especie de oasis en aquel inmenso y revuelto mar, embadurnado de colores.

Pero lo que Gigli deseaba interpretar de la pampa no era lo que se veía, sino lo que apenas se adivinaba en sus confines. Todo ese mundo de cosas inverosímiles, irreales, que apenas se entreveían en las lejanías confusas. Casas que eran puntitos blancos entre los manchones oscuros del horizonte. Vacas y caballos, pinceladitas apenas perceptibles que moteaban las mullidas alfombras desparramadas por la llanura. Planos y más planos que se iban sucediendo en una atmósfera indecisa, borrosa. Por ahí, una lejana humareda o una nube de polvo luminoso tras la catanga brillante de un automóvil, que se deslizaba entre las parcelas rectilíneas de las chacras... Y, sobre todo, una sensación de profundidad que daba el firmamento semisucio, con vagas nubes grises.

Gigli había necesitado diez años para amar y comprender a esa pampa gringa, recorriéndola todas las semanas por la línea del ferrocarril provincial para trasladarse a Santa Fe, donde enseñaba dibujo en la Universidad.

En uno de esos viajes había trabado conocimiento con el escritor César Hidalgo, maestro de escuela rural en Maciel. Hidalgo era otro enamorado de la pampa chacarera, que todos esos viajeros que veían en el tren, ricos y pobres, ignorantes o ilustrados, miraban sin mirar, como si tuviese la misma sugestión que puede ofrecer el asfalto reluciente de una calle. Ahora que Gigli iba a Maciel, pensaba reanudar sus interesantes paliques con el maestro.



El pintor, pese a su elegante materialismo, había sido señalado por la crítica como una promesa de su arte. Su próximo matrimonio, fríamente calculado, y sus sarcasmos contra los ricos y rastacueros de su ciudad, personajes de “papier maché”, no eran sino defensas de su espíritu selecto que ansiaba la riqueza sólo como un medio para vivir una vida plena. Se burlaba de los sandios y mediocres que se le presentaban con aires de gran suficiencia, pero sabía inclinarse ante los modestos, cuando realmente valían. Estimaba, por eso, a César Hidalgo.

Había en su fondo inquietud y espiritualismo. Ansiaba realizar una obra eminentemente autóctona. Pintar serranías, puertos, calles de ciudades, arrabales y barrancos era pintar lo que había en todas partes y en todas las latitudes. Podrían variar los efectos de luz, el estilo de los edificios, la indumentaria de las gentes. Sólo la pampa era única en la tierra. Había tenido sus poetas y sus cantores. Tenía sus tradiciones y fue escenario de intensos dramas. Se la había interpretado en las vidalas y en las huellas, que daban la sensación de sus lejanías, de su inconmensurable desolación, pero aún no habían aparecido el pintor y el novelista que la desentrañaran tal como era en el presente. Los escritores seguían describiéndola desde Buenos Aires, a través de las visiones de Sarmiento, de Mansilla, de Hudson y de esos viajeros ingleses que la recorrieron en la época de la guerra de la independencia, de los malones y de las montoneras. Pero la pampa gringa, la pampa chacarera, que al decir del maestro Hidalgo, no tardaría en desaparecer para dar lugar a la pampa industrializada, norteamericanizada, estaba clamando por un poeta, un novelista y un pintor. Y allá iba él con sus pinceles a realizar su parte.

Gigli había recorrido Europa y conocía una buena extensión del país. Sus pinceles se habían humedecido en las sierras de Córdoba, con sus chalecitos de juguete, con sus paisajes de pesebre. Había intentado la interpretación de las moles mitológicas, obsesionantes, de los andes. Se había internado en los bosques estupendos del Nahuel Huapi, de aguas cristalinas y profundas, que reflejaban cielos bíblicos, barrancas y montañas cubiertas de árboles, tan prodigiosamente elevados, que parecían la materialización de una súplica al Creador. Había tratado de sorprender el ritmo de las cascadas del Iguazú. Pero, todos sus paisajes, de una técnica admirable, casi perfecta, eran un tanto fríos. No hablaban al espíritu. Él lo sabía mejor que nadie, mejor que todos los críticos, que ya se lo habían insinuado. Sólo “sentía” la pampa. Entre las montañas y entre los bosques se asfixiaba. Llegaba hasta dolerle la cabeza. Un ansia infinita de ver horizontes lo ahogaba en el fondo de los valles, como si respirase en el hueco de una tumba. Sólo en las altas cumbres adquiría, por un momento, la posesión de sí mismo, su conformidad con el paisaje. La pampa ilimitada, imprecisa, confusa, era su medio natural. Era el agua para semejante pez.

Cuando Gigli se encontraba en las peñas de Buenos Aires, solía permitirse hacer a sus cofrades este chiste:

—¿Quieren que vayamos a pintar la pampa?

—Está muy lejos —le respondían—. Cuesta mucho el pasaje.

—No embromen. Si la tienen limpiita y libre a una hora de Buenos Aires. Un poquito más allá de Villa Ballester.

—Pero... ¿dónde vamos a dormir? ¿Dónde vamos a comer?

—Donde duermen y comen los que viven en la pampa. Lo que hay es que ustedes no se animan...

Los artistas de café terminaban por confesar que no la sentían o que era muy difícil de pintar.

Empresa del genio es sacarle el jugo a un paisaje donde parece que no hay nada, que está aparentemente vacío, pero que tiene miríadas de cosas casi invisibles, que se adivinan apenas en profundidades metafísicas, que están más allá de la visión.

En esto pensaba Gigli cuando la “voiturette” enderezó por la calle principal de Maciel, dirigiéndose a la casa de Fuentes, donde estaban invitados a almorzar.

## II

Doña Rosario y Juanita cumplimentaron a los huéspedes.

Gigli se mostró muy locuaz durante el almuerzo, pero Eduardo parecía tener el pensamiento ausente.

Don Fernando se creyó en el deber de informar al hijo de su socio que en el juzgado de paz se estaban tomando declaraciones a los testigos ofrecidos por Guerrico.

El colono Cicutti, que ya había declarado, lo había hecho en forma favorable a los derechos de Botto, pero se susurraba que Filippini estaba visiblemente vendido a la parte contraria. La casa se había



visto precisada a cortarle el fiado, desde que, en vez de pagar lo mucho que debía, se lo pasaba en francachelas. El marquesano se vengaba ahora embromándolos en el pleito.

El niño Eduardo no se preocupó mayormente por el asunto. Su padre tenía administradores, socio y abogados que se encargarían de esas cosas. Recordó, sí, que Filippini tenía dos hijas “macanudas”, muy bailarinas y mansitas. Se hizo el propósito de efectuar una pasada por la chacra para ver si lograba alzarlas en la “voiturette”. Se acordaba aún de una farra de órdago que había realizado con varios amigos en la chacra del italiano, en la que habiéndose “mamao” en forma, mató media docena de gallinas a tiros de revólver.

\* \* \*

Mientras se dirigían a la estancia de Botto, Gigli dijo a su compañero, aún enigmático y silencioso:

—¡Pero, che... qué hija requetemacanuda había tenido el gallego Fuentes! Es un bocado de cardenal. Yo no sé cómo la dejás escapar.

Eduardo hizo un gesto de indiferencia. Pero deseaba ya con todas sus ansias los encantos de Juanita Fuentes. En su imaginación se había fijado la idea de conquistarla, costase lo que costase. Lo que es esa presa, no se le iba a escapar así nomás.

## *Capítulo Segundo*

### I

Llegaron días tristes para Antoñico. Mas hecho a las costumbres del país, las chanzas y cuchufletas de los conocidos disminuyeron. Hasta hubo quienes parecían demostrarle verdadero cariño. El galleguito, servicial y humilde, iba conquistando insensiblemente a cuantos trataba.

Pero vivía bajo una sensación de susto permanente ante la sola idea de que Juanita pudiese estar enterada de sus ridículos amores con la Filippini. ¡Que ella, tan cariñosa, tan gentil, tan buena, pensaba, llegase a creer en alguna de esas habladurías que se decían en el pueblo! La señorita Juana era como una buena madrecita. ¡Si le pudiese besar las manos!... ¡El ruedo del vestido siquiera!

No pocas noches se desvelaba pensando cosas disparatadas. Solía derramar lágrimas silenciosas. Cierta vez, en una de esas crisis, durmióse vencido por la fatiga. Empezó a soñar. Estaba en su camita de la trastienda muy enfermo. Tenía fiebre. Le corría el sudor por el rostro. Sentía que le dolían las articulaciones, que una postración enorme lo tenía clavado, inerme, en el lecho. Estaba solo y tenía mucho miedo de morir. Empezó a llamar a gritos, lastimeramente, con desesperación, a Andrés, a Gervasio, a don Fernando. Nadie venía. Una sed terrible le secaba los labios, le quemaba la garganta. Se puso a llorar con el rostro pegado a la almohada. Sintió que le acariciaban los cabellos y que un suave perfume lo envolvía dulcemente. Se dio vuelta. Juanita, sentada junto a su cabecera, lo miraba con unos ojos tan hermosos, tan llenos de luz y de cariño, que se sintió tranquilo, aliviado. Volvió ella a tenderle sus finas manos y se puso a acariciarle con suavidad el rostro. Él, movido por un irresistible impulso, se las tomó entre las suyas y empezó a besarlas con locura, con delirio, mojándolas con sus lágrimas.

Despertóse. Estaba emocionado, asustado, como si hubiese cometido un sacrilegio. Por su rostro seguían corriendo las lágrimas. Poco a poco, se fue tranquilizando. Tenía sed. Sorbió un gran vaso de agua. Estuvo desvelado hasta la madrugada. Le parecía que Juanita continuaba a su lado. Pensaba, con intensa voluptuosidad, en los besos que le había prodigado en sueños. Tuvo la sensación de que el aroma que percibiera en la pesadilla, aún persistía dentro de la habitación.

### II

Las distracciones de Linares en el negocio eran cada vez más frecuentes. Se equivocaba en los precios y en los vueltos. Algunas veces en favor de la casa. Cuando esto ocurría, el cliente siempre regresaba para formular su reclamo. Pero, cuando el error había sido en beneficio de los compradores, éstos guardaban silencio.

Por la noche, cuando se hacía el balance de caja y aparecía la falla, se buscaba al culpable. Éste era Antoñico. Se la cargaban en su debe. Su pequeño sueldo quedaba de este modo bastante mermado a fines de mes.

Don Fernando lo llamó al orden por segunda vez.



La amonestación fue seria y pareció tener el carácter de un ultimátum:

—Es necesario, joven, que preste más atención. Parece que usted siempre vive en Babia. No progresa. No se hace a las costumbres de la casa.

### *Capítulo Tercero*

Gigli, pese a la descalificación que don Fernando había hecho del maestro Hidalgo, al que tildara de elemento anarquista y disolvente, fue a visitarlo. Deseaba recibir una sugestión espiritual del literato enamorado de la pampa chacarera antes de volcar sus pomos en las telas.

Gigli bajó en la escuelita. Eduardo, a quien le había entrado una especie de furia, de deseo enfermizo por la hija de Fuentes, siguió hacia el pueblo.

Con el pretexto de adquirir algunos artículos y de enterarse mejor de la marcha del pleito, buscaría la ocasión de acercarse a la chica para iniciar el asedio. Había urdido un plan para que fuese a pasar una temporada en Rosario con sus hermanas. Se anunciaban grandes fiestas con motivo de una visita del presidente de la República, quien asistiría a la inauguración de la exposición rural. Se propuso mentir, transmitiendo una invitación de Rosina, “buena gaucha”, que no lo iba a dejar en descubierto.

\* \* \*

La entrevista entre el pintor y el maestro fue cordial. Gigli se mostró sinceramente apesadumbrado por la noticia del alejamiento de Hidalgo y de las causas que lo motivaban. Se ofreció para mover influencias. El maestro lo disuadió de tal propósito. Estaban en su contra las autoridades locales, el senador y el comercio. Ya no lo dejarían tranquilo. Sólo deploraba que lo arrancaran de la pampa gringa, que había hecho conocer a grandes brochazos en sus descripciones sobre la vida de los linyeras. Pero estimaba que los paisajes y los ambientes, en el escritor costumbrista, descriptivo, toman su verdadero relieve cuando éste los ve a través del tiempo y desde otros sitios. Por lo menos, a él le ocurría eso. Describía mejor las sierras desde las orillas del Paraná y percibía más nítidamente todos los matices de la dilatada llanura y de sus inmensos ríos añorándolos en el encierro de las montañas.

Nada dijo Hidalgo del profundo dolor que le producía este alejamiento, quizá definitivo, de una mujer que había logrado llevarlo hasta los más excelsos límites de la pasión amorosa. Tan sagrado era ese afecto, que no lo podía profanar, mencionándolo, siquiera, en una confidencia. Un doloroso silencio selló sus labios.

Hidalgo alentó al pintor que, por fin, se había decidido a acometer la ardua empresa, la gran cruzada nacionalista para hacer arte argentino. No comprendía que hubiese gentes que creyesen que hacen arte o literatura argentina porque escriben en castellano y dentro del país. La arquitectura, la música, la poesía y la pintura serán argentinas cuando interpreten el paisaje y la raza, cuando desentrañen el profundo, el escondido enigma que nos mueve, que nos proyecta en el espacio y en el tiempo hasta un futuro estupendo, en el que seremos, durante un largo período histórico, los porta estandartes, los depositarios de una nueva civilización. Gigli debía iniciar la obra sin preocuparse de escuelas ni de técnicas, de tendencias o teorías. Si llegaba a captar el espíritu de la pampa, de su metafísica, de sus oscuras y vulgares tragedias, de la chatura de sus almas y de sus cosas, reflejándolo en la gran planicie, en la profundidad de sus horizontes indecisos, en la crudeza de sus mediodías, en que bajo una radiante luz de plata se queda sin relieves, o en la magnificencia espectacular de sus ocasos, que subrayan con largos trazos de sombra todos los objetos, entonces nos habría dicho lo que es la pampa, nos habría hecho sentirla y comprenderla, como él ya la había llegado a percibir en su constante deambular por pueblos y por chacras.

### *Capítulo Cuarto*

#### I

El andén de la estación estaba desierto. Salvo Tomás y el colono que habían traído a Hidalgo en un sulky, nadie había venido a curiosar la llegada del tren.

Una lluvia fina caía lentamente sobre las chacras, que parecían semiveladas por una bruma gris. La tarde tristona, sin ruidos, se iba llenando de sombras.

En las calles del pueblo, revueltas por un barro pegajoso, brillaban algunos charcos.



Hidalgo se hacía algunas reflexiones. Eso era la humanidad: barro. Barro más infecto que ése de las calles. Ahora que lo sabían perseguido, trasladado a un lejano rincón del Chaco, todos lo esquivaban, hasta esos mismos colonos que había defendido con tanto entusiasmo y por cuya causa caía víctima de una emboscada de los políticos. Ni siquiera los chicos de su escuela se habían acercado a despedirse.

Eso era la pampa gringa, con sus habitantes y sus cosas. La civilización no había arañado siquiera las conciencias. Los hombres eran rudos, toscos, egoístas. Vivían entre una roña moral y material. Eran ilotas.

Era cierto, entonces, lo que afirmaban algunos pensadores: las grandes llanuras han sido propicias a la servidumbre. La libertad siempre se ha defendido palmo a palmo en los riscos de las montañas, en los vericuetos y desfiladeros de las serranías.

Pero, no; eso no había sido así en otros tiempos. Cuando la pampa estaba limpia de alambrados y dominaban los jinetes, gauchos e indios, movedizos, andariegos, fue una patria de hombres libres. ¡Salvajes, pero libres! Ahora sus habitantes estaban esclavizados, prisioneros entre cercos de alambre, adheridos a la tierra por contratos y por deudas, llenos de miedo a la autoridad, al propietario y al comerciante. Nuevos siervos de la gleba, curvaban sus lomos sobre el surco en una extrema sumisión.

Nada le habría importado todo eso si cierta persona, cuya imagen no se apartaba de su pensamiento, le hubiese tendido en ese instante sus manos: Juanita Fuentes. ¡Qué raro su silencio! ¡Qué inexplicable su actitud! No; ella no podía ser como los demás. Ella, que era todo amor, todo ternura. Algo extraordinario debía suceder.

Y su amigo Antonio Linares, ¿por qué no habría ido a su escuela en la noche pasada? ¿Tendría miedo también?

Ya se percibía en el horizonte, donde desaparecían las vías, el plumacho de humo de la locomotora. Se acercaba la hora de la partida. ¡Desconsoladora partida!, se dijo Hidalgo.

Apareció Antoñico, sudoroso, emocionado, con los zapatos cubiertos de lodo.

—¡Don César!

—¡Antonio! No lo esperaba ya.

Linares apenas podía articular palabra. Había venido corriendo. Lo ahogaban la fatiga y la emoción.

—Tome... Una carta de la señorita.

Hidalgo alargó la mano, ávidamente.

—¡Gracias!

—Dice que la lea una vez que marche el tren, y que le escriba poniendo un sobre dentro de otro que venga a mi nombre.

—Muchas gracias, Antonio. ¡Cuánto siento dejarlo!

Hidalgo empezaba a conmovirse.

—No lo sienta mucho. ¿No sabe una cosa?... Me han despedido de la casa.

—¡Es posible! ¿Por qué?

Temió Hidalgo que su amistad con Linares le hubiese perjudicado.

—Por la cuenta de Filippini —expresó el dependiente.

—No se aflija mucho, Antonio. En cualquier parte estará mejor que en lo de Fuentes. Ahí, lo único bueno es ella...

El tren llegó con gran estrépito.

Hidalgo hizo subir a Linares al coche. Ahí, ocultándose de algunos curiosos que habían llegado, lo abrazó con cariño de padre.

La lluvia arreciaba sobre los campos.

—He aquí una bendición para los colonos. ¡Esto es lo único que les preocupa!... ¡Que llueva! — exclamó Hidalgo con cierta amargura.

En el pueblo se dejó oír el estampido de una bomba.

Sonrió Hidalgo ante la pueblerina costumbre del dueño del cine, que anunciaba así sus funciones aprovechando la llegada del tren.

La bomba no tenía otro objeto que provocar el siguiente diálogo entre un problemático viajero y Tomás, el changador de la estación, que conducía el equipaje:

—¿Qué es esa bomba?

—Nada, señor. Es que esta noche hay función en el biógrafo.



## LIBRO OCTAVO

### *Capítulo Primero*

#### I

La declaración de Filippini fue contundente. Bien aleccionado, desconcertó al procurador de Botto expresando que siempre había sido arrendatario de don Carlos Guerrico, a quien reconocía como único dueño de la chacra que ocupaba.

Sus relaciones con la casa Fuentes y Botto, dijo, habían sido las de un mero cliente. Negó en forma rotunda tener recibos de la citada firma comercial. Exhibió, en cambio, un contrato privado con el señor Guerrico.

Este testimonio constituía un serio contraste para los intereses de don Américo.

Botto no tenía contrato escrito con Filippini. Simple “tantero”, habían bastado hasta entonces las entregas del porcentaje de los rindes, que el colono efectuaba en cada cosecha. El no formalizar contratos por escrito era artimaña de ciertos latifundistas, que tenían así más expedita la vía del desalojo cuando el arrendatario no les convenía. Esta vez se habían invertido los papeles.

Filippini mataba dos pájaros de un tiro. Se vengaba de la firma y se aseguraba dos años gratuitos de arrendamiento si el pleito llegaba a ganarse, según se lo habían prometido.

Las atenciones que antes gastara con don Fernando, obsequiándolo con facturas de cerdo, las tenía ahora con el administrador de Guerrico.

### *Capítulo Segundo*

#### I

Eduardo estrechaba el cerco. La estada de Juanita en el palacio Botto favorecía sus planes. No le preocupaban los rumores que le habían llegado sobre sus flirts con el maestro Hidalgo y con el viajante. La chica le gustaba, era una “papa” y no la dejaría escapar.

Le proponía paseos por sitios apartados: el Saladillo... La Florida... San Lorenzo. Ella reía a carcajadas. No lo tomaba en serio. Lo trataba como a un muchacho travieso, un poco loco.

Caprichoso, impulsivo, sin entrañas, capaz de las peores tropelías, Eduardo Botto era en la intimidad, en su trato con las damas, afable, cumplido, casi correcto. A veces dejaba traslucir algunos modales adquiridos en sus andanzas con mujeres de vida airada, pero esto solía tomarse como una de sus tantas genialidades.

Empezaba a perder los estribos:

—Oiga, Juanita, ¿quiere que la lleve al Club de Regatas? Vamos a dar una vuelta en bote.

—Encantada, Eduardo. Pero ya sabe que no me gustan los paseos solitarios. Son muy aburridos. Invítelas a las chicas.

Eduardo tascaba el freno. Ponía cara de vinagre.

#### II

Quince días que andaba con Juanita y sus hermanas a la rastra por confiterías, cines y paseos. Solían ir a los baños del Saladillo. Cuando veía a la Fuentes en traje de malla, sus formas perfectas, sus líneas rítmicas, de estatua griega, le hacían perder el sentido. Se juraba llevarla con engaños, en las primeras de cambio, a los reservados del Sportman o a la “garçonnière” que tenía en sociedad con Gigli y algunos amigotes.

Los otros calaveras, cuando lo pescaban por ahí, no le perdonaban su defección:

—Che, Botto; parece que te has convertido en un nene de mamá. No se te ve más que con tus hermanas y la rubiecita ésa. ¿Avisá si andás por entrar en la sociedad de los Cornelios?

—Tu madre, che. ¡Cualquier día me agarran!

—Entonces... ¿la andás por engrupir a la piba?

—Salí, salí de ai... desgraciao.



Eduardo redoblaba su asedio. Juanita ya no lo tomaba tan a la broma. Empezaron a inspirarle miedo sus propuestas. De cualquier modo, ella no caería en la trampa.

Para aplacar a su perseguidor, trataba de no encontrarse a solas con él.

### III

Eduardo empezó a desesperar. Nunca le había fracasado una mujer. Pero la verdad era, según él mismo se lo confesaba, que sus éxitos no habían sido muy meritorios. Caza menor que caía deslumbrada por el brillo de sus pesos, de su fama y de su “voiturette”.

Pero Juanita tenía que ser suya. Vivía atormentado por su lujuria. De noche se desvelaba, se revolvió rabiosamente en la cama. De no dormir Juanita en la habitación de Italia, habría cometido un verdadero atentado.

Una mañana se levantó decidido. Estaba dispuesto a cometer una locura. Se casaría con la chica aunque tuviese que divorciarse al día siguiente.

Esperó una oportunidad para encontrarla sola. La atajó en el comedor, y, tomándola de un brazo, le dijo casi con rencor:

—Oiga, Juanita, ¿quiere casarse conmigo? ¿Por qué usted no me quiere? Usted no se imagina...

Juanita lanzó una carcajada.

—¡Usted casado! ¡Usted de marido! ¿Pero qué le ha ocurrido, Eduardo? ¿No anda mal de la cabeza?

—No se burle, Juanita. Le hablo en serio.

—¡Pero, cómo va a dejar tantos amigos... y amigas! ¡Tan luego por mí!

Eduardo se retorció las manos. Tuvo un gesto doloroso, que casi conmovió a la muchacha.

—¡Usted me tiene que querer, cueste lo que cueste! —sentenció.

## Capítulo Tercero

### I

Después de un mes de angustiosa expectativa, Antoñico, que ya había pensado irse de Maciel a probar suerte en otros pueblos, entró en la tienda “La Flor de Damas” del turco Salim Siryi.

Las contrariedades y largas lecturas habían modificado su carácter. Ya no era el chico indeciso, tímido, el recién llegado que lo observaba todo con ojos de extrañeza.

No quiso reclamar el doble sueldo que según la ley le correspondía por haber sido despedido de la casa Fuentes y Botto. Rendíale así un mudo y silencioso homenaje a Juanita. No deseaba que ella pudiese enterarse de que había iniciado pleito a su padre.

Ausente Hidalgo, no le quedaba a Linares un amigo verdadero. Posiblemente, por eso mismo, empezó a hacer sociedad con todo el mundo. Acompañado por otros dependientes, concurría a las fondas, a las kermeses, a la cancha de fútbol.

Con frecuencia se encontraba en la calle con Juanita, que lo saludaba con cariño.

En las kermeses y en las romerías buscaban la manera de cambiar algunas palabras a solas. La niña le formulaba siempre preguntas semejantes:

—¿Tiene alguna noticia de su amigo?

—He recibido una carta. Me pregunta si usted está en el pueblo. Dice que no ha recibido contestación a la última que le envió a usted.

Como Linares debía entregar las cartas a Juanita, habían convenido que ésta pasaría cada siete u ocho días por “La Flor de Damas”, pretextando buscar algunos abalorios que no había en casa de su padre.

Las deferencias de Juanita para con Linares fueron notadas por sus nuevos amigos. No faltó quien le hiciera algunas bromas:

—Parece, Linares, que usted le tira mucho a la hija de su antiguo patrón. No sea zonzo. Atropelle.

## Capítulo Cuarto

*Poema Epistolar para Aristides Gigli*

Charaday (Chaco), Octubre, 1926.



“Dilecto amigo: Nuevo judío errante dentro de las fronteras de mi propia patria, merced al capricho de un gobierno de caciques, ignaros y prepotentes, heme aquí en pleno Chaco, interrogando a la selva el porqué de mi destino incierto.

“Cumpliendo la promesa que al partir selláramos con el lacre de un áspero vino, en vasos de no muy acendrado cristal, envío al artista eximio que anhela aprisionar en los colores de su paleta el sentido ignoto de esa pampa gringa, siempre cambiante e imprecisa como las brumas leves de sus dilatados confines, la evocación que me ha sugerido el paso que desde aquella llanura cuadriculada por los alambrados y matizada con todos los tonos del verde, he dado hacia este norte enigmático, pleno de un silencio enorme que provoca en mi espíritu una emoción profundamente religiosa.

\* \* \*

“Viajero en un incómodo y tambaleante coche del ferrocarril provincial, he penetrado en la inconmensurable selva por una picada en la que dejara lonjas de su cuero el trabajador más guapo de la tierra, que, en silencio, sin testigos, historiadores ni poetas que relaten sus proezas, acomete una hazaña que, de haber ocurrido en la época mitológica de la Grecia, bien pudo agregarse a los doce famosos trabajos de Alcides.

“Es la hazaña estupenda del peón correntino. Dentro del bosque, en una atmósfera sofocante, con el agua hasta las rodillas, negro de barro, bajo una nube de mosquitos que le chupan la sangre por mil poros, inicia a las tres de la madrugada su tarea y la abandona al anochecer. Su vida es la más miserable que pueda concebirse. Sin casa, sin hogar, ese hombre vive y duerme a la intemperie, como las fieras, bajo el acecho perenne de los reptiles. Se alimenta con galleta dura, carne putrefacta o un pedazo de charque, mate amargo y algunos tragos de caña. Solo, sin guinches ni máquinas modernas, por medio de un procedimiento primitivo, carga en sus carros cachapés rollizos de varias toneladas, algunos de los cuales suelen ocupar luego todo un vagón del ferrocarril.

“En el obraje chaqueño, peones y patronos son héroes de una leyenda bárbara que sólo está escrita con el filo de sus hachas en el tronco de los quebrachos, rojos como su sangre, duros como su indómita fiereza.

\* \* \*

“El anhelo de un espectáculo magnífico que alimentaba mi imaginación, presto se torna en desencanto. Una maleza magra, agrisada, hostil, de espinosos chañares, talas y aromos, sobre la que levanta sus retorcidos brazos uno que otro algarrobo, parece querer aprisionar al tren que avanza crepitante en una atmósfera de luz. Sólo los caraguatás ponen una nota alegre, formando entre las abras pequeños bancos de hojas puntiagudas y erizadas que lanzan al aire las lenguas rojas de sus varas.

“Pero... cuando mis ojos empezaban a cerrarse con una sensación de hastío, el Chaco, como si tuviese alma y respondiera a una pregunta, rompió de golpe la perspectiva, presentándome un ejército de gigantes en magnífica formación de parada: el quebrachal. Se hubiese dicho que todos los árboles del bosque, antes de rodillas, se habían puesto de pie para saludar al tren que pasa y a la civilización que llega. La selva incendióse de colores; las palmeras erguían sus copetes señoriales y los blancos penachos del pajal mecíanse suavemente, agitados por manos invisibles...

“Ahí fueron los últimos encuentros. El indio, atrincherado en el bosque, lo fue cediendo, palmo a palmo, al soldado que lo atisbaba desde los matorrales, fusil en mano, mientras el viento traía un eco de extrañas canciones de labriegos rimadas por el acompasado golpear de las hachas, ya cercanas.

\* \* \*

“Sentí un adormecimiento. Mis inquietos recuerdos volaron en bandadas hacia ese sud distante.

“Sobre la pampa chacarera, en una noche de quietud profunda, interrumpida sólo por el grito agorero de alguna lechuza, todos los seres se habían replegado para vislumbrar un milagro... En la solemnidad de ese silencio empezó a surgir lento y melodioso el rasgueo de una guitarra que preludiaba un estilo. Luego, tomó vuelo una canción que parecía arrancar de lo más profundo de la tierra la voz adolorida, intensamente humana, de un payador que evocaba sobre una pampa virgen de alambrados y de rieles las alucinante y desgredadas siluetas de los montoneros que combatían en un chispear de lanzas y



facones. Habriase dicho que esa voz, tomando altura, al desparramarse en la copa azulada de los cielos, sobre cuyo cristal resbalaba la luna, era un conjuro del pasado.

“Las luces lejanas, perdidas en la sombra, fueron irradiando lentamente una tenue claridad. Aparecieron los ranchos bajo las amplias sombrillas de los ombúes. El campo fue un inacabable espartillar salpicado de bañados, en los que se asentaban garzas y chajaes entre el negro paloterío del ttotal. Se llenó el viento de rumores. Eran besos y suspiros prodigados en la tranquera de las despedidas; eran canciones y risas, eran zapateos y crujidos de almidonadas enaguas entre breves acordes de gatos y cuecas. La pampa se pobló de jinetes. Aparecieron rodeos y yerras en las que se realizaban inverosímiles hazañas de domadas y pialadas. Junto a las pulperías se amontonaba el paisaje para ver la partida de dos fletes en una discutida carrera de andarivel. Las tabas oscilaban en largos semicírculos sobre las canchas y se vislumbró como un relampaguear de dagas y de sables en un entrevero de chambergos y kepíes. Viejos gauchos de barbas plateadas, junto a los fogones legendarios, rememoraban, ante auditorios silenciosos, episodios de guerras, de malones y de peleas con las partidas. Se oyó un lamento lejano de huellas y vidalas que acompañaba el acompasado chirriar de unas carretas que se iban perdiendo en un largo atardecer, sobre una rastrillada polvorienta...

“Volvieron las sombras. Se extinguió la canción.

\* \* \*

“Como una sonrisa se anunciaba la aurora.

“Los fantasmas de la noche fueron disolviéndose en el agua clara de la luz. Había un rumorear de trigos sobre los campos.

“Entre las brisas llegaban ecos de voces extrañas: ecos de órdenes, de llamados, de gritos, de llantos de niño...

\* \* \*

“Más allá de la llanura y de los ríos caudalosos, sobre el pecho mismo del océano, a guisa de un pórtico entre dos mundos, dos brazos enormes estaban tendidos, entrelazadas sus manos bajo el cenit de los cielos. Sobre el horizonte, el sol naciente iluminaba con sus rayos la majestad de la escena.

“Sopló impetuosamente un pampero, cuyos acentos, formados por la voz de todos los poetas y de todos los tribunos de América se confundía en un solo himno que coreaban las olas del mar... Llamaba a todos los hombres del orbe que quisieran habitar el suelo libre de una patria nueva.

\* \* \*

“El viento detuvo su veloz carrera. Se aplacaron las olas. El himno fue extinguiéndose... El sol se recostaba nuevamente en el ocaso.

“Había anochecido sobre las razas nativas. Era la hora grande de una nueva argentinidad, en la que este presente constituía un lejano episodio de su historia.

“Sobre la pampa poblada por hombres que hablaban idiomas extraños, que sentían con un alma envejecida en costumbres y creencias milenarias; sobre los rieles, sobre los alambrados, sobre los campos cultivados y cuadriculados, sobre las ciudades rumorosas, tentaculares, el ojo del sol, cargado de sueño, se cerraba lentamente, confundiendo en la penumbra todas las cosas. De nuevo adquirió la llanura su aspecto magnífico y salvaje del pasado. Sobre el poniente surgió enorme, gigantesca, la figura de un indio jinete que, adelantándose, clavó su chuza en el cenit. En el oriente, otro jinete no menos enorme, se levantó blandiendo un facón.

“Una voz que venía de muy lejos, posiblemente de muy alto, dijo: ‘¡Indio rebelde! ¡Simiente heroica de la América! ¡Gaucha generoso, valiente y sin doblez! ¡Cruzad sobre el cenit la chuza y el facón como en los tiempos de la nativa gesta! ¡Y ahora, bajo el arco triunfal formado por los robustos brazos de los dos jinetes más grandes de la historia, firmamento que surca caudalosa nube blanca y que glorifica el sol, bandera de la argentina patria, avanzad majestuosamente hacia el infinito!’

“Hubo un deslumbramiento y, por un instante, se aclaró el cielo y brilló el sol.

“Una caravana de nubes de plata marchó de norte a sur.



\* \* \*

“Un cóndor, desprendiéndose de un alto picacho de los Andes, lánzase al vacío inconmensurable de los llanos. Vuela y vuela. Cuando sus ojos fatigados por la luz, cuando sus alas claudicantes buscan reposo, cae rectilíneo, vertical, sobre un solitario ombú que respetaron las hachas de los labradores. El ave y el árbol entablan un largo diálogo. Hablan y hablan. Hablan con un murmullo de torrente... Hay una extraña agitación en las hojas del viejo árbol. Rememora las hazañas de las razas nativas que, a su sombra, al pie de sus raigones, escribieron con sangre su heroísmo. El cóndor escucha. Hay en sus ojos mucha luz... Luz de ocasos y de auroras.

“Cuando el árbol termina su relato, el ave, como si soñara, dice apenas:  
‘...Yo los vi pasar. Iban rumbo a la muerte... Rumbo a la Gloria...’

\* \* \*

“Las sombras llegan ya.

“El indio se ha esfumado en las imprecisas brumas. El gaucho, corporizándose, se desprende del horizonte. Echa a andar, fantásticamente. Se oye una vidala que parece un lamento... El jinete se aleja, se hunde en la noche misteriosa del pasado...

“El aire está frío. El silencio es enorme. El cielo se ha cuajado de estrellas. La Cruz del Sur vela ahora el sueño eterno de las razas que se fueron para siempre.

“Pinte todo esto, poeta del pincel.

*César Hidalgo”*

## LIBRO NOVENO

### *Capítulo Primero*

#### I

Don Fernando tuvo la sensación de que debía pegarse un tiro. Había jugado a la suba en el Mercado a Término... y el lino seguía bajando. El déficit a reponer ascendía a doscientos mil pesos. Había comprometido el crédito de la casa sin el conocimiento de su socio. Por más que su fortuna personal podía responder por una suma mucho mayor, doscientos mil pesos en efectivo no se encontraban así nomás. Tuvo que echar mano a la firma social para obtener un nuevo préstamo en los bancos. Don Américo no tardaría en enterarse.

Él debía suicidarse, pensaba. Era la única solución posible. Pero... ¿Y Juanita? ¿Qué sería de su hija? ¿Quién la protegería? ¿De qué vivirían ella y su hermana Rosario? Las vio rodando a la miseria, expuestas a todas las contingencias de la vida. Ni siquiera había sido previsor apartando algunos bienes para que quedasen a salvaguardia de los azares del comercio.

Su resolución fue enfriándose. Recordó que Eduardo Botto andaba haciendo locuras por su hija. Había abandonado hasta sus famosas farras. No había tomado él en serio, hasta entonces, el entusiasmo del muchacho. En circunstancias normales se habría opuesto a que Juanita se casara con semejante atolondrado. Pero, ahora...

#### II

La entrevista entre el padre y la hija fue regada con abundantes lágrimas.

Don Fernando confesó, entre sollozos, que sólo le quedaban dos caminos: suicidarse o que ella lo salvara casándose con Eduardo.

Éste se hallaba en posesión de la herencia materna, pero, aunque así no fuese, don Américo, por consideración a ellos, no lo enviaría a la ruina, o posiblemente a la cárcel. Hízole saber, recién, que don Américo ya le había hablado de los deseos del muchacho y que él, para ganar tiempo, había contestado con evasivas, expresando que quería sondear los sentimientos de su hija y asegurarse de que la enmienda del pretendiente era duradera.

Juanita lloró largamente en brazos de su padre.

Don Fernando entró a argumentar:



Eduardo no era tan malo. Una vez casado, acabaría por sosegarse. Ella debía pensar en su porvenir. ¡Qué sería de ella y de su pobre tía si él les llegara a faltar! La suma perdida no la conseguiría en esos momentos de crisis, en que nada valía, ni vendiendo todas sus propiedades. La sociedad con Botto quedaría disuelta y ellos en la calle. Él, don Fernando Fuentes, tendría que volver a trabajar como dependiente en algún pueblucho de la campaña, lejos de Maciel, donde había llegado a ser el hombre más considerado del vecindario.

Lo ahogaron los sollozos.

Juanita se sintió morir. Estrechando a su padre convulsivamente, entrecortada la voz, sólo atinó a decirle:

—¡Lo haré, papá! ¡Lo haré, papá! ¡Seré muy desgraciada, pero lo haré!

### III

Cuando se supo en el pueblo el compromiso de Juanita Fuentes, Antoñico se sintió tan deprimido como si él hubiese sido el engañado. Ignoraba, como todos, el verdadero motivo que había inducido a aceptar ese noviazgo.

Su desmoralización lo llevaba a incurrir en continuas distracciones. El turco Siryi llegó a arrepentirse de haberlo empleado. Pensó que, si Fuentes lo había despedido, debió tener sobrados motivos.

Linares comprendió, recién, que estaba aturdidamente enamorado de Juanita, que lo había estado siempre, y que sólo vivía con el pensamiento puesto en ella. Si había aceptado servir de intermediario entre Hidalgo y ella, había sido por el gran afecto que les profesaba y porque siempre se consideró un ser inferior, indigno de alcanzar el amor de semejante criatura. Las cartas que le enviaba el maestro le permitían acercarse a Juanita y verla contenta, feliz. Siendo su confidente, le parecía que era también un poquito su novio.

Pero, ahora que ella iba a ser la esposa del patotero Eduardo Botto, de ese sujeto engreído, sin escrúpulos ni compasión para nadie, sufría horriblemente.

Sus noches se volvieron agitadas. Por su cerebro empezaron a desfilar las más disparatadas e inverosímiles ideas.

¡Oh, si él, por uno de esos golpes de la suerte, llegase a ser rico, poderoso, lo que habría hecho por conquistarla! ¿Por qué habría nacido tan humilde, tan corto de genio; tan falto de esa gallardía que a otros les daba consideración y les abría todas las puertas? ¡Juanita en manos de Botto! ¡Un salvaje! ¡Un bestia! ¡Oh, si él se animara! Sería capaz de quitarlo de en medio para salvarla de sus garras.

El odio a Eduardo Botto prendió en su cerebro como una brasa ardiente, que no se apagaba de día ni de noche.

Llegó a pensar con voluptuosidad en las muchas formas en que podría matar a ese “niño Eduardo”. Desechaba el revólver y el veneno. No; él tendría que sentir la sensación de hacerlo sufrir... Sí; una puñalada de la que brotara un grueso chorro de sangre!... ¡Estrangularlo, plantarle, como dos tenazas, los dedos de ambas manos en la garganta, hasta que se le saltaran los ojos y sacara la lengua!...

## Capítulo Segundo

### I

Desde el día anterior llueve sin interrupción. Los pocos cerdos que aún quedan en la chacra de Filippini retozan en los charcos.

Una niebla tristonca oculta las arboledas lejanas. Nubes grises, a escasa altura, corren de sur a norte. El mal tiempo amenaza convertirse en temporal.

\* \* \*

Lorenza y el alemán se han refugiado en la cocina. Doña Marica, con su constante dolor de cabeza, se lo pasa tirada en la cama con dos porotos en las sienes, pegados con sebo. El chico de la Antonia chilla en el dormitorio. Pero nadie le hace caso. La moza anda de comedia por la chacra de Cicutti.



Filippini es sólo una visita que cae algunas noches, apestando a grapa. Vive en los boliches y fondines, jugando a la murra, bebiendo y charlando. Se murmura que la casa Fuentes le ha iniciado el desalojo.

La Lorenza, desembarazada de su carga con la ayuda de una comadrona, ya no disimula sus relaciones con el linyera.

\* \* \*

Lorenza achata bollos de harina amasada y los va zambullendo en una sartén de grasa hirviente. Las tortas fritas, doradas y olorosas, pasan a una fuente de lata.

Los perros, echados junto a la mesa, abren, de tanto en tanto, un ojo para ver lo que hace la patrona. En un rincón deja oír su cloqueo una gallina que cobija sus polluelos.

Schneider, silencioso, iluminado el rostro de satisfacción, rompe pedazos de pan duro en un tazón colmado de café.

—Comé tortas, alemán.

—No gusta. No gusta.

—Pero mire que es delicau, osté.

—¿Por qué no leche?... ¿no manteca? ¿no ferduras aquí? Muchas facas, mucha campo.

—Es que no estamo a Uropa, ¿sabe? Aquí sembramos del trigo, del lino, del mais, ¿sabe? Ustede se lo pasan ayá comiendo la papa y lo repoyo.

—¡Oh, no! ¡Muchas cosas! ¡Alemania cosas lindas!

—¡Qué van a tener ostedes? Si son unos muerto de hambre.

Crepita la grasa en la sartén cada vez que cae una nueva rodaja.

—Che, alemán. ¿Y las mujeres de ayá son también cosas lindas? ¿Qué tal son?

—¡Oh, muy lindas! ¡Muy lindas!

—¿A que vos has de estar casado a tu tierra?

—No... casado no. Novia sí. ¡Linda novia!

—¡Ah, senvergüenza! ¿Conque tenés la novia? ¡Te voy a dar!

Lo tirona de los rulos. Sus dedos se entierran entre los brazos musculosos del linyera.

Schneider sonrío impasible.

—No duele. No duele. Más fuerte.

Lorenza lo abraza por el cuello. Trata de hacerlo caer, juntamente con el banquillo en que está sentado. El alemán resiste, afirmándose con las pantorrillas y los pies.

—¡No puede! ¡Qué vergüenza!

—Ella se le sienta sobre las rodillas. Lo muerde en los labios.

Los perros se han puesto de pie, con las orejas paradas.

En el patio golpean las manos. Las pisadas de un caballo producen un ruido fofu entre el barrial.

Se asoma Lorenza.

—¡Rumero! ¿Cómo le va, Rumero? Abajesé. ¿Qué melagro?

—Ando en una investigación. ¿Estás sola?

—Está la mama a la cama. Abajate. Ya lo echo al piún.

Se asoma a la cocina.

—Che, alemán. Andate al galpón, que está el cumesario.

Schneider carga su taza. Se aleja, saludando con respeto a la autoridad.

Lorenza echa fuera los perros. Cierra la puerta de la cocina.

## *Capítulo Tercero*

### I

Linares fue despedido de “La Flor de Damas”. Sus desatenciones en el trabajo se habían hecho intolerables.

El casamiento de Juanita estaba fijado para quince días después.

Antoñico vagaba de noche, como un sonámbulo, por las calles solitarias. Durante el día permanecía refugiado en la pieza del fondín. No leía ya. Había dejado de escribir a sus padres y a Hidalgo. Su vista estaba siempre fija en un espacio indefinido de la pared. Los más de los días, apenas si probaba bocado.



Cuando lograba dormirse, lo hacía murmurando el nombre de Juanita. Se despertaba bañado en sudor, lleno de angustia. Tenía pesadillas en las que Juanita jugaba siempre un rol principal.

La ropa de su baúl permanecía revuelta. Dos cartas de Hidalgo, dirigidas a Juanita Fuentes, estaban en sus sobres, encarpetadas en un libro desde muchos días atrás.

Linares no tenía alientos para ir al encuentro de Juanita. Un día la vio venir por la calle y creyó desmayarse. Para evitar que ella lo viese, con la cara de espanto que sin duda debía tener, dobló rápidamente en una esquina.

De su mente había desaparecido el recuerdo de Hidalgo y de sus padres. No se daba cuenta, siquiera, de su situación apremiante. Sus ahorros apenas si le permitían pagar la mísera pensión del mes.

Su odio contra Eduardo fue extendiéndose hacia toda la humanidad. Llegó hasta tener pensamientos rencorosos contra el propio Hidalgo. ¿Por qué éste había nacido fuerte, inteligente, capacitado para triunfar en la vida? Él, sólo era un pobre muchacho, un inmigrante, sin afectos, sin amparo, sin un refugio... sin un amor. ¿Por qué el mundo y la vida se le burlaban en forma tan cruel?

A veces tenía ganas de llorar. ¡Oh, si hubiese podido llorar! Algo lo tenía como agarrado de la garganta, algo que lo ahogaba...

## Capítulo Cuarto

### I

La fuga de Antonia con un peón de Cicutti puso a Filippini fuera de sí. Amenazó a la vieja y a la Lorenza con un arreador.

—¡Putanas! —gritaba— ¡Grandísimas putanas!

Le dio marcha al Ford y se fue al pueblo.

\* \* \*

Las biznagas y los abrojos invadían el patio.

La Antonia y Schneider habían carpido, en un comienzo, parte del maizal. Luego echaron todo al abandono.

La Antonia lo había hecho para tener sus entrevistas con el peón del vecino.

Lorenza no se andaba con tantas vueltas. Trasladó su cama al galpón de las herramientas.

Lo que ocurría en la chacra de Filippini era la comidilla de toda la colonia.

\* \* \*

—Che, alemán —solía preguntarle la Lorenza— ¿vos astuviste en esas casa de Rosario adonde hay muchas mujere y van los hombre?

—¿Casas de faile?

—No; de baile no. Para otra cosa...

—¡Ah! sí. ¡Lindas casas!... Mucha gente.

—Bueno, merá. El día que te vayás, sabés, yo me voy a ir a una de esas casa. ¿Es cierto que le pegan a las mujere?

—¡Oh! no. Las tratan muy bien.

### II

Filippini se vengó, pocos días después, de los sarcasmos de Lorenza, que no perdía ocasión para aludir a la fuga de la Antonia.

En cuanto aquélla salió en el sulky para el pueblo, llamó al linyera y le arregló sus cuentas.

Schneider cargó su bolsa y echó a rodar por los caminos.

\* \* \*

Cuando regresó la Lorenza, su boca se convirtió en una cloaca:

—¡Viejo de mierda! Voy a dar cuenta al cumesario de lo que hiciste con la Antonia.

Filippini fue en busca de la escopeta. La Lorenza le siguió haciendo frente:

—¡Terame, senvergüenza! ¡Terame! Así te mandan a la cárcel.



Doña Marica gimoteaba en la cocina.

\* \* \*

Lorenza salió de nuevo en el sulky en busca del alemán.  
Filippini dio manija al ford y se fue al pueblo.  
Doña Marica quedó sola en la chacra.

## LIBRO DÉCIMO

### *Capítulo Primero*

#### I

—Sirva, Julián, una vuelta para todos los presentes.

Los criollos se arrebañan junto al mostrador. Piden ginebra, vino, cerveza, chinchibira con caña.

Hasta el boliche llegan los lamentos de un acordeón, mezclados a los gritos y risas de los bailarines, que, bajo el ombusal, dan vueltas y vueltas.

—Sirva para todos, le he dicho. ¡Aquí paga Eduardo Botto!

—No me apure, don Eduardo —dice el pulpero con servilismo.

El niño Eduardo, con grandes bombachas negras de merino, pañuelo blanco al cuello, botas de caña baja, sombrero con barbijo y manta de vicuña tirada sobre un hombro, cree ser el más gaucho de los gauchos: el taita del pago. Su compañero Gigli viste un modesto traje de mecánico.

La ranchada de ño Julián que, “como manotón de ahugau”, se prendía de las barrancas del Paraná, era el centro obligado de las juergas del criollaje, corrido de la pampa por la gringada invasora.

Al otro lado del río—padre se extienden las tierras bajas, salpicadas de arroyos, esteros y lagunas, cubiertas de paja brava y de montes de seibos, talas, alisos y espinillos. Tierra rebelde al peinado adormecedor de los arados, donde el mosquito zumba noche y día y rivalizan, en magníficos conciertos, las calandrias, los boyeros y los zorzales.

El tuerto Julián, criollo vivo y taimado, explotaba al paisanaje desalojado de la pampa gringa por los alambrados, los tractores y el Código Civil. Los gauchos, al cambiar el caballo por la canoa, se habían hecho pescadores y cuatreros. Ño Julián acopiaba frutos del país, arreglaba el asunto de los cueros de las carneadas de ajeno con las autoridades del distrito y armaba canchas de taba y bailongos. El hembraje cooperaba, concurriendo a sus fiestas para rebuscarse.

Adicto Julián a todos los gobiernos, caudillo de arrastre y gran acaparador de libretas de enrolamiento, se repartía la coima de las jugadas con el comisario de Puerto Gaboto.

\* \* \*

La canoa de Riquelme va formando un surco entre los palotes del totoral. El cuatrero piensa en el cuento que, sin lugar a duda, le va a hacer ño Julián para pagarle una miseria por los diez cueros de vacuno que le lleva. Extiende su vista sobre el cañadón y entra a meditar: así debieran organizarse los hombres, como los animales, sin leyes, sin propietarios ni gobiernos, y, por lo tanto, sin peleas, robos ni crímenes. En la gran ciudad del bañado, verdadera república comunista de las bestias, sólo las víboras conspiran bajo las pinceladas bien estiraditas del camalotal para implantar el individualismo, practicando el asesinato a mansalva y por sorpresa. Todos los demás animales viven en paz y como amigos. Los chajaes son los grandes centinelas, siempre atentos para avisar de los peligros y dar el alerta. Mientras los siriríes navegan en conserva por los espacios de agua limpia, los tuyangos, descansando sobre una sola pata, se dan aire de graves y sabihondos profesores. Las gallinetas del monte, en su oficio de mensajeras, corren por los pastizales de las orillas, llevando partes a lugares desconocidos. Las gallaretas y gallitos del agua se hacen los indiferentes junto a las pandillas de los teros, chiquillos barullentos y asustadizos. Los fúnebres biguaes meten sus cabezas bajo la superficie líquida buscando bagres y mojaras. Los caranchos forman bandas de forajidos que merodean por los alrededores, venteando las osamentas, pero sin atreverse a echar pie sobre la llanura movable y peligrosa de la cañada. Las garzas moras rayan el cielo muy alto, junto a las nubes, disputando records de altura a los gavilanes que, en atrevidos planeos, tratan de ubicar los nidos para lanzarse al asalto.



Las vacas y los caballos, metidos en el barro, pellizcan el pastito de las orillas, disputándose a las hormigas, peonada de fábrica que trabaja noche y día en el acarreo de materiales, abriendo largas picadas entre el yuyal.

\* \* \*

Cuando Riquelme entro al boliche, había oscurecido.

Eduardo Botto ordenaba una nueva vuelta. Se había puesto cargoso con la bebida.

—Julián, échele más bíter a la ginebra.

Riquelme se paró junto a la puerta. Pocos lo conocían y sólo de vista. A él le gustaba “trabajar” solo, sin amigos ni socios.

—Sírvale a ése, Julián.

—Gracias, señor. No acostumbro.

La lámpara a kerosene ponía reflejos anaranjados en el rostro del cuatrero. Su mirada, como perdida, merodeaba sin duda alrededor de la canoa escondida entre el pajonal de la orilla.

—Aquí tiene que tomar, amigo. ¡A Eduardo Botto no lo desaira nadie! Sírvale, Julián, le digo.

—¿Qué se sirve, Riquelme? —dijo ño Julián, contemporizador, tratando de capear la tormenta que se venía encima.

—Me parece que no soy loro pa repetirlo. He dicho que no chupo.

Botto dio un salto atrás.

—¡Qué se ha creído, sotreta! ¡Aquí tiene que tomar o si no!...

En sus manos brillaba un revólver.

El criollaje, como hacienda espantada, se corrió hacia las paredes.

Riquelme, sin moverse, dijo secamente:

—Sirva un litro de vino.

Eduardo, con un gesto de satisfacción, guardó el arma.

Ño Julián, algo nervios, puso sobre el mostrador el litro rebalsando.

Riquelme avanzó despacio. En su rostro se pintaba la resignación. ¡Lo habían madrugado! Tomó el litro con la izquierda y lo levantó para beber. Avanzó un paso hacia el niño Eduardo y, alargándole la vasija, le dijo con toda naturalidad:

—Ahora se lo toma usted, jovencito.

En su derecha, de punta a la barriga de Botto, se perfilaba una daga. Los ojos le brillaban como diez mil dagas.

Eduardo, desconcertado, sudaba frío. Se le había pasado la chupa.

Riquelme, rápido, le volcó el vino en la cara.

Gigli, que andaba por el patio tratando de conquistarse una chinita, se asomó a la puerta, atraído por el barullo.

—Vamos, Eduardo.

El paisanaje hacía sus comentarios. Remolineaba. Se oyeron algunas risitas.

—¡No se mueva! —gritó Riquelme enfurecido.

Siempre con el cuchillo sobre Botto, puso el litro sobre el mostrador, sin perder de vista a Gigli.

—Llénelo otra vez, Julián.

El litro rebalsó de nuevo.

—Bueno. Éste se lo toma, y de un solo trago, amiguito.

Eduardo se tapó la cara con el litro. Absorbía como un camello. Después, limpiándose la boca con la punta del pañuelo, exclamó:

—¡Chá que tiene agua este vino!

Estaba blanco como un papel. En sus labios había una contracción que parecía sonrisa. Salió.

Se dejó oír el ronquido de la “voiturette”.

## *Capítulo Segundo*

### I

Schneider esperó la noche en el paraisal. Cuando calculó que debían ser las doce, ocultó su bolsa entre unas matas y se dirigió a la chacra de Filippini.



Franqueó el corral y se deslizó hacia el galpón.  
 La cama de la Lorenza estaba vacía.  
 Tampoco estaba bajo el techado de chapas el ford del colono.  
 El alemán vaciló un rato. Luego, emprendió el regreso.  
 Por el camino fue recordando las palabras que solía decirle la Lorenza:  
 “Mirá, alemán. El día que vos te vayás, yo me voy a ir a la ciudad a meterme en una de esas casas.  
 Estoy cansada del trabajo bruto de la chacra”.

## II

En las horas de la madrugada unos carreros que venían de Monje encontraron un ford al costado del camino.  
 En su interior había un hombre muerto, bañado en sangre.  
 Dieron cuenta a la policía.

\* \* \*

El comisario reconoció el cadáver. El colono Filippini presentaba una perforación de bala que le atravesaba el cuello.  
 Se dedujo que había recibido el tiro mientras el coche estaba parado.  
 Se iniciaron las averiguaciones con toda urgencia.

\* \* \*

La filiación de Schneider fue transmitida telegráficamente a todos los pueblos vecinos. Comisiones policiales salieron a recorrer los caminos.  
 El cadáver de Filippini fue depositado en la comisaría.  
 Se esperaba la llegada del sumariante.

## III

Lorenza fue detenida en Rosario, en una fonda situada frente a Sunchales. Ya sabía ella que en ese barrio estaban las casas donde pensaba “trabajar”.  
 Los diarios llenaban páginas enteras con el relato del misterioso crimen de Maciel.  
 Fotografías de Lorenza, tomadas en el Buen Pastor, ilustraban sus sensacionales declaraciones.  
 La colona no ocultaba nada: sus relaciones con Schneider y la fuga de Antonia para eludir el trato incestuoso con su padre.  
 Su viaje a la ciudad lo explicaba como una consecuencia de la actitud de Filippini para con su amante. Había ido al Rosario, decía, para emplearse como sirvienta. Estaba cansada de sufrir miserias y malos tratos.  
 Un diario folletinesco que convertía los crímenes en novelas, puso este título debajo del retrato de Lorenza: “La ingenua colona que seducida por el criminal buscaba un consuelo en el trabajo”.  
 Recordaban los diarios que entre los antecedentes del linyera Schneider, el enigmático asesino, figuraba un proceso por el supuesto homicidio de un tal Roque Maidana, hecho del que había sido absuelto por falta de pruebas. Un cronista, al relatar la muerte del linyera criollo, formulaba al público la solución de este enigma: “¿Accidente, crimen o suicidio?”

## IV

Una comisión policial detuvo a Schneider en las proximidades de la estación Irigoyen.  
 Ahora se buscaba empeñosamente el revólver calibre 32, que correspondía a la bala que había recibido Filippini.

\* \* \*

La declaración del peón de la lechería era comprometedor para el linyera. Hacia las dos de la madrugada había visto a Schneider en las cercanías de la chacra de Filippini.  
 El alemán no daba explicaciones.  
 Contestaba sólo con monosílabos a las preguntas que se le formulaban.



## *Capítulo Tercero*

Gigli no podía conciliar el sueño. Había un dejo de moral en el fondo de su conciencia. Por los diarios se había enterado del rumbo que tomaba la pesquisa. Conocía la prisión de Schneider, a quien se sindicaba como el indiscutido asesino. Había leído las declaraciones de la hija del colono, que concurrían a confirmar todas las sospechas sobre la acusación al linyera. La muerte del tal Roque era un antecedente formidable que se acumulaba sobre el criminal. Para la policía sólo había un enigma: ¿De dónde había sacado Schneider el revólver calibre 32? ¿En qué sitio lo había ocultado después del crimen?

Pero las cavilaciones de Gigli no fueron muy lejos. Al fin y al cabo, se trataba de un linyera. Por otra parte, él no podía denunciar a su futuro cuñado. Este Eduardo, se decía, es un santabárbara, que va a terminar mal cuando menos lo piense.

Gigli iba reconstruyendo la escena, tan impensada y tonta del asesinato. Volver Eduardo del boliche de Julián, medio borracho y con una rabia atroz por el apuro en que lo había puesto ese criollo Riquelme. La pinchadura de una goma en el camino y la inesperada llegada de Filippini con su Ford, ofreciendo auxilio.

—¿Sos vos el gringo trompeta que declaró en contra nuestra en el juzgado? ¡Yo te voy a enseñar! —fue la contestación de Botto.

—Ma, señorito Eduardo. Io lo ho fatto per curpa...

Sonó un balazo.

La macana estaba hecha. El gringo se recostó sobre el asiento y quedó frito.

Apuraron el cambio de la cubierta y salieron vendiendo almanques. Gigli no podía articular palabra. Eduardo iba lo más fresco.

—¡Qué bárbaro!... ¿Por qué hiciste eso?

—Pucha. No vayan a descubrirnos por las huellas. Pero antes de la madrugada, han de pasar bastantes carros y autos. El camino está lindo. Hay mucha tierra suelta —fue el único comentario de Eduardo.

Siguieron tranquilamente hacia Rosario.

## **LIBRO UNDÉCIMO**

### *Capítulo Primero*

#### I

Las amigas rodean a Juanita. Su traje de corte impecable, ceñido al cuerpo, destaca sus líneas. Acaricia un gran ramo de claveles.

Eduardo y los componentes de la firma constituyen el centro de un grupo de gente importante que ocupa buena parte del andén. Ahí están el senador, el médico, el juez de paz, el farmacéutico y lo más representativo de la colonia extranjera: comerciantes españoles, italianos y sirios.

La pampa gringa viste todas sus galas para despedir a la novia. Una primavera que han regado copiosos aguaceros, exuberante y perfumada, vuelca la paleta de sus colores sobre los campos. Los linajes en flor forman plácidos estanques, tenuemente celeste, circuidos por las murallas negras de lejanos paraísales. Tablones de nabo ponen pinceladas amarillas junto al verde opaco de los trigales que se mecen con un acompasado vaivén de oleaje. A la vera de los callejones, las biznagas crecidas están coronadas de nieve y asoman humildes los ramilletes dorados de la manzanilla silvestre. En algunos potreros se levantan rojizas llamaradas de colas de zorro. Sobre el terraplén de la vía corta el paisaje una muralla de cardos azules. Brillan algunos charcos bajo el cielo claro, que surcan vellones iluminados por el sol. Sobre el caserío del pueblo se bambolean barriletes de colores.

\* \* \*

Antonio Linares, junto a la casilla de señales, observa... Se siente envuelto en una especie de penumbra. Escucha los latidos de su corazón desbocado, como si dentro del pecho lo estuviese pateando una bestia implacable.



En el andén se mueven grupos confusos. Trajes claros y sombras negras. Ahí está él, alto, erguido, dominante... feliz.

Un lampo de sol raya el andén. En medio de esa luz sólo el perfil de Eduardo Botto aparece claro, nítidamente claro, entre una confusión de sombras inclinadas.

\* \* \*

La campana anuncia que el tren acaba de partir de la próxima estación.

Empieza la cursilería de las despedidas:

—¡Qué tenga una almibarada luna de miel, don Eduardo! Nos lleva la más bella flor del pueblo —dícele el médico con cierta picardía.

—Muchas gracias. Siempre tuve buena mano para cortar flores —contesta el novio, henchido de satisfacción.

\* \* \*

Llega el tren con un gran estrépito de hierros.

Las amigas besuquean a Juanita, que tiene los ojos llenos de lágrimas. Sus miradas buscan, también desesperadamente entre los grupos de la estación. Quisiera ver a Linares para decirle, siquiera con un gesto, que le escriba a su César y que le diga que aún lo quiere. Que a ella la roban, que la secuestran, que la arrebatan una fuerza desconocida y fatal.

## II

El tren, que aun no había tomado velocidad, acaba de detenerse con un movimiento brusco.

Los pasajeros se asoman a las ventanillas. Algunos se han golpeado contra los respaldos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sido?

Juanita oye que alguien dice junto a las vías.

—Parece que la máquina atropelló a uno. Algún linyera... como siempre.

Siente una gran angustia. Mal presagio para su viaje de bodas. Manchas de sangre sobre sus azahares.

Eduardo pregunta a un conocido, que pasa corriendo hacia la estación.

—¿Qué ocurrió?

—Un suicidio.

—¿Quién?

—Ese chico Linares que trabajaba en la casa de ustedes.

La novia se desmaya.

## III

Las ruedas vuelven a girar sobre sus ejes. Pronto se oye la rítmica y vieja canción de la marcha.

Juanita, con los ojos bien abiertos, piensa... Una duda terrible la llena de angustia, muerde su cerebro: ¿Por qué se suicidaría el pobre Antoñico? Acaso...

\* \* \*

Antoñico es sólo una piltrafa, una mancha sanguinolenta sobre las vías.

Desde la pampa gringa parece llegar como un rumor de angustias, de sollozos perdidos en el viento...

## LIBRO DUODÉCIMO

### *Capítulo Primero*

#### I

—Ramírez; haga pasar al preso.



Entra Schneider seguido por un agente. Se estacionan junto a la puerta. El secretario, sin darles importancia, sigue dictando al escribiente: “Téngase por presentado y constituido el domicilio. Previa vista fiscal, notifíquese a las partes.”

El secretario continúa revolviendo una pila de expedientes. Prosigue el dictado de providencias.

Schneider y el agente están quietecitos. Hacen los menores movimientos posibles para no turbar la grave tarea del funcionario. Éste parece haberse olvidado del asunto Schneider. En una busca de papeles sobre el escritorio, su visual tropieza con el grupo de la puerta.

—Ah... Acérquense. ¿Cómo se llama usted?

—Guillermo Schneider.

—A ver... Ramírez. Busque el expediente Guillermo Schneider. Homicidio. Léale la sentencia al procesado.

Ramírez lee de corrido, monótonamente:

—Autos y vistos. Considerando: que el sujeto Guillermo Schneider...

Sigue el análisis de una serie de circunstancias, hábilmente urdidas, que prueban la culpabilidad, la premeditación y alevosía de Guillermo Schneider, de nacionalidad alemán, sin profesión ni domicilio conocidos, para cometer el asesinato del colono José Filippini, con cuya hija vivía en concubinato el acusado, y que, por su conducta deshonesto y falta de cumplimiento en el trabajo, fue despedido de la chacra por la víctima.

La larga y meditada sentencia termina con esta, también sacramental, fórmula, que Ramírez leyó con una entonación un poquito más alta:

—Y vistos, fallo: Condeno al procesado Guillermo Schneider a sufrir la pena de veinticinco años de presidio, con costos y costas. Trábase embargo sobre sus bienes hasta cubrir la suma de diez mil pesos.

Terminada la lectura se hace un silencio. Schneider está ajeno a todo lo que ocurre. Sólo ha entendido que se le quiere comunicar algo importante. No sabe exactamente si es su libertad o su condena.

El secretario, que seguía revolviendo papeles, levanta la vista.

—Bueno. Ya está notificado. ¿Sabe firmar?

—¿Puedo hablar, señor juez?

—No soy el juez. Pero hable lo mismo.

—Yo inocente, ¿safe? Yo inocente.

—Salga de ahí. No se nos haga ahora el santito. Las pruebas acumuladas en el sumario son concluyentes. Ramírez, hágalo firmar.

Ramírez le pone la lapicera en la mano.

—Firme aquí, mister. Siéntese.

Schneider traza una elegante rúbrica. Se levanta. Acciona con vehemencia.

—Yo inocente, señor juez. Yo inocente.

—Agente. Lleve al preso —dice el secretario para terminar.

El vigilante lo empuja hacia la puerta.

—¡Marche!

Schneider, antes de salir, se vuelve hacia el escritorio. Levanta los brazos.

—Yo inocente. Yo inocente.

## *Capítulo Segundo*

### I

La patota salió del bar. Capitaneaba Botto. El mono Galíndez y Gigli, con una buena dosis de coca encima. Los demás, punteados bastante. Se les había juntado el viajante Lauría, a quien encontraron en el bar.

Gigli cantaba en italiano, con voz de tenorino.

Los hermanos Páez se abrazaban en la vereda, lloriqueando.

—¡Somos los Páez! ¡Qué se han creído! ¡Somos los Páez!

Al mono Galíndez, cuando estaba así, le daba por cortar con una navaja las capotas de los autos que iba encontrando. Se ensañaba, por espíritu de clase, con los de alquiler. Les tenía una rabia particular a los Buick. Se iba por detrás, tratando de que el chofer no lo sintiera.



—Che, mono; allá hay un Buick.

—¡Ah, carajo! Déjalo por mi cuenta.

Parece que un Buick, años atrás, le había deshecho su voiturette.

Eduardo Botto, mudo, enigmático, era el peligro inminente. Por cualquier cosa que no le agradaba, sacaba el revólver y ¡zas! Un tiro. Era sin alma y madrugador. Si daba con un adversario que le hacía frente, se achicaba. Se contaba que una vez se las vio negras con uno que era duro de pelar. Se disculpó melosamente.

—Perdoná, hermano. ¡Cómo me voy a pelear con vos! Soy tu amigo.

El otro guardó el revólver. Botto, rápido, feroz, sacó de nuevo el suyo y le disparó un balazo. El amigo cayó herido de gravedad. Pero don Américo Botto era una potencia.

El asunto de Puerto Gaboto lo sosegó algún tiempo. Ahora volvía a las andadas.

La patota decidió tomar un auto. Despertaron al chofer, que dormitaba en el volante. Galíndez ya le había rayado la capota.

—Al Saladillo —ordenó Botto.

—¿Vamos a lo de la tuerta Catalina? —inquirió Lauría, que aún conservaba la línea.

—Hay que darle un malón a la tuerta —sentenció Eduardo.

\* \* \*

—Cerrá las puertas, tuerta, y que no entre nadie. ¿Sabés?

—Bueno, Eduardito —decía Catalina, conciliadora, llena de susto.

—¿Adónde están las muchachas? —grita el mono.

—Ya vienen, Galíndez. Se están arreglando.

—¡Qué arreglo, ni qué mierda! ¡Que salgan esos loros!... Así como están. ¡Que salgan los loros!

Atropelló una puerta.

—¡Pero, Galíndez! ¡Por favor!

—Mirá, tuerta. Vos no servís pa nada. Si no vienen en seguida, rompo todo. Voy a empezar por el espejo.

—¡Olga, María Luisa, Nelly, vengan!... ¡Vengan en seguida!

Galíndez divisa un hombre que atraviesa el patio.

—¿Y ése? ¿Quién es ése, che, tuerta? ¿No te hemos dicho que no queremos que nadie se quede en la casa?

—Pero si es el mucamo.

—¡Ah!... ¡Sí!... Che: Vení para acá. ¿Cómo te llamás?

—Franciscu Rivas.

—Bueno, che. De ahora en adelante te vas a llamar el Chivo de Tristifuque. ¿Sabés? Quedás notificado.

—¡Qué gracioso el niñu!

—¡Cómo que gracioso! ¿Sabés bailar?

—No, señoritu.

—Bueno. De ahora en adelante vos sabés bailar... A ver... ¡Bailá!

—No sé, siñur.

—¡Cómo no sé! ¡No te he dicho que sabés!

Galíndez saca el revólver.

—¡Uy, por Dios, señoritu! ¡No bromeé cun esus chismes!

—¡Qué broma ni qué la mona! ¡Bailá o te aujereo una pata!

—No sé, niñu.

Se acerca la tuerta:

—¡Por Dios, Francisco! Hacele caso. Si no te va a tirar.

—¡Pero, señora! ¡Si nu sé!

—¡Ah! ¿no sabés? Bueno. ¡Tomá!

Se oyó un estampido. La bala picó ente los pies del mucamo.

—¡Uy Dios miu! ¡Dios miu! ¡No me mate, señoritu! ¡No me mate!

Cayó de rodillas en medio del patio.

Nacho Páez y Lauría salieron corriendo del comedor.



—¡Pucha, con este Galíndez!  
 —¡Bailá o te aujereo la panza! —gritaba el mono, feroz, apuntándole a la barriga.  
 —¡Pero nu sé, niñu!  
 —¡Pero... gallego testarudo! —sollozaba la tuerta— párate.  
 —¡No me mate! ¡Por Dios! ¡No me mate, señoritu!  
 Lauría y Páez abrazan al mono. Eduardo le arranca el revólver.  
 —¡Mono del carajo!  
 Galíndez se defiende como un energúmeno.  
 —¡Qué hombre! ¡Qué hombre! —exclamaba la tuerta.  
 Las muchachas, refugiadas en el dormitorio, proferían alaridos.

\* \* \*

Encerraron al mono en el cuarto de baño.  
 Momentos después se sintió el estrépito del espejo y de los utensilios que se hacían trizas.  
 —¡No te aflijás, tuerta! —gritaba Botto—. Eduardo Botto paga todo.  
 Al rato abrieron el baño. El mono estaba pálido. Parecía loco. Los ojos inexpresivos tenían una rigidez vítrea.

### III

Retumban como balazos las botellas de Pomery. Dos muchachas bailan abrazadas. La victrola rasca tangos y tangos. Galíndez está dormido sobre un sofá. Cadáver por fuera... más cadáver por dentro.  
 Eduardo no lo deja al mucamo.  
 —Che, gallego. Bailá otra pieza. Si no... ¡ya sabés!  
 Ahora es él quien está con el revólver, apuntándole a los talones.  
 —Bueno, niñu.  
 —Bailá con ésa... A ver, vos... Lárgala a la flaca. Bailá con el gallego.  
 Lauría, a sus anchas, orgulloso de andar en tan distinguida compañía, abraza a la patrona:  
 —¡Mi suegra!  
 La tuerta deja hacer, pensando en el momento del pago. Será mejor que estén bien borrachos, babeándose, para que lo hagan sin protestar.  
 Gigli se ha subido sobre una mesa. Con una copa en alto canta en italiano:  
 “E siamo cuatro amichi...”  
 Se interrumpe. Monologa:  
 “¿Siamo cuatro o siamo seis? Siamo cuatro, porque vos, Lauría, sólo sos gallego y el mono esta noche está ausente. —¿Está el señor Galíndez? Un momentito. Voy a ver... —El señor Galíndez ha salido. Está de viaje.”  
 Sentados sobre las rodillas de los Páez, dos monitos pintados, con trajes de larga cola, vacían copas.  
 Afuera, en la calle solitaria, espera el automóvil. El chofer duerme en el asiento trasero.  
 Un vigilante, a la caza de una propina, hace guardia para que nadie moleste.

## Capítulo Tercero

### I

En su estilizada cama matrimonial, bajo el resguardo de un amplio dosel, reminiscencia de trono y de altar, Juanita espía la luz de la aurora que no tardará en filtrarse por las rendijas.  
 Es una sombra sin alma y sin lágrimas: ¡Sombra!... ¡Puramente sombra!

\* \* \*

Un ruido de muebles que caían la sobresaltó. Habían encendido luz en el piso bajo.  
 Alcanzó a oír la voz de Eduardo, que increpaba:  
 —¡Muertos de hambre! ¡Desgraciados! ¡Chupadores de jeta!  
 Se oyeron corridas, ruido de cristales que se rompían.



Sintió un tropel de pasos en la escalera.  
 Saltó de la cama. Púsose rápidamente un “deshabillé”.  
 La puerta del dormitorio se abrió violentamente. Una mujer entró corriendo, el pelo revuelto, las ropas en desorden. Reía a carcajadas. Detrás venía Gigli echándole chorros de soda con un sifón.  
 Juanita se lanzó escaleras abajo.  
 Al verla cruzar el hall, Eduardo le pegó un grito:  
 —¡Parate! ¿Pa dónde vas?  
 Se abalanzó, tomándola de las muñecas. Ella hizo un movimiento violento para desasirse.  
 Fue una lucha breve. De un empujón la arrojó al suelo. Al caer, la frente de Juanita rozó el filo de una mesa.

\* \* \*

Una fina pincelada roja fue dibujándose sobre el rostro que había adquirido la blancura de la muerte.

\* \* \*

Desde el dormitorio llegaban carcajadas...  
 Sobre el lecho nupcial, Gigli luchaba a brazo partido con la ramera.

## II

El azul retintado de la madrugada se está lavando en el agua clara del día, que ya llega.  
 Los linajes en flor, lagos de leche ligeramente celeste, se han adormecido entre la masa compacta de las arboledas, negros murallones de basalto que se cruzan en perspectivas rectangulares hacia los cuatro puntos del horizonte.  
 Levantan los gallos sus clarinadas rajantes, que se entreveran en un clamoreo de himno.

\* \* \*

El sol, por una rotura de las nubes violetas, fusiladas de rojo, lanza un rayo certero sobre la pampa.  
 Los bueyes bermejos avanzan lentamente, a paso de bueyes, entre el nimbo anaranjado y brillante de la polvareda. Bajo la reja de plata van saltando los terrones carmíneos, cual una entraña que revienta y sangra...

Los ilotas dan vueltas y vueltas sobre las ruedas cuadradas de las melgas.  
 La pampa gringa se llena de vagos rumores... Ecos de cantos, de lamentos, de vagas protestas...

## FIN

## ÍNDICE

<b>LIBRO PRIMERO.....</b>	<b>1</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	1
I.....	1
II .....	3
III.....	3
IV.....	4
V.....	4
VI.....	4
VII.....	5
VIII.....	6
IX.....	6
X.....	7
CAPÍTULO SEGUNDO .....	8
I.....	8
<b>LIBRO SEGUNDO .....</b>	<b>10</b>



CAPÍTULO PRIMERO .....	10
I.....	10
II.....	12
CAPÍTULO SEGUNDO .....	13
I.....	13
CAPÍTULO TERCERO.....	14
I.....	14
II.....	15
III.....	15
IV.....	15
V.....	16
VI.....	16
CAPÍTULO CUARTO .....	17
I.....	17
II.....	18
<b>LIBRO TERCERO.....</b>	<b>19</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	19
I.....	19
II.....	20
III.....	21
IV.....	22
CAPÍTULO SEGUNDO .....	22
I.....	22
II.....	23
III.....	24
IV.....	24
<b>LIBRO CUARTO.....</b>	<b>24</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	24
I.....	24
II.....	26
III.....	27
IV.....	27
CAPÍTULO SEGUNDO .....	28
I.....	28
II.....	28
III.....	29
IV.....	29
V.....	30
CAPÍTULO TERCERO.....	30
I.....	30
II.....	31
III.....	32
IV.....	32
V.....	32
<b>LIBRO QUINTO.....</b>	<b>32</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	32
I.....	32
CAPÍTULO SEGUNDO .....	33
I.....	33
II.....	34
III.....	35
CAPÍTULO TERCERO.....	35
I.....	35
II.....	35
III.....	36
IV.....	36
V.....	36



<b>LIBRO SEXTO .....</b>	<b>37</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	37
I.....	37
II.....	37
CAPÍTULO SEGUNDO .....	39
I.....	39
II.....	39
III.....	39
CAPÍTULO TERCERO.....	40
<b>LIBRO SÉPTIMO .....</b>	<b>41</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	41
I.....	41
II.....	43
CAPÍTULO SEGUNDO .....	44
I.....	44
II.....	44
CAPÍTULO TERCERO.....	45
CAPÍTULO CUARTO .....	45
I.....	45
<b>LIBRO OCTAVO .....</b>	<b>47</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	47
I.....	47
CAPÍTULO SEGUNDO .....	47
I.....	47
II.....	47
III.....	48
CAPÍTULO TERCERO.....	48
I.....	48
CAPÍTULO CUARTO .....	48
<b>LIBRO NOVENO .....</b>	<b>51</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	51
I.....	51
II.....	51
III.....	52
CAPÍTULO SEGUNDO .....	52
I.....	52
CAPÍTULO TERCERO.....	53
I.....	53
CAPÍTULO CUARTO .....	54
I.....	54
II.....	54
<b>LIBRO DÉCIMO .....</b>	<b>55</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	55
I.....	55
CAPÍTULO SEGUNDO .....	56
I.....	56
II.....	57
III.....	57
IV.....	57
CAPÍTULO TERCERO.....	58
<b>LIBRO UNDÉCIMO .....</b>	<b>58</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	58
I.....	58
II.....	59
III.....	59



<b>LIBRO DUODÉCIMO .....</b>	<b>59</b>
CAPÍTULO PRIMERO .....	59
I.....	59
CAPÍTULO SEGUNDO .....	60
I.....	60
III.....	62
CAPÍTULO TERCERO.....	62
I.....	62
II.....	63
<b>ÍNDICE .....</b>	<b>63</b>

